MARTA SE ASUSTA

Libro Tres de la Serie de la Sirvienta Detective

Cyndia Rios-Myers

MARTA SE ASUSTA
Libro tres de la sirvienta detective

Cyndia Rios-Myers

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, eventos, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales es pura coincidencia.

Este libro es para Colby. Los años contigo solo mejoran. Te amo.

NOTA DE LA AUTORA

Para evitar confusión, he referido a la —Marina de los Estados Unido— como el —United States Navy.— Tomé esa decisión porque la palabra —Marina— en inglés es usado por el —United States Marine Corps— – otra fuerza armada. La traducción de —United States Marine Corps— al español es —Infantería de Marina—. Para mí, es un detalle importante – distinguir la diferencia de esas fuerzas armadas.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se basa en muchos conocimientos que adquirí mientras serví seis años en el —United States Navy—, la Marina de los Estados Unidos. También dependí de los quince años que pasé como —Navy Wife— – una esposa del Navy. La vida de un miembro del servicio puede ser insoportablemente difícil, pero siempre es gratificante. Los desafíos de ser un cónyuge militar también son desafiantes a su manera. Mudanzas constantes, subempleos, despliegues a misiones, pérdida de amistades, y estar lejos de la familia gravan a una persona, a los hijos y a un matrimonio como nada más. A veces, los matrimonios resultan mejores; a veces, los matrimonios no sobreviven el servicio de las fuerzas armadas. Espero que esta entrega de las aventuras de Marta muestre la vulnerabilidad que sienten todas las personas que apoyan a nuestras fuerzas armadas estadounidenses, activas o no.

Mi vida después del Navy (y la de mi familia) nos han dado muchas oportunidades para probar cosas nuevas. Para mí, escribir es un sueño nuevo. Soñar historias y plasmarlas en papel es un acto divertido, pero también es un acto de trabajo. El apoyo de familiares y amigos es fundamental. Sin embargo, los compañeros escritores son los que realmente entienden el complicado equilibrio entre el trabajo y la diversión que es la escritura. Con ese propósito, agradezco a los escritores generosos y exitosos que se esfuerzan por compartir sus conocimientos con otros escritores.

Gracias, Bryan Cohen, Alessandra Torre, David Gaughran, Lindsay Buroker, Savannah Gilbo y muchos otros. Tus videos de YouTube, tus clases en línea y tus podcasts recuerdan a los escritores que escribir es un trabajo y vale la pena volver.

Gracias a todos con los que he tenido el placer de servir en mi tiempo en el Navy. Los que llevaban uniformes conmigo quedarán grabados en mi memoria y en mi corazón para siempre. Mis compañeras esposas del Navy que se quedaron en casa manteniendo el fuego encendido, los recuerdos de ustedes y nuestras experiencias compartidas me harán compañía para siempre.

Un agradecimiento muy especial a Caroline Mendez, Raquel Ríos, Rebecca Johnson y Kristi Devenyi, las mujeres que tal vez conozcan a Marta mejor que yo.

TABLA DE CONTENIDO

NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
¡HOLA LECTORA! (O LECTOR)
SOBRE LA AUTORA
OTROS LIBROS DE CYNDIA RIOS-MYERS

Capítulo Uno

Estaba tratando de no estar deprimida, pero no pude evitarlo. Me faltaba una mejor amiga (Melissa Bollinger, que se había mudado a York, Pennsylvania) y un novio (el detective Kevin Connelly, que estaba enojado conmigo sobre el asunto de mi trabajo secundario). Para colmo, ahora estaba fuera de un trabajo de limpieza.

Barney, el dueño de Barney's Haberdashery (una tienda de ropa masculina de lujo), había decidido despedirme y contratar a su sobrina nieta como sirvienta. Barney me lo contó mientras yo limpiaba los estantes que solían albergar sus sombreros de fieltro.

—Lo siento, Marta. Tengo que ayudar a mi familia—.

—La familia viene primero, Barney. Lo entiendo—, fue mi respuesta.

Pero era una mentira. Aunque entendía, sabía que la sobrina de Barney no limpiaría tan bien como yo. No la conocía, pero mi confianza era algo instintivo, y escuché mucho a mi instinto.

Esa noche, fui a casa y examiné la lista de "posibles trabajos" que había compilado unas semanas atrás. Junto con eso, podría tener que hacer algunas llamadas para conseguir un trabajo que cubriera el dinero que estaba recibiendo de Barney. Peor aún, ganaría menos, debido al hecho de que probablemente tendría que conducir hasta los suburbios para hacer una limpieza residencial. Antes, había programado la limpieza de Barney's justo después de que terminé de limpiar la casa de empeño, que compartía una pared con Barney's.

Mientras me hundía en la silla del comedor, emití un gemido para nadie en particular. Me distrajo el sonido de mi teléfono celular sonando. Guardé mi puchero y miré mi pantalla. No era Kevin quien llamaba. Mi corazón dio un vuelco, pero aun así acepté la llamada.

—Hola mamá—, dije mientras dejaba escapar un suspiro.

—¿Qué te pasa?—.

—Nada, mamá. Solo cosas de trabajo—.

—¿Tu novio te ha devuelto la llamada?—.

—No—, dije mientras gemía. Eché un vistazo a mi cocina y al gabinete sobre mi horno, donde guardaba mi Bacardí.

—¿Estás en tu periodo?—.

—Por el amor de Dios, mamá—, me quejé.

—¡Necesitas hacerte esa cirugía! No entiendo por qué quieres menstruar a los 40 años—.

—Abrí la boca para corregirla, pero me detuve cuando escuché a mi madre hablar con otra persona.

—Hola, Myraida. ¿Cómo estás?— Dijo mi mamá.

—¿De dónde me estas llamando?— Grité en mi teléfono.

—Estoy hablando con mi amiga—, lacónicamente respondió mi

madre.

—No pregunté quién; ¡Pregunté dónde! —.

—Estoy en Walmart y no me hables en ese tono—.

—Me llene de furia y vergüenza, emociones familiares cuando trataba con Zoraida Mercado.

Debido a que mi madre consideró apropiado hablar de mi menstruación en un local comercial y frente a una amiga, hice lo que siempre hacía cuando mi madre me empujaba demasiado lejos: le colgué.

Colgarle a mami no quedaría impune, lo sabía. La confirmación llegó solo dos minutos después, cuando mi hermano mayor Rafy me llamó.

—Yo—.

—Yo," dije mientras gemía.

—Le colgaste a mamá. Otra vez—.

—Deberías intentarlo más—.

—¡No tengo ese lujo! ¡Mamá vive tres calles de distancia de mí!—.

—Me levanté y me dirigí a la cocina y al armario, donde me esperaba alivio.

—¿Te dijo por qué le colgué?—.

—Ella te habló de tu menstruación. ¿Y qué?—.

—Abrí la botella y me serví un trago.

—¿Te dijo de dónde me llamó y quién estaba con ella?—.

—Cuéntame—.

—En Walmart, y mientras hablaba con su amiga Myraida—.

—Rafy dejó escapar un suspiro. —Debería haber sabido que había más en la historia—.

—Bajé el trago y asentí. —Sí. Deberías saberlo mejor—.

—Lo sé—, se quejó. —Entonces, ¿en qué te estás metiendo?—.

—Tratar de conseguir un nuevo cliente residencial para reemplazar uno comercial—.

—¿La cagaste con tu antiguo cliente?—.

—Me burlé. —¡No! Barney va a contratar a su sobrina. Dice que necesita ayuda financiera—.

—Rafy se burló esa vez. —Nepotismo. Se arrepentirá, y vendrá arrastrándose hacia ti, recuerda mis palabras—.

—Suspiré. —Eso espero. Fue un trabajo conveniente. Está justo al lado de la casa de empeño para la que limpio—.

—¿Te ha llamado el detective?—.

—Todavía no—. Me quedé mirando mi botella y me pregunté si debería tener otro trago.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ahora desde que se fue de tu apartamento como una diva?—.

—Habían pasado dos semanas y cuatro días desde que el detective

Kevin Connelly había dejado mi apartamento enfadado. Kevin sospechaba que yo era un detective privado sin licencia y no le gustaba. No lo confirmé ni lo negué, lo que lo enfureció. Me dijo que no podíamos tener una cita hasta que no le dijera lo que hacía para ganar dinero.

—Han pasado un par de semanas desde que supe de él—.

—¿Vas a llamarlo?—.

—No lo sé—, dije mientras me encogía de hombros.

—¿Por qué no?—.

—Porque no voy a cambiar ni a hacerme contorsionista para encajar con un hombre. No otra vez. Tengo miedo de que lo espere—.

—No es irrazonable. Sin embargo, el orgullo es un pájaro solitario —.

—¿Cómo sabes eso? Llevas más de veinte años casado con tu novia de la escuela superior—.

—Rafy había estado con su esposa Wanda, madre de sus hijos gemelos, por mucho tiempo.

—¿Olvidas lo que hago para ganarme la vida?—.

—No me había olvidado. Rafael Morales Robles fue detective para el municipio de Arecibo, Puerto Rico. Le fue bien en su trabajo.

—¿Qué piensas que debo hacer?— Le pregunté a mi hermano astuto.

—Dale un par de días más para comunicarte con él. El ganador es quien se disculpe primero—.

—¿Qué pasa si no me arrepiento por mantener mi secreto?—.

—Entonces dile que lo extrañas y que estás lista para hablar.—.

—Lo estoy—, le confié.

Colgué el teléfono con mi hermano y lo miré. Me pregunté si debería llamar a mi madre para disculparme por colgarla.

—Déjala cocerse un poco—, dije mientras dejaba mi teléfono en la mesa.

Con eso, volví a mi computadora para tratar de encontrar otro cliente de limpieza.

Capítulo Dos

Jane Knight era una persona entrometida. Estaba limpiando el interior de la nevera de la abogada cuando metió la nariz en mi vida personal.

—El detective ¿te ha llamado?—.

—Deje escapar un suspiro. —No—.

—Jane se quedó callada un rato. Incluso hizo una pausa para beber un poco de té mientras estaba sentada en su barra de desayuno. Esperaba que dejara pasar lo de Kevin.

—¿Vas a llamarlo?—.

—Me encogí de hombros. —Podría hacerlo. Pero si Kevin no tiene prisa por hablar conmigo, ¿por qué debería tenerlo yo?—

—Porque eres una sirvienta de 40 años sin otras perspectivas de citas—.

—Cerré de golpe la puerta del refrigerador y me volví para mirar a mi cliente de limpieza/abogado/entrenador de vida no solicitado.

—¡Grosera!—.

—Jane se rió. —Tienes razón, pero soy deliberadamente fuerte contigo. Has estado de mal humor últimamente—.

—Viré mis ojos hacia arriba y volví a abrir la nevera. Me quedé mirando el trapo de limpieza que había dejado junto al jarro de aceitunas españolas.

—No es solo Kevin. Perdí a un cliente comercial. Perdí a una amiga porque tuvo que huir de un psicópata—. Todavía no había tenido noticias nuevas de Melissa, mi amiga y ex clienta de limpieza. —Me preocupa que te animé a que te separaras de Tim. Además, me agoté cuando entregué al FBI la información de la red criminal de robo de identidad del consultorio dental—.

—Jane golpeó su taza de té sobre la encimera. —Mi esposo se fue porque nuestro matrimonio no estaba funcionando. Claro, me siento sola, pero me siento más como yo de lo que me he sentido en años—.

—¿En realidad?—.

—Sí. Sabes que la gente no se divorcia cuando las cosas van bien —.

—Lo sabía mejor que la mayoría. Me quedé con Aníbal, mi ex marido, durante mucho más tiempo de lo que debería.

—Oye. ¿No tienes a tu nuera de vuelta en tu vida?—.

—Sonreí. —Si. Waleska y yo hemos estado hablando por teléfono los pasados dos domingos. Ha sido fantástico tener noticias de ella y de mi nieto, Adán, de nuevo—.

—¿Por qué no ves si ella quiere reunirse contigo?—.

—No quiero ser agresiva—.

—Entonces, no seas agresiva. Solo dale una pequeña sugerencia—.

—Volví a mirar la nevera. —Quizás lo haga. ¿Cuánto te debo por la sesión de asesoramiento?—.

—Sabes que no tienes dinero suficiente para pagarme—.

—¿Te gusta menospreciar a los demás?—.

—Algunas veces—.

—Llamé a mi nuera esa noche, pero recibí su buzón de voz. Recordando que Waleska estaba trabajando hasta tarde, le dejé un mensaje diciéndole que esperaba que tuviera una buena semana y que esperaba hablar con ella pronto.

Justo antes de meterme en la ducha, sonó mi teléfono. Mi ánimo decayó cuando vi que no era Kevin quien llamaba.

—Esta es Marta—, le dije al número que no conocía.

—Hola. Mi nombre es Ezra Lipschitz. ¿Vi su anuncio en el sitio web —Ask Alice— para una criada? —.

—Asentí y me senté a mi mesa. —Sí. Ezra. Soy ama de llaves. ¿Qué puedo hacer por ti?—.

—¿Supongo que necesito una sirvienta? Pero nunca he tenido una. Me acabo de mudar aquí desde Seattle, que está en el estado de Washington, y compré una casa. Trabajo desde casa y pensé que tendría más tiempo para limpiar, pero no es así —.

—Ezra era un tipo tímido, decidí, ya que hablaba en preguntas. Calculé que tenía veintitantos años.

—¿Quién te cuidaba la casa en Seattle?—.

—Tenía tres compañeros de cuarto. ¿Le pagué extra al dueño de la casa? Su mamá nos contrató una sirvienta—.

—¿Qué tal esto? Puedo visitarte en tu casa, donde puedo limpiar tu cocina y tu baño. Si le gusta lo que ve, podemos hacer negocios—.

—¡Eso suena bien! ¿Tiene una verificación de antecedentes? ¿Tienes antecedentes penales? No es mi intención ofender, pero mi mamá me hizo prometer que se lo preguntaría—.

—Me reí. —Esas son preguntas muy razonables—.

—Entonces, ¿no estás enojada?—.

—No. Por supuesto no. Soy un profesional. Estás dejando entrar a una extraña en tu casa. No sé qué tan seguro es Seattle, pero vale la pena ser inteligente aquí en Chicago—.

—Uf. Eso es un alivio—.

—La respuesta es sí, Ezra. Me han hecho una verificación de antecedentes reciente, he firmado acuerdos de confidencialidad y no solo no tengo antecedentes penales, sino que también fui un agente de la ley—.

—Guau. ¡Genial!— Ezra dijo mientras se reía. —¿Cuándo puedes venir?—.

—Programamos mi visita para dos días en el futuro. Al día siguiente le conté a Jamie Andino, mi cliente de la casa de empeño,

sobre mi posible nuevo trabajo de limpieza.

—Parece que has tenido buena suerte encontrando nuevos clientes —.

—Me encogí de hombros y dejé de quitar el polvo del suelo durante un minuto. —Supongo que sí. Hay mucha gente que no quiere limpiar sus casas, lo cual es bueno para mí—.

—Por supuesto—, dijo Jamie desde donde estaba detrás de una vitrina de vidrio. —Barney te extraña. La semana pasada, su sobrina nieta lo dejó parado dos veces—.

—Sonreí. —Nunca hagas negocios con la familia, supongo—.

—El hombre de mediana edad se burló. —Lo sé. La contabilidad de mi hija sigue siendo una mierda—.

—La esposa de Jamie le había hecho contratar a su hija desempleada de veintitantos años para llevar los libros.

Me reí en voz alta. —¿Qué vas a hacer?—.

—¡No puedo hacer nada! La señora Andino ha amenazado con matarme si despido a nuestra hija—.

—¿Tu esposa es buena con los libros?—.

—Sra. Andino tiene una excelente cabeza para las matemáticas—.

—Te daré una sugerencia, pero no tienes que seguirla si no quieres. Tal vez haga que su esposa revise el trabajo de su hija. Pero no lo pongas de esa manera; dígale a su esposa que tienes dolor de cabeza y vea si ella le echa una mano con las cosas de la revisión—.

—Jamie asintió. —Voy a hacer eso, Marta. Ese es un gran consejo. Consigo lo que quiero sin ofender a nadie—.

—Vengo de una larga línea de mujeres pasivo-agresivas—.

—Es su propio idioma—.

—La fluidez importa—, dije mientras sonreía. —Voy a volver a limpiar aquí. Hágame saber cómo va la contabilidad—.

—Gracias, Marta—.

—Esa noche, fui a casa y le escribí a Melissa Bollinger una carta larga y amistosa. Le hablé de mis clientes, de Kevin, e incluso le hablé de comprar una casa. Le hice preguntas que sabía que no respondería. ¿Había comprado una casa en Pennsylvania? ¿Su familia sabía sobre Niels y el peligro que representaba? ¿Tenía trabajo? ¿Estaba viendo a un terapeuta?

Cerré el sobre y lo coloqué junto a mi bolso, donde normalmente coloco mi correo saliente. Me quedé mirando una tarjeta de felicitación que había comprado el otro día.

—*Esperando que se encuentre bien*—, decía la bonita estampa dorada.

—No está enfermo—, le dije a nadie en particular. —Es terco—.

—Sonó mi teléfono. Me dije a mí misma que no era Kevin porque no quería decepcionarme. Me alegré de haberlo hecho, ya que era mi

madre quien llamaba.

—Hola mamá—.

—Me colgaste el otro día. No creas que lo he olvidado—.

—Negué con la cabeza. —No mamá. Colgué por accidente—, mentí. —Estabas hablando con tu vieja amiga Myraida, y no quería interrumpir tu reunión—.

—Mamá gruñó, pero aceptó mi ficción.

—Entonces, deberías estar feliz de que hablé con Myraida—.

—¿Por qué es eso?—.

—Awilda, la sobrina de Myraida, ¿la recuerdas?—.

—Negué con la cabeza. —El nombre no me suena—.

—¡Sí! ¡Awilda! " Afirmó mamá. —Fuiste a la misma escuela superior que ella—.

—¿Cuándo se graduó?—.

—Se graduó en 1997—.

—Tres años después que yo, pero tal vez ella asistió a la misma escuela superior que yo—, le corregí. —Además, como bien sabes, las escuelas superiores puertorriqueñas son solo de tres grados: décimo, undécimo y duodécimo, lo que significa que ciertamente NO nos conocíamos—.

—¿Por qué me hablas así? ¿Crees que me gusta cuando tu padre me habla así?

Me sentí terrible por un segundo, pero luego pensé en defenderme. —Porque no me escuchas la primera vez, mami. Entonces, cuando tengo que repetirme, pierdo la paciencia un poco—.

—Mamá gruñó de nuevo. —Quizás. Pero no me dejaste terminar de hablar de Awilda —.

—Puse los ojos en blanco y le pedí paciencia a Dios.

—Lamento haberte interrumpido, mamá. ¿Qué ibas a decir?—.

—Awilda. Tú la conoces. Estuviste con ella en el coro de la Catedral—.

De repente, me vino a la mente la imagen de una morena de pelo corto y rizado con grandes hoyuelos en los cachetes.

—Oh…—.

—¿Tú ves? ¡Te dije que la conocías! —.

—Bueno, tenías razón, mami. Pero deberías haber liderado con el coro y no con la escuela secundaria—.

—Quizás. A veces mezclo los años—.

—La idea de que mi madre envejeciera me entristecía. Vivir tan lejos de mis padres significaba que perdía muchas cosas.

—Okey. Lamento haberme impacientado contigo. ¿Qué estabas diciendo sobre Myraida y Awilda?—.

—La hermana de Myraida, Alondra, la madre de Awilda, murió de cáncer tres años atrás—.

—Ay bendito. No lo sabía—.

—Sí. Alondra tenía solo 56 años. Ahora Myraida cuida de su sobrina y sus sobrinos nietos—.

—¿Qué está pasando con Awilda?—.

—Conoces al esposo de Awilda, Arturo—.

—Aquí vamos de nuevo.

—¿Mamá? Asuma que no conozco a nadie. De esa manera, no tendrás que explicarte dos veces—.

—Me conoces bien. Tengo que decirle cosas a tu padre tres veces antes de que me escuche. El esposo de Awilda, Arturo, se unió al Navy. ¡Fueron de San Juan a Florida a San Diego, California, ¡a Italia y ahora están allí en Chicago! —.

—¿En realidad? ¿Aquí en Chicago?—

No había ninguna base naval en Chicago que yo supiera. Me pregunté si mamá se estaba confundiendo con Navy Pier, la atracción turística que la había llevado a ver más de unas pocas veces.

—Sí. Se llama Great Lakes—.

—Eso es una hora al norte, mamá—.

—¡Eso no es nada en Estados Unidos! Es tan grande y las carreteras son tan buenas. No son como las carreteras de Puerto Rico. Tengo que conseguir llantas nuevas todos los años porque la isla no cuida las carreteras. ¡Maldita política!—

Dios ayúdame.

—Entonces, así es como necesitan ayuda—, dijo mamá, yendo al grano de su conversación e inadvertidamente respondiendo la oración que hice.

Después de desconectar, miré fijamente mi teléfono, lo que solía hacer cada vez que una conversación con mi madre me dejaba incómoda. Un minuto después, hice otra llamada telefónica.

—Yo—, dijo mi papá.

—Hola papi.—.

—Estoy en la ferretería ahora mismo. Tu madre está en casa—.

—Lo sé; por eso te llamo—.

—Esteban Morales, investigador de seguros retirado, se rió entre dientes. —Sí. Entonces, ¿qué dijo mi esposa que te angustió? —.

—¿Papi? Mami quiere que investigue una red de brujería en la base naval de Great Lakes—.

—Papá dejó escapar un suspiro. —Espera. Estoy buscando el tipo de raspador de pintura adecuado, no la mierda barata por la que cobran de más—.

—Caminé por mi sala mientras esperaba a que papá volviera a hablar conmigo.

—Tu madre me habló de este trabajo antes de que te lo presentara —.

—¿Qué piensas al respecto?—.

—Creo que es dinero fácil—.

—Entré en pánico cuando me di cuenta de que no contaba con el apoyo de mi padre para desconfiar del trabajo.

—¡Papi! ¡Somos católicos!—.

—Mi padre se rió. —Estas mujeres no están haciendo las cosas malas, creo. Son amas de casa aburridas. Lo único que tienes que hacer es encontrar respuestas para Awilda, y eso es todo. Además, Great Lakes está lo suficientemente lejos de Chicago como para que no tengas que preocuparte de que esa mierda te siga—.

—¿Ves? Crees en esas cosas—.

—Nunca dije que no creía en ellos—.

—Suspiré. —Papá, no me siento cómoda con este caso—.

—Simplemente conduzca hasta allí y habla con Awilda. Familiarízate con lo que tiene que decir y luego tomas una decisión—.

—Pensé en eso durante unos segundos. —Ese no es un plan malo —.

—Este caso es lo suficientemente extraño como para sacarte de la cabeza por un tiempo. Necesitas eso—.

—No estas equivocado—.

—Nunca me equivoco—.

—Colgué el teléfono con mi papá y luego llamé a mi hermano para tratar de tener más perspectiva sobre mi caso potencial.

—¡¿Mamá quiere que investigues QUÉ?!— Rafy ladró.

—¡Eso es lo que dije! Pero incluso papi dice que está bien—.

—Creo que es una mala idea—.

—¿Por qué?—.

—¡Porque es maldita brujería, por eso! ¿Y cómo te vas a proteger? ¡Ni siquiera eres una católica practicante!—.

—Lo sentí como un golpe en mi abdomen. —¡Ay, Rafy!—.

—¡Es la verdad! ¡No vas a la iglesia!—.

—Yo podría—, discutí.

—¡Entonces hazlo ya! Con la mierda en la que te metes, necesitas estar bien con Dios—.

—¿Oyes tu boca sucia? No suenas católico en este momento—.

—Confesaré y luego iré a misa con el resto de los pecadores—.

—¡Tienes una respuesta para todo!—.

—¡Me llamaste buscando respuestas!—.

—Deje escapar un suspiro lento para calmarme.

—No estoy molesta contigo. Bueno, no tanto. Esta idea para un caso es una tontería de mamá. No puedo creer que papá lo acepte. ¿Quizás tienen curiosidad?—

—Por supuesto, tienen curiosidad. Cualquiera sentiría curiosidad por esa mierda—.

—¿Tú también?—.

—Rafy se quedó callado un rato. —Quizás—.

—Papá dijo que debería tomar la entrevista inicial y luego ver a dónde van las cosas—.

—Que se sepa que dije que esto era una mala idea—.

—Entonces, no quieres que te diga lo que descubro—.

—Tampoco dije eso—.

—Terminado con todas mis llamadas de la noche, me senté a la mesa del comedor. Cogí un archivo y escribí "Awilda Rojas" en la pestaña.

—¿Qué estoy haciendo?— Refunfuñé.

Aun así, tomé mi libreta y anoté todo lo que mi madre había compartido conmigo, junto con los detalles que recordaba de Awilda cuando estábamos juntas en el coro.

Después de eso, llamé a la familia Dean y a Jane Knight para cambiar las cosas en mi agenda. La familia Dean fueron amables, pero Jane mostró un poco más de curiosidad.

—Claro—, dijo Jane. —¿Pero por qué?—.

—Tengo algunos asuntos privados que atender—.

—¿Cómo qué?—.

—¡Deja de ser tan entrometida!—.

—Jane se rió. —Eres una sirvienta sobrepasada y rompiste con tu novio—.

—No me sentí insultada. Sabía que Jane estaba bromeando. —¿Qué tiene eso que ver con el precio del té en China?—.

—Significa que estás aburrida. Además, estoy aburrida y estoy curiosa—.

—Si te doy lo básico sobre un caso en el que podría estar trabajando, ¿lo dejarás en paz?—.

—Por ahora—.

—Puse los ojos en blanco y dejé escapar un suspiro. —Okey. Compartiré tres cosas; Esposas del Navy, Great Lakes y la brujería —.

—Nunca decepcionas—.

—Me reí. —Bueno, al menos puedo entretener a alguien—.

—Bien. Quiero más detalles el miércoles, ya que no vienes el martes—.

—Okey—.

—Con eso, le colgué a Jane. Me quedé mirando mi celular, tratando de ver si había perdido una llamada de una cierta persona. No había nada.

Capítulo Tres

El martes por la mañana trajo una cantidad de tráfico liviana. Tanto es así que me encontré esperando estacionada fuera de la casa de Ezra Lipschitz. Su vecindario estaba en transición. A ambos lados de la calle, había carteles de "Se vende" en frente de casas recientemente modernizadas. Pude identificar las casas vacías; tenían pintura fresca en el exterior y ventanas nuevas.

Me pregunté si podría comprar una de las casas. Usando mi celular, abrí un sitio web de bienes raíces para mirar los precios. Cuando vi los precios, casi atraganté mi café.

—Esos cambios harán colapsar la economía. De nuevo —murmuré.

Aun así, miré los patios de las casas a mi alrededor. Las casas eran grandes y lindas. De repente, Ezra me llamó por teléfono.

—¿Eres tú en el carro de marca Ford?—.

—Me senté derecha y miré por la ventana del lado del conductor y hacia la casa de Ezra, que estaba a tres casas de mi carro.

Mi teléfono volvió a sonar, alertándome de otro mensaje de texto.

—Puedo verte con mi cámara—.

—Dejé escapar un suspiro y respondí al texto. —Lo siento. Llegué temprano y no quería molestarte presentándome demasiado temprano —.

—No es molestia—, fue su respuesta. —Por favor, sube—.

—Ezra velándome desde su casa me hizo sentir un poco extraña. Aun así, recogí mi equipo de limpieza de mi baúl y me dirigí hacia su casa.

Ezra Lipschitz era un tipo alto y sorprendentemente guapo. Su cabello era rizado y castaño y hacía juego con una barba bien arreglado. Anteojos negros enmarcaban unos ojos de astucia.

—No parezco un ingeniero, lo sé—, dijo Ezra mientras sonreía.

—No. Pareces un carnicero o un ganadero—.

—Él se rió a carcajadas. —Lo tomaré como un cumplido. Entra por favor—.

—¿Parezco una sirvienta?— Bromeé.

La sonrisa de Ezra permaneció en su rostro. —Bueno, estás usando un uniforme de sirvienta y llevas artículos de limpieza, así que...—.

—Voy a tener que trabajar en mi disfraz—.

—Eres cómica—.

—Lo intento—, dije mientras me encogía de hombros. —Ahora, muéstrame tu lugar—.

—Era una casa renovada, pero tal vez demasiado. Un inversor de bienes raíces había despojado el encanto de los detalles de la década de 1930 y había hecho que los interiores fueran ultramodernos. No era mi estilo, pero, aun así, era encantador. Tumbaron las paredes que

separaban la cocina, el comedor y la sala de estar, creando el plano de planta abierto que muchos compradores de viviendas clamaban. Yo era fanática de los espacios separados.

Examiné las paredes y los techos. Halle lo que había estado buscando.

—Entonces, Ezra, es un poco extraño que me estés filmando mientras estoy en tu casa—.

—Ezra se sonrojó. —¿Ves las cámaras, ¿eh?—.

—Sí. ¿Estás preocupado por la seguridad?—.

—Sí. No conozco a nadie aquí en Chicago. Mi agente de bienes raíces dijo que este vecindario está en auge, y compré esta casa muy barata. Pero los otros compradores aún no están aquí, y me pregunto si la gente todavía está cometiendo crímenes por aquí ... —.

—Bueno, Ezra, probablemente estén haciendo cosas malas. Pero pareces ser un tipo grande y capaz. También tienes mucho equipo de vigilancia, y probablemente estés aquí mucho porque trabajas desde casa. Para este vecindario, creo que corres mayor riesgo para los pillos. Si los ladrones conocen bien sus oficios, probablemente sepan que deben dejarte en paz—.

—Eso espero—.

—Pero Ezra, mientras yo estoy aquí y tú estás aquí, no quiero que me filmes. Si no estás en casa mientras estoy limpiando, lo entiendo. Esa es una de mis condiciones, si decides contratarme, claro—.

—Eso es razonable, Marta. ¿Qué tal si subo y apago las cámaras? Trabajaré arriba durante la próxima hora más o menos. ¿Es tiempo suficiente para que limpies la cocina y al baño?—.

—Ya había determinado que ambos espacios serían fáciles de limpiar.

—Una hora es suficiente. Ve y trabaje en paz. Haré mi magia aquí —.

—Suena bien, Marta. Si me disculpas—.

—Escuché mientras Ezra caminaba por el pasillo y subía los escalones que conducían al segundo nivel. Por el rabillo del ojo, vi una cámara que colgaba de una esquina del techo en la cocina. Cuando giró hacia la sala de estar y dejó de moverse, puse manos a la obra. Cincuenta y cinco minutos después, llamé a Ezra desde las escaleras.

—Ya voy—, gritó.

Ezra inspeccionó el baño y luego la cocina. —Esto se ve muy bien —, dijo mientras tocaba la encimera de cuarzo blanco que abarcaba la isla de su cocina.

—Gracias. Ya te envié mis tarifas por correo electrónico, así como la información de mi verificación de antecedentes—.

—Verifiqué su información—, dijo mientras asentía.

—¿Entonces que dices?—.

—Entramos en negocio, Marta—.

Capítulo Cuatro

Después de limpiar la casa de Ezra, salí de mi apartamento y me dirigí hacia Great Lakes, Illinois.

No sabía que me traería mi nuevo caso. Sin embargo, sería interesante, ya que Myraida, la tía de Awilda y amiga de mi madre, se había sentido más cómoda al interactuar con mi madre en lugar de tratar conmigo. Le pregunté a mamá por qué. Mami me dijo que Myraida estaba avergonzada por el ángulo de "brujería" del caso y se sentía incómoda al preguntarme al respecto. Sin embargo, Myraida le había dado a mi madre un depósito, que fue transferido a mi cuenta bancaria.

Me sentí incómoda con el arreglo; sin embargo, el dinero hablaba. Conduciendo hacia los Grandes Lagos, pensé en lo que sabía sobre el área. Aparte de un par de parques de atracciones y un enorme centro comercial llamado Gurnee Mills, no sabía mucho sobre la zona. Sin embargo, sabía que allí había una presencia del Navy. Aprendí más sobre las bases del Ejército en Chicago, que era la rama de las fuerzas armadas de la que mi hijo había sido miembro.

Conduje hasta un área suburbana que presentaba casas solitarias y casas adjuntas homogéneas. Parques infantiles parecían bien mantenidos. Los patios delanteros y aceras inmaculadamente cuidados hicieron que el vecindario de Awilda Rojas pareciera surrealista. Era temprano en la tarde; había mujeres jóvenes en las aceras, caminando rápido, corriendo e incluso corriendo con cochecitos. No estaba acostumbrada a comunidades como este. Los jóvenes profesionales que conocía tenían membresías en gimnasios. Algunos corrían por parques y lagos, pero no por los vecindarios en los que manejaba o hacía trabajos de limpieza.

Estacioné afuera de lo que pensé que era la casa de Awilda Rojas. Después de agarrar mi carpeta de archivos y una libreta, me tomé un momento para organizar mis pensamientos. Miré las residencias a mi alrededor y los autos estacionados afuera. Los vehículos populares para los vecindarios eran SUV grandes, guaguas enormes o minivans. Los parachoques tenían calcomanías que decían "Go Navy—, "Orgullosa esposa de Navy" u otras cosas en ese sentido.

Me había metido en una burbuja extraña, pero tendría que pensar en eso más tarde. Sacudiendo la cabeza, recogí mis cosas y salí de mi carro. Por el rabillo del ojo, vi cortinas abriéndose en una ventana en una casa al otro lado de la calle. En la actualidad, parecía haber muchos adultos en sus hogares. ¿Qué hacían con su tiempo?

Cualquier malestar que pudiera haber sentido evaporó tan pronto abrió la puerta principal. Awilda, con una cara que reconocí (un punto para mamá), sonrió.

—¡Me acuerdo de ti!— Awilda dijo mientras me dio un abrazo.

Sintiéndome aliviada y extrañamente emocionada, me reí y le di a Awilda un abrazo rápido. —Han pasado un par de años—, bromeé.

Awilda se rió y luego se burló.

—Entra y sal del frío—.

—Su casa estaba un poco más cálida que el exterior. Su hogar, muy ordenada, olía a pino y canela. Las voces en español murmuraron desde otra habitación; reconocí la transmisión de una estación de noticias de Puerto Rico.

Una vez que me acompañó a la sala de estar, reconocí la fotografía en las paredes. Fotos de El Morro, playas y un par de imágenes de la plaza de Arecibo, un lugar por el que había caminado hace unos meses. Di una sonrisa triste.

Awilda se rió. —Yo también hago lo mismo—, dijo mientras señalaba las fotos. —Estamos tan lejos de allí. Pero siéntate; déjame traerte un poco de café y panecillos de canela—.

—Gracias,— dije mientras puse mi bolso y mis archivos en el asiento a mi lado.

—¿Mi tía me dice que estuviste en P.R. recientemente?— Awilda preguntó mientras me servía una taza de café.

—Sí. Estaba pensando eso. Estuve allí hace cuatro meses atrás—.

—¿Como estuvo?— Preguntó mientras se sentaba frente a mí con su taza de café.

—Diferente e igual. Diferente en el sentido de que muchas personas con las que me crie ya no viven allí. Lo mismo en el sentido de que la casa de mis padres no ha cambiado. Tampoco sus quejas sobre cómo vivo mi vida—.

—Awilda se rió a carcajadas, mostrando los hoyuelos en su bonito rostro.

—Creo que es así para todos nosotros. Salimos el año pasado, durante el verano. Los pasajes de ida y vuelta para cuatro personas no son baratos. Sin mencionar el resto del dinero que gastas cuando sale —.

—Lo entiendo—, dije antes de tomar un sorbo de café.

—Lo siento, no es café Yaucono; ¡Me encantan las cosas de Starbucks!—.

—Un buen café es un buen café—, dije mientras le sonreía. —Y este es un buen café—.

—Tomamos un par de bocados de nuestros rollos de canela en silencio. Noté que Awilda miraba mucho hacia abajo; la mitad inferior de su cuerpo se movía, como si estuviera dando golpecitos con el pie. Debajo de su cálida bienvenida y amabilidad, Awilda estaba nerviosa.

—Háblame de tus hijos—, le pedí.

Mi anfitriona sonrió de nuevo. —Mi hijo Chayanne tiene catorce

años y mi hija Dagmar tiene doce—.

—Los nombres familiares me hicieron sonreír. Chayanne era un famoso cantante puertorriqueño y Dagmar era una famosa actriz puertorriqueña.

—¿Son sus hijos músicos o actores?—.

—Awilda se sonrojó. —Quería ser cantante y actriz, y estoy viviendo a través de ellos. ¡Pero los dos cantan y bailan!—.

—Entonces funcionó—.

—Gracias a Dios—, dijo, pero parecía un poco más seria.

Miré por la ventana sobre el fregadero de la cocina. Noté que el patio trasero de Awilda y el de sus vecinos eran idénticos.

—Mi hijo Héctor estaba en el ejército. Sin embargo, él y Waleska nunca vivieron en una base. Esta zona de viviendas es interesante—.

—Awilda asintió. —Sí. Es interesante." Nerviosa, se rascó el codo. —Intentamos que esta casa se vea lo más hogareña posible, pero es difícil. No compramos casa porque no estaremos aquí el tiempo suficiente. Diablos, se suponía que no íbamos a estar aquí tanto tiempo—.

—¿En Illinois o en los Estados Unidos?—.

—Awilda gimió. —En el Navy; todo ello.—.

—Ella no dijo más, y lo dejé solo, ya que parecía ser un tema delicado. Sin embargo, lo diseccionaría más tarde. También podría hacerle más preguntas a mi madre.

—Awilda, ¿en qué puedo ayudarte?—.

—¿Cuánto sabes?—.

—Se algunos detalles, algunos extraños detalles, pero me gustaría obtener tu versión de los eventos—.

—¿Cómo te metiste en esto?— preguntó Awilda.

Awilda se estaba estancando, pero podía permitirlo un poco más. —Estoy segura de que escuchaste que yo era policía, pero luego me quedé embarazada de mi entonces novio y ahora ex marido—.

—Sí. Lo había escuchado—.

—Bueno—, dije mientras me movía en mi silla, —no podría convertirme en policía aquí en Chicago, no con el peligro. Tenía un bebé y mi familia estaban lejos. Entonces, durante muchos años, no hice nada. Luego, me convertí en sirvienta y me separé de mi esposo. Mi Héctor falleció y yo seguí limpiando. El año pasado, comencé mi propio negocio de limpieza. Ahora limpio y detecto. Ambas cosas se combinan bien—.

—¡Eso es tan interesante!— Awilda dijo mientras se sentaba hacia adelante en su silla.

Cogí mi libreta y bolígrafo de la silla a mi lado. No dije nada, pero miré expectante a Awilda.

—Por dónde empezar—, murmuró. —El principio, supongo—.

—Awilda dejó escapar un suspiro y se quedó mirando un espacio detrás de mí. Unos momentos después, me miró.

—Primero, déjame decirte por qué me metí en….en qué me metí. Esto—, dijo Awilda mientras agitaba la mano hacia la hermosa mesa del comedor y los muebles de la sala de estar en la habitación más allá de nosotros, "no fue lo que planeé. Esto no es lo que planeamos. Arturo, Arthur aquí en los Estados Unidos—, dijo con un poco de ácido en su tono, —se suponía que solo cumpliría seis años—.

—¿En la fuerza militar?—.

—Sí, en el Navy. Debería haberlo aclarado. ¡Había terminado mi bachillerato en San Juan, Puerto Rico, ¡y estaba trabajando! " Awilda pontificó. —Estaba filmando comerciales y participando en obras de teatro. A Arturo todavía le quedaba un año para obtener su bachillerato en ingeniería. Se metió con algunas clases electivas y se quedó sin dinero. Le dije que pidiera préstamos para terminar, pero Arturo dijo que no lo haría. Sus padres ya habían pagado para que su hermano mayor fuera a la escuela de medicina, así que no podía pedirles dinero. Ya estábamos comprometidos y me ofrecí a ayudar a pagar su último año. Arturo dijo que no, pero que había estado hablando con un reclutador—.

—Awilda dejó escapar un suspiro y tomó otro sorbo de café.

—Si no me hubiera comprometido con él y aún no hubiera comprado mi vestido de novia y no hubiera reservado el salón para la recepción, hubiera acabado con él—.

—Entonces, ¿no querías que estuviera en el Navy?—.

—No quería irme de Puerto Rico. No quería dejar mi carrera como actriz—.

Escuchar la historia de Awilda, que era muy parecida a la mía, hizo que los viejos sentimientos de ira burbujearan dentro de mí. Miré mi taza de café y deseé poder agregarle algo más.

—Compromiso,— dije mientras me recostaba en mi asiento. —A veces no sabemos cuándo hemos ido demasiado lejos—.

—Hasta que sea demasiado tarde—, terminó Awilda por mí.

Mi anfitriona respiró hondo y luego hizo la señal de la cruz.

—Escúchame, quejándome. Estoy tratando de dejar atrás la furia, pero todavía está ahí—.

—Me estabas contando una historia. No te quejabas, no realmente —.

—Gracias. Déjame volver a eso—, dijo Awilda mientras rodaba los ojos y negaba con la cabeza.

—No seas demasiado dura contigo misma. Cuando dos mujeres de casi mediana edad se sientan con café y donas, van a contar historias —.

—Awilda se rió. —¿No es esa la verdad? Pero está bien, volveré a

mi historia. Me casé con Arturo con la condición de que habláramos con el reclutador juntos. Pero, ¿adivina qué había hecho el hijo de puta?—

Tuve un presentimiento, pero la insté a continuar.

—¡¡¡Ya había hablado con el reclutador!!! Tenía una fecha en la que se iría al —Boot Camp— o entrenamiento inicial. ¡Era un mes después de nuestra luna de miel!—.

—No dije nada, ya que no quería avivar las llamas de Awilda.

—Sí. Entonces, Arturo se fue al maldito —Boot Camp— aquí en Great Lakes. Eso fue quince años atrás. Atendió escuela aquí y en San Diego, California. Arturo me dijo que yo podría volver a la universidad allí. Lo intenté, pero no podíamos pagarlo. Entonces, fui a trabajar a un salón de belleza. Luego nos trasladamos a Italia. Probé la escuela de teatro, pero no pude superar la barrera del idioma. Quedé embarazada y los compromisos continuaron. Arturo dijo que le estaba yendo bien en el Navy y que deberíamos permanecer en el servicio unos años más. Le dije 'no'. Conseguí un boleto para Chayanne y para mí y volví a Puerto Rico—.

—Bien por ti—, fue mi respuesta.

—Arturo no podía creer que lo había dejado. ¡Pero lo hice! Y estaba tan orgulloso de mí misma—.

—Los ojos de Awilda brillaban mientras contaba su historia.

—Pero Arturo movió montañas y recibió órdenes para Puerto Rico. Reclutamiento. Mi mamá nos echó a Chayanne y a mí de la casa de mi infancia y nos dijo que volviéramos con Arturo. No tuve elección. Estaba enojada, pero Chayanne estaba tan feliz de estar con su papá de nuevo. Eso me hizo sentir como una mierda, así que decidí intentar arreglar las cosas con Arturo. Quedé embarazada de nuevo. Dos años después, cumplió sus órdenes de reclutamiento en Puerto Rico y recibió órdenes a un barco basado en Florida. Le dije que se lo pasara bien, pero que no iba a ninguna parte—.

—En lugar de continuar, Awilda se levantó y llevó nuestros platos a la cocina. Trajo la cafetera y volvió a llenar nuestras tazas. Le agregué leche y azúcar a la mía mientras esperaba que Awilda volviera a hablar. Sin embargo, no parecía querer hacerlo.

—No quiero volver a enojarte o molestarte al volver a contar tu historia. No necesito saber los detalles de tu matrimonio para ayudarte con cualquier problema con el que necesites que te ayude—.

—Es algo relevante—, se quejó. —Pero avanzaré rápido sobre cosas que me harán tomar tequila más tarde. Ahora estamos aquí en los Great Lakes. A Arturo le quedan poco más de cuatro años, y son sus veinte. Me voy a retirar a los veinte—, afirmó. —No sé qué hará Arturo, pero estoy FUERA. Hecho. Tengo dinero ahorrado y una cuenta de retiro. Cuando mi mamá falleció, me dejó tres cuerdas de

terreno por los montes de Arecibo. Voy a volver allí y vivir mi vida. Actuar y cantar están fuera, pero veremos qué viene después—.

—Bueno, sus planes sonaban emocionantes, pero no me dijeron por qué había conducido hacia el norte durante una hora.

—Entonces, así es como me metí en el lío en el que estoy ahora. O el por qué, debería decir. Arturo es un E-7. El rango de alistado más alto que puede tener en el Navy es E-9. Arturo está a punto de recibir el rango E-8. Ha sido un trabajo duro llegar hasta aquí, por su parte, la mía y los niños también. Si puedo ayudarlo a cumplir el rango E-9 en los próximos cuatro años, lo haré. Eso significa más dinero de retiro para él y para mí si nos divorciamos porque yo tengo el derecho de 50 por ciento de su dinero de retiro, por siempre. Siempre y cuando no me vuelva a casar, lo cual no haré. ¿Quién necesita estar atada así?—.

—Había empezado a tomar notas sobre las cuentas IRA y las pensiones militares, pero todavía no entendía por qué Awilda necesitaba un detective. Awilda parecía tener las cosas bien, incluso teniendo un mal genio y poca paciencia con su marido.

—Salí a caminar un día y pasé por el tablón de anuncios del Exchange—.

—Finalmente, estaba llegando a al punto de mi visita. Sin embargo, tenía otras preguntas.

—¿Te importa si grabo esto?—.

—No sé. ¿Quién va a escuchar esto?—

—Solo yo. No tengo licencia oficial, así que cualquier cosa que consiga aquí no será válida en un tribunal de justicia—.

—Eso no era exactamente cierto, pero tampoco era una mentira.

—Okey. Tiene mi permiso para grabar esto. Pero no quiero compartir detalles sobre mi matrimonio con Arturo—.

—Eso está detrás de nosotros—, dije mientras sacaba la grabadora de mi bolso. —No necesito esos detalles—.

—Pulsé en grabar y rápidamente dije mi nombre, la hora, la fecha, dónde estaba y a quién estaba entrevistando.

—¿Dijiste que estabas caminando por un Exchange? ¿Es ese un lugar?—

Awilda asintió. —Sí. Lo siento. Debería haberte explicado eso. Hay mucha jerga naval que utilizo. Avísame si algo suena raro. Un Exchange es como una tienda para militares y sus dependientes. Las cosas que se encuentran allí generalmente están libres de impuestos y se venden al costo. Hay pequeños tiendas Exchange y grande tiendas Exchange también. El Exchange por el que pasé estaba cerca de una gasolinera. El Exchange tiene un tablón de anuncios junto a las puertas de entrada. Eso es lo que leí —.

—¿Qué viste allí que te llamó la atención?—.

—Awilda se pasó las manos por su cabello oscuro y rizado. —Una publicación para un nuevo grupo de yoga. Dijeron que sería un tiempo y lugar donde las esposas podrían reunirse y reír mientras se comunican con la naturaleza—. Añadió un giro de ojos a su última declaración.

Sentí que algo golpeaba mi cerebro y mi pecho, y supe que estaba llegando al origen del problema de Awilda.

—Dime qué hiciste—.

—Awilda tomó su bolso, que colgaba del respaldo de la silla junto al suyo. De las profundidades de su cartera, recuperó una pequeña botella de loción para manos que usó rápidamente.

—Empecé a hacer yoga. Necesitaba, diablos, todavía necesito perder alrededor de diez libras. Quería estar en forma y socializar. Con ese grupo, tenía las dos cosas. Al principio, eso es. Fue suficiente —.

—¿Qué cambió?—.

—Maryellen Lewis—, Awilda pronunció el nombre de manera lenta y en una voz alta. —No soy amiga de ella, pero tengo una historia con ella—.

—¿Puedes explicar eso?—.

—Su esposo, Charles Lewis, tiene el mismo rango y trabajo que mi esposo. Ambos son Fire Controlmen. Eso suena a que luchan contra incendios, ¿verdad?—.

—Sí—.

—No. Significa que usan equipo secreto del Navy para disparar misiles y otras cosas. Los Damage Controlmen combaten los incendios, pero todas las personas en el Navy también lo hacen—.

—Eso es muy confuso. ¿Es relevante para mi investigación?—.

—No—.

—Gracias a Dios. Entonces proceda, por favor—.

—La verdad es que entiendo a Maryellen. Se parece mucho a mí: una ama de casa con niños. Maryellen quiere que su esposo avance de rango para que puedan ganar más dinero y tener una mejor calidad de vida ahora y cuando se retiren—.

—Tuve la sensación de que Awilda estaba preocupada de que la juzgara.

—¿Maryellen te hizo algo?—.

—No sé. No estoy segura. Pero Maryellen fue quien presentó la brujería de Wicca al grupo de yoga—.

—Wow—, Dije, por un momento rompiendo mi personaje como detective.

—Lo sé." Awilda hizo una pausa, pareciendo estar midiendo sus palabras. —Soy una católica devota, lo juro. Pero estaba sola, ¿sabes? Durante unas semanas allí, antes de la basura de la Wicca, el grupo de

yoga fue genial. Hice amistades con mujeres que no habría conocido de otra manera. Intercambiamos recetas y comidas. Salíamos juntas también—.

—¿Qué cambió?—.

—Maryellen nos inició con aceites naturales, cosas todas-naturales que supuestamente curaría nuestros cuerpos y nos alineara con la tierra. A primera vista, sonaba seguro. Me gustan las curas totalmente naturales. Eso es lo que usaban nuestras abuelas, ¿sabes?—

—Sí, pero nuestras abuelas también contrajeron polio, gripe española y tuberculosis—.

—Suenas como Arturo—, dijo Awilda mientras sonreía. —Pero usted está en lo correcto; Soy culpable de romantizar las cosas—.

—Continúe por favor—.

—Entonces, durante algunas semanas, solo fueron aceites. Pero luego Maryellen empezó a atascarnos en hierbas y encantamientos y cosas así. Ahí es donde tracé la línea—.

—Está bien—, dije mientras pasaba una página en mi cuaderno. —Háblame de las hierbas. ¿Qué quería que hicieras con ellos?—

—Okay. Maryellen dijo que podíamos quemar las hierbas y agitarlos en nuestras casas para que las cosas malas y las malas energías desaparecieran—.

—¿Lo intentaste?—.

—Awilda negó con la cabeza. —No. El paquete todavía está aquí en alguna parte—.

—¿Qué pasó con los encantamientos?—.

—Awilda parecía pensativa. —Dijo ... Maryellen dijo que iban a traer fortuna a nuestras vidas y a nuestros maridos—.

—Rompí el personaje de nuevo. —Eso es jodidamente extraño—.

—¡Lo se!—.

—¿Hubo un enfrentamiento?—.

—Sí. Primero, fue Patricia Nykiel. Es polaca e incluso más católica que yo. Estábamos en una habitación privada en el gimnasio de la base cuando Maryellen empezó a repartir hojas de papel que tenían palabras extrañas para que las dijéramos. Patricia preguntó directamente si era brujería. ¡Maryellen se puso nerviosa! Pero luego negó con la cabeza y dijo que era "Wicca leve— y que estaba bien. Dijo que, si queríamos mejorar nuestras vidas y las carreras de nuestros maridos, lo seguiríamos. Maryellen dijo que era inofensivo—.

—Déjame detenerte y preguntarte cuál es tu historia con Maryellen Lewis—.

—Su esposo y mi esposo trabajan en el mismo departamento e incluso la misma oficina. Chief Lewis y Arturo eran parte de la misma formación en Great Lakes, y antes de eso, fueron asignados a la misma estación. Compiten por buenas evaluaciones y buenos deberes

colaterales. No son amigos—.

—Entiendo la rivalidad en el lugar de trabajo. Pero, ¿cómo conectan Maryellen y usted?—

—Con la vida militar, y cuando las esposas no trabajan fuera de casa porque están condenadamente cansadas de mudarse y cambiar de trabajo, las esposas se involucran en las carreras de sus esposos. El Navy fomenta eso. Hay grupos de esposas del Navy, grupos de preparación familiar y cosas así. Las esposas vamos a las mismas reuniones familiares que tienen los departamentos de nuestros esposos. Nos encontramos el uno al otro. Arturo me confió sobre Charles Lewis y cómo eran competidores. Naturalmente, Maryellen Lewis y yo también nos convertimos en rivales. Pero no realmente. He hecho todo lo posible por alejarme de ella. Para mí, estar involucrada en la carrera de Arturo es darle una cómoda vida hogareña. No siempre logro eso. Pero, recojo sus uniformes de la tintorería. Me aseguro de que sus cosas estén planchadas y que sus parchos sean cosidos correctamente. Me aseguro de que los vehículos estén atendidos. Le ayudo para que él brilla cuando está en el trabajo. Estoy segura de que Maryellen hace lo mismo por su marido—.

—Entendía la rivalidad de Awilda y Maryellen.

—Entonces, ¿las cosas llegaron a un punto crítico, sobre la 'Wicca leve'?—.

—Awilda asintió. —Sí. Le dije que su mierda de Wicca estaba poniendo al grupo demasiado espeluznante. Tal vez podría haberla llevado a un lado para decirle eso, pero estaba harta—.

—¿Cómo reaccionó ella?—.

—Maryellen dijo que, si no me gustaba, podía dejar el grupo. Le dije que había estado en el grupo más tiempo que ella. Incluso dije que ella también era católica, porque lo es—.

—¿Cuál fue la respuesta de Maryellen?—.

—Ella perdió la cabeza por eso. Dijo que su marido era católico y no ella. Y luego dijo la típica basura reciclada sobre la iglesia católica —.

—Awilda se levantó y tomó nuestras tazas de café. Luego fue a un gabinete, donde consiguió unos vasos. Segundos después, tomé un vaso de agua refrigerada filtrada.

—Todavía me encanta el agua helada—, confió Awilda. —Incluso si la temperatura aquí está bajo cero, tengo que tomar mi agua con hielo—.

—Me reí. —Yo también—.

—Entonces—, dijo Awilda mientras volvía a sentarse en la mesa. —Corté a Maryellen en medio de su diatriba y le dije que estaba llevando a nuestro grupo de Yoga al lado oscuro y extraño. Maryellen luego me informó que, de todos modos, el yoga estaba en contra de las

enseñanzas católicas—.

—¿Cómo es eso?—.

—Algunas de las exclamaciones son alabanzas a algún dios hindú —.

—No tenía ni idea.

—¿Fue ese tu último encuentro con Maryellen y el grupo de yoga? —.

—Sí—, dijo Awilda mientras se desinflaba. —Pensé que otros se irían conmigo. Quizás incluso Patricia, la católica polaca. Sin embargo, me fui por mi cuenta—.

—Okey. Estoy formando una imagen de tu estado con el grupo de yoga y con Maryellen. ¿Por qué estoy aquí?—.

—Awilda me miró un poco. —¿Seguro que quieres hacer esto?—.

—Estoy aquí—.

—Continuó como si no hubiera hablado.

—Porque sé que mi tía te pagó un depósito. Puedo decir que las cosas no funcionaron. Aunque tú y yo no éramos amigas cercanas, éramos amigas en el coro de Puerto Rico. No me enojaré si dejas esto —.

—¿Awilda? Te quiero ayudar—.

—Ella asintió. —Okey. ¿Has notado lo fría que está mi casa?—

Tenía frío, encontré. Inicialmente, el café y la cálida conversación me habían distraído de ese hecho. Incluso con mi chaqueta, tenía frío.

—¿Por qué crees que hace tanto frio?— le pregunte.

—¡Las malditas brujerías que siguen siendo tiradas en mi césped y en mi jardín!— Awilda exclamó. —¡Ven! Te los voy a enseñar—.

—Veinte minutos más tarde me retuvieron en mi auto rumbo a Chicago. La reunión con Awilda produjo una gran cantidad de audio, notas e incluso algunas fotos. También me iba a casa con una buena cantidad de preguntas y también con temor.

Nerviosa, tomé el rosario de mi espejo retrovisor y durante el resto de la noche recité las oraciones que conocía de memoria.

No sé por qué pensé que estaría a salvo de las pesadillas. Quizás mi seguridad física me hizo sentir así, ya que la puerta que custodiaba mi apartamento era alta. También tres puertas bloqueaban la calle de mi forma dormida.

Sin embargo, los sueños dan entrada gratis para todos. Los sueños felices presentaban amigos riendo y clientes sonrientes. Tiempos pasados de Héctor cuando era un bebé y un niño pequeño cuando solo necesitaba de mí. Otros aspectos destacados fueron los días soleados con familiares y amigos en las playas de Puerto Rico. Los brillantes ojos azules de Kevin también figuraron allí.

Pesadillas presentaba bombas en países del Medio Oriente; mi hijo llorando por mí, pero yo no le alcanzaba. Otro sueño horrible fue el de

Aníbal sollozando mientras me decía que le había roto el corazón. Otros sueños mostraban a mi hermano recibiendo un disparo en el trabajo y mis padres muriendo.

Uno de los amuletos de brujería de Awilda me trajo una nueva tanda de pesadillas. Una pequeña figura cosida a mano que no había traído a casa presagiaba una gran pesadilla. La figura toscamente cosida se sentó en mi mesita de noche y me miró mientras dormía. Se levantó de su posición sentada. Usó sus manos para tirar de los hilos de su torso. Eso no era bueno, lo sabía. Trate de despertarme a la fuerza, y no podía. Tampoco tenía a nadie que me despertara y me rescatara. Aumentó mi miedo.

El amuleto lanzó el hilo hacia mí. Segundos después, los hilos desechados me ataron a mi cama, dejándome incapaz de moverme. En mi sueño, intenté gritar, pero salió nada. Lentamente, la puerta de mi habitación se abrió, crujiendo de una manera que nunca lo hacía en la vida real. Dejé de luchar y vi mi primera pesadilla entrar en mi habitación.

Fue Niels Erickson. El apuesto hombre nórdico se sentó al pie de mi cama.

—Me robaste, Marta Morales—, dijo, correctamente enunciando todas las r en mi nombre.

Negué con la cabeza. —No. No—, yo dije.

—Lo hiciste. Ayudaste a Melissa escapar—.

—En mi vida real, sabía que había hecho lo correcto, pero aquí, frente a Niels, habría hecho cualquier cosa para revertir mis acciones.

—¿Parálisis del sueño? ¿Es eso lo que crees que tienes?— Niels me preguntó. —No puedes moverte. Estás ansiosa y estás alucinando—.

—Niels era inteligente y probablemente un psicópata. Niels se encogió de hombros, pareciendo escuchar mis pensamientos.

—Podría ser. O podría ser simplemente un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Pero no esta vez. Una pobre doncella tímida se llevó lo mejor de mí. ¿Cómo crees que me hace sentir eso?—.

—Traté de alejarme del loco, pero no funcionó. Niels se rió.

—¡No! ¡No estoy enojado! ¡Estoy estimulado! No puedo esperar para vengarme, Marta, porque lo haré. Hasta que nos volvamos a encontrar—, dijo antes de disiparse en la nada. Miré la mesita de noche y vi que el amuleto todavía estaba allí.

Momentos después, entró otra persona en mi habitación.

—¡Hola, Amiga!— dijo María Álvarez.

Me invadió un tipo diferente de horror.

—¡Oh sí!— María dijo mientras se sentaba en el mismo sitio que Niels se sentó. —No soy exactamente la villana, ¿verdad?—.

—Pero si lo era. Ella robó mi identidad y me apuntó la cabeza con una pistola. María hizo una mueca de burla.

—Okey. Tienes un punto ahí. Sin embargo, me jodiste. Jodiste mi vida tanto que tuve que cerrar mi negocio y mover mi trasero de regreso a Puerto Rico. Mis hijos tuvieron que dejar el ballet y el fútbol, y mi marido imbécil me tiró esta mierda a mi cara. Tengo que empezar de nuevo y estoy encabronada—, enfureció. —Te haré pagar por eso. Pero, más allá de lo que me debes, ¿qué pasó con todas las otras sirvientas que trabajaron para mí? Claro, los jodí con propinas y mierda, ¡pero tenían trabajos! Tenían seguro médico, días de vacaciones e incluso les retuve el seguro social. Pero le quitaste todo eso, ¿no es así?—

María me daba miedo, pero yo no estaba demasiado preocupada, ya que María tenía a la policía buscándola, y probablemente a algunos matones también. Quizás incluso algunos abogados enojados.

—No te pongas demasiada cómoda, Marta. Puede que yo consiga el mío, pero tú también lo harás—.

—Finalmente, ella desapareció. Miré mi mesita de noche y vi que el amuleto todavía estaba allí. Recuperé algo de valentía y el uso de mi voz.

—Sal de mi casa—, le dije.

El icono colapsó y luego se encogió sobre sí mismo antes de desaparecer. Momentos después, me desperté, y a las 3 a.m., por supuesto. Eché un vistazo a mi mesa de noche y al suelo, pero no vi el amuleto. Miré la puerta de mi dormitorio y descubrí que también estaba cerrada.

Respiré hondo unas cuantas veces y luego un poco más. Luego hice la señal de la cruz y oré hasta que me volví a dormir.

Capítulo Cinco

El caso de Awilda Rojas no era como los otros casos que había investigado. (Solo había hecho otros dos trabajos remunerados, pero, aun así). La pesadilla que tuve la noche anterior me mostró que necesitaba evaluar mi situación, y quizás obtener la opinión de otra persona. Rafy estaba fuera, ya que había desaconsejado el caso. Mamá estaba prohibida porque me había metido en el lío. Papá probablemente estaría del lado de mamá, así que él también estaba fuera.

Pensé en Kevin, pero inmediatamente descarté la idea. Él estaría en contra de CUALQUIER caso que pudiera asumir. Además, no estábamos hablando.

¿Quién quedaba? Tenía un candidato en mente.

Soborné a Doña Justa comprándole una docena de donas de la panadería del vecindario. Afortunadamente, la dueña de mi casa se apresuró a admitirme en su apartamento.

—¿Dónde está el detective?— La octogenaria me preguntó.

Me tomé un tiempo extra largo para desahogarme de la taza de café que me había servido.

—No estuvimos de acuerdo—, dije después de tomar un sorbo. —Kevin quería tener demasiado control sobre lo que hacía. Eso fue difícil superar—.

—Doña Justa asintió mientras cortaba su dona por la mitad. —¿En qué te has estado metiendo?—.

—Treinta minutos más tarde mantuve informada a mi casera sobre mi segundo trabajo.

—¿Por qué quieres ayudar a esta mujer?—.

—¿Awilda?—.

—Sí—.

—Por un segundo, lo consideré. —Al principio, fue el dinero. Ahora, solo quiero ayudar. Awilda está asustada. Ella tiene hijos. Tiene otros problemas que manejar además de esto—.

—No eres una bruja—.

—Eso es una cosa que no soy—.

—Puedo ayudarte con esto—.

—¿Eres una bruja?—.

—¡No!— Dijo en voz alta. —¡Dios mío, no!—.

—Me quedé mirando a la dueña por un rato.

—Tus razones para ayudarla son buenas. Sabes en lo que te estás metiendo. Mi prima segunda, Adelaida, es una mujer católica muy devota. Solía ser monja. Cuando tenía treinta años conoció a un viudo y se enamoró. Ella crio a sus hijos y luego crio a tres de los suyos. Ella puede rezar por ti y Awilda. Lo que tienes que hacer es encontrar una

bruja aquí en Chicago. Hay suficientes mujeres locas, solitarias e infieles aquí, así que estoy seguro de que encontrarás una rápidamente —.

—Dejé escapar un suspiro de alivio. —Agradecería la ayuda de usted y de tu prima. Gracias Doña Justa—.

—Podrás ayudar a Awilda porque te preocupas. Awilda necesita una persona de fe dispuesta a interceder por ella. Pero, ¿quién lucha por ti, Marta? Te puedo introducir a un hombre-—

Pero ya no la oía. Las lágrimas llenando mis ojos me hicieron salir corriendo del apartamento de Doña Justa y hasta la mía. Una vez que me recuperé, hice una llamada telefónica.

—¿Marta?— Preguntó Kevin. El teléfono solo había sonado dos veces.

El sonido de su voz me afectó tanto que no pude hablar. — Yo...yo...—.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás?—.

—Kevin parecía asustado. Las lágrimas cayeron de mis ojos.

—Estoy bien. No lo estoy,— confesé. —Te extraño. Te diré cosas si quieres saberlas—.

—Estaré allí en veinte—.

—Después de desconectarme de la llamada, corrí al baño y me limpié las lágrimas. Aun así, siguieron cayendo. Mi maquillaje también se había lavado. Minutos después, sonó mi intercomunicador. Era Kevin y estaba en la puerta.

Bajé las escaleras y me dirigí al portón que nos separaba. La vista del brillante cabello rojo de Kevin y sus ojos azules bellos hizo que mi corazón se detuviera.

—¿Déjame entrar?— preguntó, con la voz quebrada.

Asentí y le abrí.

—Hace frío. Subamos—, sugerí.

—Sí—.

—Kevin me siguió por las escaleras hasta mi apartamento y cerró la puerta detrás de nosotros. Me volví hacia él y luego miré hacia la cocina.

—¿Café?—.

—Sí. Por favor—.

—En la cocina le preparé una taza.

—¿No quieres?— me preguntó.

—He tomado demasiado café hoy. Primero, para mantenerme despierta, segundo para calentarme y la tercera para hacerme valiente —.

—¿De qué tienes miedo?—.

—Antes de responder Lo miré un poco. —¿Creerías que llamarte era el menor de mis miedos?—.

—Eso espero, pero sé en lo que te metes cuando no estás limpiando —.

—Kevin frunció el ceño mientras tomaba un sorbo de café. Sospeché que estaba enojado.

—Antes de entrar en eso, ¿puedes decirme por qué no me llamaste?— Le pregunté.

Dejó su taza y luego me miró fijamente. —No te llamé. Hice uno mejor. Tres mejor. ¿Las donas?—

—¿Qué donas?—.

—¡Las donas!—.

—No sé de qué estás hablando, Kevin—.

—Kevin se puso de pie y me miró fijamente. —¿No has recibido mis donas?—.

—¿Cuándo me compraste donas?—.

—Todos los viernes, desde la última vez que hablé contigo. Te he traído donas. Los dejé con los mecánicos que viven abajo. Todos los viernes por la mañana—.

—¿Por qué no me los diste en persona?—.

—Pensé que todavía estabas enojada conmigo—.

—Tragué. —¿Eran los buenos donas de policía?— En el pasado, Kevin me había traído donas de una tienda que solamente vendía donas a la policía y los bomberos.

—Por supuesto—.

—Quería llorar, pero no lo hice.

—Pensé que habías roto conmigo—.

—Kevin negó con la cabeza. —No, Marta. Me estaba tomando algo de tiempo—.

—Me limpié el rabillo de los ojos y miré fijamente la superficie de mi mesa.

—¿Qué quieres hacer, Marta?—.

—Lo miré. —¿Me ayudarás a regañarle a algunos mecánicos ladrones?—.

—Kevin sonrió. —Te haré una mejor. ¿Quieres ir a comprar donas frescas? —.

—Las lágrimas cayeron. —Si—.

—Mientras Kevin conducía hasta el lugar de las donas, hablamos poco. Estaba bien conmigo con eso, ya que todavía estaba un poco nerviosa. Kevin seguía mirándome furtivamente, así que supe que él sentía lo mismo. Me hizo sentir mejor.

Esperé en el carro mientras Kevin nos traía donas. Después de comprar la dulzura cargada de carbohidratos y calorías, detuvo el auto afuera de un parque donde los comimos. Gemí mientras mordía mi rollo de canela.

—¡Estos son tan buenos, Kevin!—.

—Lo sé—.

—Después de unos minutos de agradable silencio, Kevin habló.

—Dime qué haces en tu tiempo libre—.

—Asentí. —Investigaciones sin licencia—.

—Kevin gimió y dejó escapar un suspiro. —Detesto escucharte decirlo. Odio la confirmación. ¿Por qué, Marta?—

—Creo que sabes por qué—.

—¡No lo sé! ¡Por eso estoy preguntando!— Kevin estaba enfurecido.

—Está bien, está bien—, lo tranquilicé. —Te diré por qué. Porque ser sirvienta es duro para mi cuerpo. A veces mi seguridad está en duda y mi salud también es un problema. Muchos de los productos químicos que utilizo son dañinos, y limpiar de rodillas durante horas y horas también hace daño—.

—Kevin negó con la cabeza. —No. Esa es una razón para buscar otra ocupación, no una razón para realizar detecciones sin licencia—.

—Asentí. —Cierto. Tienes razón. Soy detective porque soy una buena investigadora. Paga bien y me estimula de una manera que nada más lo hace—.

—¿Sabes lo peligroso que es mi trabajo?—.

—Si. Lo sé—, dije suavemente.

—No, Marta. No te cuento todo porque lo dejo en el trabajo. O lo intento. Ahora, tu, que no tienes protección y poca o ninguna experiencia, ¿estás tratando de hacer lo que yo hago?—.

—No—, argumenté. —No estoy tratando de encontrar violadores, asesinos o pandilleros. Yo trabajo casos fáciles—.

—No hay 'trabajos fáciles'. Las cosas se vuelven complicadas y peligrosas tan rápido. Caso en cuestión: Edna Nazario. Pensaste que estabas encontrando a un familiar para alguien en Puerto Rico. ¿Podrías predecir que terminarías llamando al FBI?—.

—No—.

—Un mes atrás, me contrataron para buscar a una mujer llamada Edna Nazario. La encontré trabajando como higienista dental y también como una ladrona de identidad. De forma anónima, la denuncié a ella y a sus secuaces al FBI.

—No sabías lo grande que era ese anillo de robo de identidad y cuántos jugadores estaban involucrados. Además, apuesto a que estaban comprando cosas y vendiéndolos en sitios de subastas por el internet. Si no fueras tan cuidadosa con la forma en que les diste la información a los federales, estarías en el radar de algunas personas bastante malas—.

—No pude discutir con la lógica de Kevin.

—Lo sé—, dije con cansancio. —Ya tengo que vigilar a María Álvarez y los criminales asociados con Smithers and Associates—.

—Un año atrás, mi antigua jefa había usado mi experiencia al ver un video criminal, y usó mi nombre y mi imagen para estafar un pagares de seis cifras. Denuncié su robo de identidad a la policía y a los abogados de los que se había aprovechado. A cambio, casi recibí un balazo en la cabeza por ello, cortesía de María Álvarez. Los abogados sabían que había visto un video de ellos participando en actividades criminales, por lo que ellos (los abogados y los criminales) probablemente me estaban vigilando.

—¡Exactamente! ¿Por qué sigues agregando enemigos a la lista de personas que quieren atraparte? ¡¿Es ese el tipo de emoción que buscas?!—.

—Las lágrimas llenaron mis ojos. En lugar de responder a las preguntas del detective, busqué una dona kruller.

—La única emoción que busco ahora es un alto de azúcar. Y tú compañía—.

—Kevin gimió. —No me gusta oírme así. Quiero que lo sepas—.

—¿Querías el kruller?—.

—Kevin sonrió. —Cómetelo tu—.

—Okay—.

—Veinte minutos después me retuvieron fuera de mi edificio. —¿Quieres saber sobre el último caso en el que estoy trabajando?—.

—Kevin gimió y se frotó los ojos. —No. Si. Pero, tengo que volver al precinto. ¿Puedo llamarte mañana por la mañana?—

—Sí—. Sonreí.

—¿Terminaste de investigar por esta noche?—.

—Tengo que investigar un poco en línea, pero sí—.

—Okey. POR FAVOR, cuénteme sobre tu último caso, pero antes de que salgas a investigar, ¿de acuerdo?—

—Lo haré—.

—Era demasiado pronto para un beso en la boca, pero le di un beso en la mejilla antes de salir de su carro.

Cuarenta minutos después sostenía mi teléfono sonando. Sonreí tan pronto como vi quién me estaba llamando.

—¡Waleska!— La saludé felizmente.

—¿Cómo puedes ser tan feliz tan tarde en la noche?— preguntó mi nuera.

—No sé. Será porque tengo como novio a un detective pelirrojo y atractivo—.

—Waleska se rió. —¡Oh, sí! Pero no digas nada más todavía, ¡déjame hacer un poco de café y galletas primero!—.

—Mi día terminó mucho mejor de lo que comenzó. Sonreí mientras me hundía en mi sofá y seguía adelante.

Cumpliendo con la promesa hecha la noche anterior, Kevin me llamó por la mañana.

—¿Cómo estuvo el resto de tu noche?— Le pregunté.

—Largo. Me levante para llamarte y usar el baño—.

—Bueno, tengo una mañana de limpieza e investigación que hacer —.

—Kevin dejo escapar un suspiro. —Tu última investigación. Cuéntame sobre eso.—.

—Miré el reloj de mi cocina. —¿Cuánto tiempo tienes?—.

—Gracia divina. ¿Podrías contarme ya?—.

—Kevin estaba de mal humor, pero lo dejé porque sabía que se había pasado la noche trabajando.

—¿Cuánto sabes sobre brujería?—.

—Buen Dios, Marta. ¿En qué te estás metiendo?—

—No estoy investigando la brujería, Kevin. Estoy investigando a un grupo de esposas del Navy estacionado en Great Lakes. Una esposa del Navy, en particular, creo. La persona a la que estoy ayudando es una esposa del Navy. Ella se unió a…— Me detuve mientras hojeaba mi bosquejo de notas para ver lo que había escrito. —Un grupo de apoyo para esposas del Navy que se suponía que debía ser sobre yoga y ejercicios, pero luego se convirtió en Wicca. La mujer a la que estoy ayudando, Awilda Rojas, ha estado recibiendo artículos de brujería que han hecho las cosas aún más adversas dentro de su hogar. Espero encontrar pruebas de la sospechosa en cuestión y lograr que la sospechosa deje de acosar a mi cliente—.

—Kevin estaba callado.

—¿Te dormiste?—.

—No. ¿Este caso es en Great Lakes?—

—Sí—, respondí.

Kevin dejó escapar un suspiro que se transmitió por teléfono. —¿Marta?—.

—¿Sí?— Respondí con cuidado.

—No podrías ser aburrida si lo intentaras—.

—Me reí de alivio. Por un segundo, me preocupé de haber vuelto a asustar a Kevin. Hicimos planes para esa noche. Le deseé a Kevin un buen sueño y él me deseó un buen día. Sonriendo, me dirigí al primer trabajo de limpieza de la mañana.

Capítulo Seis

Ezra Lipschitz, mi cliente de limpieza residencial más reciente, aún no estaba en casa. Me había llamado en camino, disculpándose porque de que su clase de ciclismo había sido larga, pero que estaría presente para dejarme entrar en quince minutos. Francamente, debería haberme dado una llave. Sin embargo, no le presionaría.

Sin nada más que hacer por el momento, me quede sentada en mi carro y observe el vecindario. Las casas eran preciosas, pero parecían demasiado aburguesadas. Algunas de las casas de estilo federal tenían adiciones modernas o cosas que rozaban los estilos artesanales.

Muchas de las casas estaban a la venta, lo cual era extraño. Dejando escapar un bostezo, me di cuenta de que estaba cansada. La emoción por la noche pasada me robó el sueño. Necesitaba recuperar algo de energía, así que decidí dar un paseo. Salí de mi carro y caminé por la acera que bordeaba la casa de Ezra. Inspeccioné las casas al final de la calle, así como las del otro lado de la calle. Curiosamente, descubrí que diez de las residencias estaban a la venta.

Sabía que no podía vivir allí, pero tenía curiosidad. Saqué mi teléfono celular y revisé los listados de casas. Pero, había algo extraño. En línea, solo pude ver listados de seis de las diez casas. Escribí las direcciones de las cuatro casas restantes y noté que no estaban a la venta.

—¿Por qué tienes un rotulo de agencia de bienes raíces?— Murmuré.

Busqué la empresa de bienes raíces asociada con las casas y encontré el sitio web. Vi listados de diferentes casas, pero no los de la calle en la que estaba. Sin embargo, algo más estaba mal.

—Extraño—.

—En ese momento, la puerta principal de Ezra se abrió. El ingeniero sudoroso y sonriente me saludó con la mano. Respondí y me dirigí a su casa.

—¡Gracias por esperar! Te traeré las llaves mañana por la mañana —, dijo Ezra mientras me acompañaba a su casa.

—Eso suena bien—. Miré mi reloj de pulsera y vi que corría más tarde de lo que me hubiera gustado. —Si quieres charlar, puedes hacerme compañía mientras limpio tu cocina—.

—Genial. De todos modos, no me importaría posponer el trabajo por un tiempo—.

—Empecé a descargar el lavaplatos mientras Ezra me hacía preguntas.

—¿Te molesta que haga tantas preguntas?—.

—Sonreí. —No—.

—Es solo que…apenas estoy conociendo gente aquí en Chicago.

Comenzar de nuevo en otro lugar es más difícil de lo que imaginaba —.

—¿No es esa la verdad?— Dije mientras suspiraba. —¿Qué estaba pasando en Seattle? Aparte del trabajo, claro—.

—Ezra negó con la cabeza y bebió una especie de jugo verde. —Poco. Trabajaba casi 80 horas a la semana, supervisaba un proyecto con otros tres ingenieros a mis órdenes y ganaba mucho dinero. Pero no tuve tiempo para nada más. Comencé a tener extraños dolores del pecho—.

—Cerré el lavaplatos y me volví para mirar a Ezra, ya que quería darle toda mi atención.

—No pude ir al médico porque estaba muy ocupado. Le mencioné los dolores a mi jefe, pero no pareció importarle. No es que no fuera un idiota; era uno de esos tipos que trabajaba todo el tiempo. Creo que dormía tal vez cuatro horas por noche, era una de esas personas que no necesita dormir mucho. Un día—, dijo Ezra mientras dejaba su vaso y agitaba la mano, —nuestro sistema se bloqueó, debido a algo que estaba sucediendo en la empresa. Dejé mi condominio y fui a una de esas clínicas de farmacias de cadena con asistentes médicos allí. Le conté lo que estaba pasando. Me ordenó una batería de pruebas y radiografías. Todo salió bien, afortunadamente. Aun así, el miedo estaba ahí. Me propuse ver a un terapeuta. Me diagnosticaron estrés. Intenté recortar mis horas de trabajo, pero mi jefe no lo permitía. Solicité otro trabajo y aquí estoy—.

—¿Estás menos estresado?—.

—Ezra se encogió de hombros. —No, pero ahora es diferente. Me estreso por ser dueño de una casa y vivir en una ciudad nueva y aterradora. Me preocupa conocer gente nueva. Sin embargo, mis preocupaciones ya no están relacionadas con el trabajo—.

—Quizás deberías seguir hablando con un terapeuta—.

—¿Eso crees?—.

—Asentí con la cabeza y pensé en Héctor, a quien había perdido por un artefacto explosivo improvisado afgano, más de tres años atrás.

—Perdí a alguien muy cercano a mí. El dolor fue espantoso, pero no quería hablar con un psicólogo al respecto. La gente de mi familia no hace eso. Además, no vi lo que un extraño podría decirme sobre la pérdida que yo no supiera. Pero el estrés me estaba comiendo viva—.

—¿Qué hiciste?—.

—Vi a un consejero de duelo—.

—¿Te ayudó?—.

—Siendo honesta, sentí que fue una pérdida de tiempo. Me senté con mi consejera y le hablé de mi hijo, mi ex marido, mi jefe, mis padres y mi hermano. Hablé de la limpieza y de ser un ex policía. Hablé de ser puertorriqueña en Chicago—.

Ezra siguió mirándome, así que seguí hablando.

—Entonces, después de dos meses, dejé de ir. Pero sucedió algo más extraño—.

—¿Qué?—.

—Los dolores de pecho cesaron. No completamente, pero casi. Creo que hablar, sobre el dolor y cualquier otra cosa, ayudó. No está de más hablar con alguien sobre lo que tienes en mente—.

—Él me sonrió. —Puedo hablar contigo—.

—Me reí en voz alta. —Soy tu sirvienta, no tu terapeuta. Contrata a un profesional y visítalo un par de veces a la semana. Te dará una razón para salir de casa y conocer a otras personas—.

—Suenas como mi mamá—.

—¡Entonces deberías escuchar a tu madre!—.

—Quizás lo haga.—.

—Mi cliente levantó su brazo y olfateó su axila. —Vaya. Será mejor que me duche —.

—Haz eso—.

—Gracias, Marta—.

—De nada—.

—Con eso, Ezra continuó con su negocio y yo con el mío.

—Entonces, ¿cómo es tu nuevo cliente?— Preguntó Jane.

Estábamos en la oficina de su casa, donde estaba quitando el polvo de sus estantes.

—¿Joven? Entre los 27 y los 29 años. Soltero y todavía escucha a su mamá—.

—¿Qué aspecto tiene?—.

—Me volví para mirar a Jane y la miré fijamente. Ella se encogió de hombros. —Estoy curiosa. Dime—.

—Bueno, si tienes curiosidad, te lo diré—.

—Sí—, dijo Jane mientras se hundía más en su silla de oficina.

—Creo que es un graduado del MIT, y es inteligente. Tratando de encontrar su camino en la gran ciudad. Mide alrededor de 6'2 —. Delgado, en forma, con pelo y ojos oscuros. Usa anteojos, pero no tienen muchos aumentos. Trabajo de ortodoncia realizado. Tal vez el pulido con arena en la juventud debido a las cicatrices del acné—.

—Jane se echó a reír. —Pobre tipo. No tiene idea de lo que consiguió cuando te contrató—.

—Me encogí de hombros y volví a apilar libros en su estante ahora desempolvado.

—¿Es guapo?—.

—Pensé en eso por un momento. —¿Quizás? Sí. Él me recuerda a Héctor demasiado. No lo miré con esos ojos—.

—¿Debería conocerlo?—.

—Él es judío—.

—¿Y qué?—.

—Bueno, no lo eres, y él tiene una madre judía con la que habla al menos dos veces al día—.

—Jane se encogió. —Sí. Podría ser demasiado aterrador para él—.

—Probablemente. Pero si estás desesperada, puedo encontrar una manera de hablarte en una conversación—.

—Vete a la mierda. No estoy desesperada. Ni siquiera estoy divorciada. Al menos, todavía no— —dijo Jane mientras dejaba escapar un suspiro.

—¿Como va eso?—.

—Jane se encogió de hombros. —No hay una respuesta clara a esto, ¿debería intentar solucionar las cosas o no? ¿Vale la pena? No tengo idea. Lo único que sé es que estoy acostumbrada a estar sola. De nuevo—.

—Iba a decirle que no tenía que darse prisa, ya que era rica y hermosa, pero luego recordé que quería bebés.

—¿Quieres que busque Ezra en Google?—.

—La abogada solitaria sonrió. —¡Sí! ¡Por favor!—.

—Mientras me preparaba para irme de la casa de Jane, le pregunté algo.

—¿Qué sabes sobre Wicca?—.

—Jane se puso rígida y me miró fijamente. —Okey. ¿Por qué diablos te preocupas por la Wicca?—

—No es para mí, es para un cliente—.

—Jane gimió dramáticamente mientras miraba su reloj. —Mierda. ¡¿Por qué tienes que ponerte tan interesante cuando estoy de camino al trabajo?!—.

—Me encogí de hombros. —Puede esperar. Estaré aquí mañana—.

—¡Tengo una declaración mañana!—.

—Entonces supongo que esperará—.

—Jane me miró fijamente. —¿Qué me estás ocultando?—.

—Probablemente mucho. ¡Nos veremos pronto!—.

—Con eso, me fui. Rápidamente completé el resto de mis trabajos de limpieza antes de ir a casa para prepararme para una cita con Kevin. Se suponía que iba encontrarme con él en la estación, así que no era una cita, más como una reunión con una hora y lugar predeterminado. Eso no me sentó bien, así que llamé a mi hermano.

—Yo—.

—No tengo mucho tiempo para hablar—, le dije.

—¡Tú eres la que me llamaste!— Rafy refutó airadamente.

—Kevin y yo estamos...resolviendo las cosas—.

—Okay. Tengo tiempo para esto—. Casi podía escuchar el cuero crujido del sillón reclinable de mi hermano cuando se sentó en él.

—Entonces, resulta que ha estado entregando donas en mi

apartamento durante tres semanas seguidas, pero los mecánicos grasosos de abajo las han estado robando—.

—Mierda. Vas a tener que vengarte—.

—Si. Venganza será mía. Pero iba a encontrarme con Kevin en la estación para cenar. ¿Debería hacer que me lleve a un restaurante en su lugar?—.

—Sí—, afirmó Rafy. —Haz que trabaje para estar en tu compañía —.

—Es lo que pensaba.—.

—Okey. El juego está a punto de comenzar. Me tengo que ir—.

—Grosero, pero gracias—.

—Déjame saber cómo te va la cita—.

—Lo haré—, le prometí.

Entonces, llamé a Kevin y le dije lo que pensaba (mientras caminaba nerviosamente por mi sala de estar). Kevin dejó escapar un suspiro y se quedó callado por un momento.

—Bien. Puedo hacer que eso funcione. ¿Nos vemos en el restaurante de bistec al final de la calle del recinto?—

Yo sonreí. —Sí. Lo puedo hacer—.

—Hasta entonces—.

—Colgué y aplaudí. La euforia me llenó; Pedí más y lo conseguí.

Inspirada, saqué un vestido verde largo de mi armario y lo humedecí. Lo combiné con botas negras y una chaqueta de cuero. Me maquillé y me peiné y luego salí para mi cita.

Capítulo Siete

Después de estacionarme afuera del restaurante, entré. La anfitriona, parada detrás de un podio, me preguntó si estaba sola. Segundos después, apareció Kevin. Sonreí al verlo. Él sonrió y se sonrojó antes de alcanzar mi brazo.

—Ella está conmigo—, dijo el detective a la anfitriona.

Sí, lo estaba.

—Buen Dios, Marta; Mírate —susurró Kevin mientras me acompañaba a su mesa.

Yo sonreí. —¿Te gusta mi vestido?—.

—Me encanta todo—.

—Me encogí de hombros. —Gracias. Tú también te ves muy guapo —.

—Y era la verdad. El cabello rojo dorado de Kevin brillaba bajo la luz. Sus ojos se veían tan azules como siempre. Sus mejillas parecían un poco rubicundas, pero se veía sano y robusto.

—Si tú lo dices—, dijo Kevin sobre mi cumplido.

—Lo digo—, insistí.

Entonces apareció la camarera, y con dos menús. Después de anunciar los especiales y recibir nuestros pedidos de bebidas, se fue.

—Ahora. Háblame del asunto de la brujería—.

—Dejé escapar un suspiro. —Este es raro, Kevin. Estoy nerviosa por eso. La católica que vive en mí está en un estado de pánico—.

—Yo también lo estaría. ¿Por qué tomaste este caso?—.

—Mi mamá ofreció mis servicios como un favor a una amiga suya, y una amiga mía de mi juventud—.

—Nuestra camarera apareció con nuestras bebidas. Pedí un filete término medio cocido y Kevin pidió lo mismo.

—Okey. Antes de que me cuentes más sobre la brujería, cuéntame más sobre tus investigaciones. Quiero saber cómo consigues cada uno de ellos—.

—Bebí un sorbo de vino para prepararme. —Okey. Bueno, la primera fue Melissa Bollinger y su acosador—.

—Sí—, dijo Kevin mientras asentía. —Me acuerdo de eso—.

—Mientras estaba de vacaciones en PR, mi mamá me puso en contacto con Doña Matos. Se suponía que debía ayudarla a encontrar a su supuesta sobrina, quien resultó ser la hija ilegítima de su rico marido muerto. Edna Nazario, la niña, resultó ser parte de la red de robo de identidad, que ya conoces—.

—Kevin tomó un sorbo de cerveza y asintió. —Entonces, tu mamá está alentando esto. ¿Tu papá también está de acuerdo?—

Asentí. —Sí. Mi hermano no le gusta—.

—Buen hombre—.

—Kevin guardó silencio mientras cortaba el pan que nos había traído la camarera. Le untó mantequilla a una rebanada, la colocó en un plato y luego me la pasó.

—Gracias. Esto es lo que estoy pensando sobre el caso de brujería. Digamos que eres una ama de casa que está casada con un hombre con un trabajo delicado—.

—Prefiero ser un hombre soltero y empleado con una novia sexy. Continúa—, dijo antes de tomar un bocado de pan.

Me sonrojé por el cumplido, pero continué. —Esta mujer, la que obtuvo las reliquias de brujería y las arrojó en el césped de mi cliente, NO iría a Great Lakes a buscar una tienda de brujería. Ella iría a una ciudad grande y cercana para ser anónima, y tal vez para tener más opciones—.

—Kevin asintió. —Me gusta la forma en que piensas. Entonces, ella viene aquí, a nuestro vecindario—.

—Precisamente. Porque esta mujer necesita ser discreta. Su esposo tiene un trabajo delicado con un…—, me detuve mientras buscaba mi cuaderno, que estaba en mi bolso. —Autorización de seguridad ultrasecreta—.

—Sí, eso es sensible—.

—¿Tienes uno de esos?—.

—No, pero trabajo con un ex miembro del Navy que tenía uno. Cuanto más profunda sea la autorización, más investigan tu pasado—.

—Regresé mi libreta a mi cartera. —¿La presunta tiradora de reliquias? Su esposo no solo tiene una autorización de seguridad, sino que también es católico—.

—Wow—.

—Lo sé,— dije antes de tomar otro sorbo de vino.

—¿Entonces, ¿cuál es tu plan?—.

—Acudo a los expertos en la materia. Le mostraré las fotos de las reliquias. Les pregunto cómo se las arreglarían para causar problemas a alguien que no les agrada—.

—Ese es un comienzo sólido—.

—Aparecieron nuestras ensaladas. Me quité mi chaqueta y la colgué en el asiento junto a mí. Los ojos de Kevin fueron de su ensalada a mis hombros y bajaron por mis brazos. Sentí que me invadía un escalofrío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado que nos golpeaba. Tratando de distraerme, le hice a Kevin otra pregunta.

—Bueno, dado que estoy sentada frente a un experto en la materia de investigaciones, ¿qué me aconsejarías?—.

—¿Realmente quieres saber?—.

—Si—.

—Kevin se quedó callado por un momento. —Si vamos a hacer que

esto funcione, tendremos que ser honestos entre nosotros—.

—Tragué saliva. —Entiendo—.

—Quiero que detengas esta mierda—, dijo en voz baja. —No estás segura haciéndolo, y lo odio—.

—Sorprendida por su tono vehemente, me recosté en mi asiento. Dejé mi copa de vino y me quedé mirando mis manos temblorosas.

—Pero—, agregó. —No puedo controlarte. No quiero controlarte. Solo necesito saber que tendrás el sentido común de salir de esto si las cosas se ponen mal—.

—Lo haré—.

—Kevin tomó un sorbo de cerveza y me miró fijamente. —No deberías estar jugando con esta mierda—.

—Lo sé—, susurré.

—Sin embargo, aquí estás, jugando con cosas peligrosas—.

—Recordé mi pesadilla, que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Parpadeé un par de veces, tratando de hacerlos desaparecer.

—No es así como quería que fueran las cosas esta noche—.

—Sabes que desapruebo de tus actividades extracurriculares. ¿Cómo no iba a hacerlo?—.

—Lo entiendo, Kevin. Pero soy buena en esto—.

—Y soy bueno en lo que hago, pero sigo bajo la amenaza de los malos que persigo y de los mismos civiles que protejo. ¿Crees que quiero eso para ti?—

—Necesito esto, para mi cordura, mi cuenta bancaria y mis rodillas. Por favor, no rompas conmigo por esto—, le dije mientras me inclinaba más cerca de él.

Kevin dejó escapar un suspiro. —No voy a romper contigo por esto. Solo necesito que sepas que lo odio. Te apoyaré cuando pueda. Pero debes saber que, si te metes en problemas, seré más duro contigo que con cualquier otro policía que conozcas—.

—Tragué. —Okey. Entiendo. No daré por sentado tu consejo, ni tampoco tu tiempo. Ni tu seguridad—.

—Aparecieron nuestros filetes. Comimos en silencio durante un rato, lo que agradecí.

—Tu teoría sobre la mujer que va a una tienda local de Wicca es acertada. Sin embargo, necesitas acercarte a la fuente; verifica los hechos por ti misma y no por lo que tu cliente, ¿cómo se llama nuevamente?—.

—Awilda—.

—Kevin puso los ojos en blanco. —Otro nombre que no recordaré —.

—Sí. Estas en lo correcto. Necesito averiguar los hechos por mi cuenta—.

—¿Cuál crees que sería la solución, ahora mismo?—.

—Sé que esto puede sonar pasado de moda, pero creo que obtener la evidencia y presentársela a los maridos es la solución—.

—¿Ambos maridos? ¿Como en el marido de la presunta agresora, también?—

Escucharlo de la boca de Kevin hizo que mi plan sonara un poco defectuoso. —No sé. Todavía estoy refinando la idea—.

—Bueno, como dije, trabajo con un tipo que estaba en el Navy. Avísame si quieres que le incline la oreja—.

—Asentí. —Lo haré—.

—Estuvimos callados un rato. Me tomé el tiempo para examinar mis sentimientos; Estaba emocionada de estar con Kevin. Antes de romper, pasamos mucho tiempo en mi apartamento. Necesitaba más del Kevin fuera del trabajo.

—Hay un concierto al aire libre este domingo. ¿Música de los cuarenta?— Sugerí.

—¿Qué parque?—.

—Milenio—.

—Kevin me miró un poco. —¿Quieres que vaya contigo?—.

—Por alguna razón, me sentí un poco avergonzada. —Sí—.

—Kevin se encogió de hombros en respuesta. —¿Por qué no?—.

—Kevin no pareció entusiasmado con la idea. Quería preguntarle si realmente quería ir, pero no lo hice, ya que estábamos en nuestra primera cita desde la semi-ruptura. El pánico se apoderó de mí; Quería preguntarle a Kevin si quería hacer algo más. Sentí la necesidad de complacerlo para que se sintiera bien por pasar tiempo conmigo. Me pregunté si sería suficiente si le ofreciera llevarle una comida a su trabajo.

Antes de que pudiera sugerir hacer algo extra por Kevin, capté mi imagen en un panel de vidrio en la pared detrás de Kevin. Me veía *hermosa*. Podría ser objeto de admiración de cualquier hombre. En mi estado de vestimenta, podría sonreír con confianza a un hombre y sabía que obtendría una sonrisa a cambio. Inspirada y con ganas de probar la teoría, agarré mi teléfono celular.

—Tengo que hacer una llamada rápida. ¿Me disculpas?—

Kevin parpadeó un par de veces. —¿En realidad? ¿Ahora? ¿A quién?—.

—Me levanté de mi asiento. —No tardaré cinco minutos—.

—Caminé hacia el área del bar y donde Kevin podía verme. Sentados en la barra había dos hombres bien vestidos. El camarero, un hombre atractivo de mediana edad, dejó de limpiar el mostrador y me sonrió. Le sonreí y luego miré mi teléfono, donde busqué un número y lo marqué. No tuve que fingir felicidad o una sonrisa, ya que estaba encantada con la persona con la que hablaba. Después de una conversación de tres minutos y una reunión acordada para ese fin de

semana, colgué. El camarero seguía mirándome, al igual que los hombres del bar. Sonreí mientras volvía a la mesa con Kevin.

—Discúlpame, por favor. Tuve que llamar a alguien para cambiar los planes para el domingo—.

—¿Que? ¿A quién llamaste? ¿Con quién más estás haciendo planes, Marta?—

Kevin estaba entrando en pánico y eso me hizo sentir bien.

—Mi nuera, Waleska,— dije con una sonrisa. —Me reuniré con ella y con mi nieto, Adán—.

—Kevin dejó escapar un suspiro y se recostó en su asiento. —Oh. Bueno. Sí. Está bien—.

—Es genial—, le corregí. —Rápidamente, mi nuera se ha convertido en una de mis personas favoritas. Pensé que su ausencia en mi vida era rabia o dolor. Fue sobre todo dolor, pero también el hecho de estar ocupada trabajando en un periódico y cuidando a sus padres —.

—El detective siguió mirándome. —Deberíamos comer algo después del concierto. ¿A qué hora debería recogerte?—.

—Conduciendo a casa, me sentí un poco culpable por manipular a Kevin. El propósito de llamadas telefónicas era para transferir a él el pánico que sentía de perderlo. No me sentía bien en hacerlo, así que llamé a mi hermano mayor para tomar su opinión.

—Eso es un nivel de drama adolescente, Marta—, me dijo Rafy.

—No lo entiendes—, me quejé, y probablemente dándole más razones para llamarme adolescente.

—Sí. Entraste en pánico, y manipulaste a Kevin—.

—Entonces escuché a mi cuñada hablándole a Rafy.

—¿Qué está diciendo Wanda?— pregunte.

Rafy se burló. —¿Sabes qué? Te pondré en altavoz—.

—Mira lo que hizo Marta—, le dijo Rafy a su esposa, después de lo cual le contó mi historia.

Momentos después, Wanda compartió sus pensamientos.

—Eso fue drama, pero tal vez un buen drama—, defendió Wanda.

—¡Eso no existe!— Rafy ladró.

—Okey. Te lo explicaré mejor. Marta necesitaba recordarle a su hombre lo que tiene con ella y lo que puede perder. Debido a que es un detective de policía, guapo y lleno de confianza, probablemente crea que lo sabe todo. Marta necesitaba recordarle que no lo sabía todo. Funcionó—.

—Me reí y aplaudí. —¡Gracias, Wanda!—.

—Entonces, ¿qué estás diciendo, Wanda?— Intervino mi hermano, que ahora estaba de mal humor. —¿Qué no sé? ¿Qué no me estás diciendo?—

Rafy tenía preocupaciones.

—No lo sé—, dijo Wanda. —Te cuento muchas cosas. Pero no todo —.

—Tengo que irme, Marta. Tengo algunas tareas domésticas que atender—.

—La llamada se desconectó. No deseaba meter a Wanda en ningún problema, pero, a la misma vez, me gustó recordarle a mi hermano que su esposa tenía sus propias opiniones. Después de llegar a casa, me duché y me puse unos pantalones cómodos. Después, me senté con la carpeta que había hecho para Awilda Rojas.

—Una lista—, me dije. —Necesito hacer una lista—.

—1. ¿Quién me contrató? Myraida – la tía materna de Awilda Rojas. Necesitaba averiguar el apellido de Myraida.

2. ¿Quién me pagaría? Ya había recibido un depósito de Myraida, que mi mamá me había enviado.

3. ¿Quién recibe mis informes? Giré el anillo de mi mano derecho mientras pensaba en eso. Técnicamente, la tía de Awilda, Myraida, debería ser la que reciba mis notificaciones. Llamar a Myraida saltó a la cima de mi lista de prioridades.

4. ¿Qué tuve que resolver? Tuve que detener el hechizo puesto a la casa de Awilda, y averiguar y detener el depósito de amuletos embrujados a su casa.

5. ¿Quién es responsable? Si podía creer la opinión de Awilda, Maryellen Lewis tenía la culpa.

6. ¿Cuánto tiempo me tomaría este caso? Consideré mi horario de limpieza. Podría permitirme el viaje en mi carro (y en mi tiempo libre) a Great Lakes tal vez dos veces por semana. Tuve que cronometrar bien mis visitas para no perder el tiempo. Me di un mes para solucionar el problema.

7. ¿Puedo hacer algo a larga distancia? Sí, podría visitar las tiendas locales de Wicca.

8. ¿Consecuencias no deseadas? Si. Yo misma podría embrujarme y tener más pesadillas. Además, el marido de Awilda tal vez podría meterse en problemas con el Navy. ¿Podría esto quebrar su matrimonio ya inestable? Quizás.

9. ¿Quién no querría que yo tuviera éxito en ayudar a Awilda Rojas? Eso fue difícil. No conocía a Maryellen Lewis, pero pensé que probablemente ella quería que a su esposo le fuera mejor en el trabajo. Puede que ella no tenga nada en contra de Awilda Rojas personalmente.

10. ¿Quién se beneficia de que yo resuelva este caso? Yo, porque me pagarían por ello. Tal vez obtendría más referencias. Myraida se beneficiaría de no tener que preocuparse por Awilda. Awilda se beneficiaría de no tener su casa embrujada.

La inspiración me golpeó. Creé otro archivo y escribí "Marta

Morales" en la pestaña. Agarré mi libreta y volví a escribir.

1. ¿Qué quiero? Quiero seguridad financiera y romántica. Quiero compañerismo. Quiero tener a mi nuera y a mi nieto en mi vida. Quiero poder mantener mis relaciones profesionales. Quiero seguir limpiando y quiero seguir investigando. Quiero hacer más amigos. Quiero ver a mis padres más a menudo. También quiero ver a mi hermano, a su esposa y a mis sobrinos con más frecuencia.

2. ¿Qué NO quiero? No quiero vivir en Chicago para siempre. No quiero comprar una casa. No quiero hacer más enemigos.

3. ¿Cuándo quiero estas cosas? Quiero tener una relación seria y comprometida para fin de año. Quiero que Adán se quede en mi casa a finales de primavera. Quiero tener cincuenta mil dólares ahorrados en cinco años. Quiero visitar Puerto Rico cada dos meses, a finales de este verano.

Fue sorprendente cuánto me ayudó la lista. Tenía un nuevo enfoque: una idea refinada de lo que quería. Aturdida y emocionada, cerré el archivo. No pude evitar la sonrisa que esparcía mi cara.

—Desde el principio. ¡Cuéntamelo todo!— Exigió Jane Knight.

Me encontraba agachada sobre el piso de la sala de mi abogada/cliente de limpieza mientras luchaba para quitar una mancha rosada de su alfombra beige.

—Dime de nuevo. ¿Qué cayo aquí?—.

—¡Deja de estancarte!— Dijo Jane. Jane quería que le contara sobre mi caso de detective. —Esa mancha es un colorete de mejillas altamente pigmentado. Estaba tratando de ver un video tutorial sobre cómo aplicar el colorete cuando apreté el tubo de maquillaje con demasiada fuerza—.

—Me arrodillé y miré la mancha un poco más. —Necesito mi cuchara—.

—¿Una cuchara?—.

—Asentí y expliqué mientras me dirigía al armario donde guardaba mis artículos de limpieza. —Sí. El líquido para lavar platos no saldrá de la alfombra, pero está bien. De todos modos, esa alfombra está impregnada con todo tipo de productos químicos. Mi nuevo objetivo es remover la espuma—.

Usando un recipiente de vidrio lleno de agua tibia y una cuchara, raspé el resto de la espuma. Después, usé un secador de pelo y una toalla para secar la alfombra.

—Ahí—, dije de la alfombra perfectamente limpia.

Jane asintió. —Tú vales cada centavo—.

—Gracias—.

—Ahora. ¡Cuéntame ya sobre el caso de Wicca!—.

—Entonces, le conté todo, desde la entrevista con Awilda hasta el consejo de Kevin.

—¡Espera un JODIDO minuto! ¡¿Tú y el detective volvieron a estar juntos?!—.

—Me reí. —Sí. ¿Un poco?—.

—¡¿Por qué no me lo dijiste?!—.

—Has estado ocupada—.

—Jane gimió y se recostó dramáticamente en su sofá. —Si no fuera tan rica y respetada, envidiaría tu vida—.

—Ay. ¿Hay una clase universitaria sobre cómo dar cumplidos escondidos como insultos?—.

—Jane negó con la cabeza y me miró. —No. Lo aprendí de mi madre y ella de su madre antes que ella—.

—Me reí. —Aprendí a hablar pasivo-agresivo de mi madre—.

—Jane rió. —Míranos. Enorgulleciendo a nuestras madres—.

—¿Tu madre está orgullosa de ti?—.

—La sonrisa de Jane cayó. —No está feliz de que Tim y yo

hayamos terminado—.

—Lo siento—.

—Jane se sentó hacia adelante en el sofá. —¿Quieres un consejo? —.

—Nunca digo que no a los consejos—.

—Tómate las cosas con calma con el detective—.

—Me sorprendió. Pensé que Jane me iba a dar un consejo sobre el caso de la Wicca.

—¿Oh?—.

—Sí. No te apresures. Recuérdele a ese detective que eres un premio—.

—Recordé la blusa color mostaza que había admirado por el internet. —Yo puedo hacer eso.—.

—Bien. Ahora, resuelve ese caso de Wicca para que puedas darme más detalles—.

—De su boca a los oídos de Dios.

Después de limpiar para el resto de mis clientes, corrí a casa y me cambié. Después, me dirigí al primer tendero de Wicca de mi lista. Tenía una lista de cinco ubicaciones y elegí la primera porque tenía estacionamiento, lo cual aprecié, y porque quizás otras personas sospechosas lo habrían apreciado. Antes de salir de mi carro, hice la señal de la cruz y pronuncié una oración rápida. Después de eso, entré a la tienda.

La tienda era cálida, lo cual era agradable, pero también oscura. El aire olía a pachuli, la hierba natural que más odiada. Me costó mucho no arrugar la nariz y salir corriendo del local. Aun así, recordé que estaba en el reloj y seguí adelante.

Miré a las mercancías y vi todo tipo de figurillas, aceites, tarjetas y libros. Inspeccioné los estantes, vitrinas y librerías y no vi polvo.

—Tienen mi admiración—, murmuré.

—¿Puedo ayudarte?—.

—Grité, ya que no había visto a nadie parado a mi lado.

—Dios, caminas tan calladamente—, le felicité.

La mujer de mediana edad y cabello castaño, me sonrió con benevolencia.

—Aspiramos a acolcharnos en el mundo, para no interrumpir las energías de los demás—.

—Miré los pies de la mujer y asentí.

—¿Estás usando zapatos chinos de Kung Fu? Mi hermano practica Aikido, así que sé lo callados que son—.

—La mujer se sonrojó y negó con la cabeza. —Ellos no son eso—.

—Volví a mirar el calzado de la vendedora, incluso mientras ella trataba de esconder los zapatos debajo de su falda.

—Ah, sí. Zapatos Furlane. Son super silenciosos—.

—Los labios de la mujer se tensaron en una línea plana. —¿Hay algo que pueda hacer por ti?— Había perdido su tono dulce y sonaba un poco impaciente.

—Lo siento. No quiero insultarle. Soy investigadora privada y también sirvienta. Estoy acostumbrada a prestar atención a los detalles—.

—De todas las cosas, eso divertía a la mujer.

—¿Una investigadora privada?— Preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Asentí. —Sí. Es más fácil para mis rodillas que lavar inodoros—.

—La mujer rió. —Me lo imagino. ¿Qué puedo hacer por ti?—.

—Deje escapar un suspiro. —La verdad es que no sé por dónde empezar—.

—Sígueme—.

—Con cuidado, lo hice. La mujer me llevó a una pequeña sala de estar cerca de su caja registradora.

—Mi nombre es Indigo Cassiopeia—.

—Sí, claro, burlé. Y mi nombre era Celeste Corona Borealis.

—Es un placer conocerte, Indigo. Mi nombre es Marta—.

—¿Estás aquí por negocios o por algo personal?—.

—Negué con la cabeza. —No. Soy católica. De hecho, probablemente me dirija a la misa después de esto. Espero que no se sienta ofendida—.

—De todas las cosas, Indigo se rió. —No estoy ofendida. Yo mismo soy una católica no practicante—.

Me encogí. —Querido Dios. Estás en un montón de problemas—.

—Los ojos de Indigo se agrandaron. —¿Cómo es eso?—.

—¡Oh! No a ti personalmente. Solo tu alma mortal. Si usted es católica, realmente necesita confesarse y dedicarse a otra línea de negocio—.

—Índigo respiró hondo y lo soltó. Me sentí mal por mis palabras.

—¿Índigo? Pido disculpas por ofenderte. Realmente no quiero ponerme en tu lado malo. Estoy aquí porque necesito ayudar a otra persona y no sé a dónde más ir—.

—Oh, ¿estás segura de que no puedes encontrar un exorcista que te ayude con tu problema?— Ella chasqueó.

Negué con la cabeza. —Una amiga mía es una esposa del Navy estacionada en Great Lakes. Se unió a un grupo de yoga para ejercicio y salud mental. Ella se puso del lado malo de alguien, y ese alguien ahora está dejando 'regalos embrujados' en su césped. Mi amiga está convencida de que su casa está perturbada, y yo también lo estoy—.

—El rostro de Índigo se calmó. —¿Qué tipo de regalos?—.

—¿Puedo mostrarte fotos?—.

—Por favor,— dijo Indigo.

Abrí mi bolso y le mostré las fotos que había impreso. Indigo frunció el ceño mientras los miraba.

—No. No. Estos no deberían estar funcionando. Quien los puso juntos, lo hizo todo mal—.

—Saqué mi libreta y miré a Indigo. —¿Te importa si tomo notas? Siempre que obtengo una opinión de un experto, me gusta anotar lo que aprendo—.

Indigo miró mi libreta. —¿Me citarás por nombre?—.

—Negué con la cabeza. —No. Tus comentarios ni siquiera llegarán a los tribunales. Ni un informe policial, ni nada por el estilo. Solo estoy tratando de obtener información—.

—Índigo asintió. —Okey. El problema aquí—, dijo mientras agitaba las imágenes, —es que están mezclando deidades e incluso religiones. Veo evidencia de vudú, santería, hoodoo e incluso brujería alemana. Esta variedad es una mezcolanza de amuletos—.

—Me recosté en el asiento. —Ave María. ¿Qué más podría estar provocando corrientes de aire frío en el hogar? ¿Sombras moviéndose y cosas así? —.

—Índigo me entregó las fotos y se encogió de hombros. —Podría ser un hechizo básico. Podría ser un tipo de brujería que no tiene nada que ver con esos amuletos—, dijo Indigo mientras señalaba las fotos.

Miré al techo mientras los pensamientos corrían por mi cabeza. Luego miré a Indigo de nuevo.

—¿Puedo preguntarte algo más?—.

—¿Será ofensivo?—.

—Espero que no—.

—Entonces continúa—.

—¿Qué tan dañinos crees que pueden ser esos amuletos?— Dije mientras señalaba las fotos. —No como objetos de poder, sino como… ¿objetos ofensivos? ¿Puede el destinatario de esos objetos evocar estrés porque los tiene?—.

—¡Absolutamente!— Indigo dijo, y muy emocionada. —Si tu amiga está asustada y salta ante cada sombra, entonces estos iconos falsos están haciendo su trabajo. Tu amiga podría estar conjurando algo más. Dijiste que es una esposa del Navy, ¿verdad?—

Asentí. —Ella es—.

—¿Cómo está su matrimonio?—.

—Me encogí e Indigo asintió. —Un matrimonio malo contamina un hogar. Junto con estos íconos y ella podría estar provocando sus propios problemas—.

—Wow—, dije mientras dejaba escapar un suspiro. —Eres de mucha ayuda—.

—Índigo se rió. —¡Debería cobrarle por ello!—.

—Yo también me reí.

—Okey. Por lo tanto, es posible que los íconos no estén haciendo nada. ¿Mi amiga debería deshacerse de ellos de una manera específica? —.

—Indigo gimió. —No, pero debería ir a su iglesia. Un sacerdote debería bendecir su hogar—.

—¿Podría obtener su opinión sobre otra cosa?—.

———Claro que sí, Marta. ¿Puedo prepararte un té?—

Fruncí mis labios por un momento. —No te ves muy ocupada. ¿Por qué no cierras la tienda durante media hora? Si cruzas la calle conmigo, te compraré café y donas. Es lo menos que puedo hacer—.

—Índigo asintió. —Puedo hacer eso.—.

—Me divirtió ver a Indigo colgar un cartel en la puerta de su tienda. Tenía la hora en la que regresaría y un número de teléfono donde la pudieran localizar. Rápidamente, cruzamos la calle y nos dirigimos al café. Pedí un panecillo de canela y un café; ella ordenó lo mismo.

—Gracias, Marta—, dijo Índigo mientras comía un bocado de su rollo de canela.

Le sonreí. —Gracias, Índigo. Por su experiencia y consejos. Me lo estoy pasando bien hablando contigo—.

—Índigo sonrió. —Yo también—.

—Volveré a hacerle más preguntas—.

—Luego le expliqué sobre el grupo de yoga que se había metido en los aceites y luego el canto. Índigo se encogió.

—No puedo decirte lo MALO y PELIGROSO que son los cánticos. No saben lo que están diciendo. ¡No son practicantes! ¡Son aficionados!—.

—Creo que tengo una idea bastante clara de lo mal que son esas cosas, pero tomaré tu palabra—.

—¿Para qué te contrataron?—.

—Para encontrar la persona que está dejando los amuletos en la casa de mi amiga—.

—Índigo asintió y tomó un sorbo de café.

—¿Esposas del Navy, dices?—.

—Asentí.

—Okey. Entonces estas mujeres son al menos de clase media. ¿Tenían carros caros en sus entradas?—.

—¡Sí! Y por lo que pude ver, muchos de ellas no trabajan fuera de casa—.

—Ingreso disponible. Agradable si puedes conseguirlo—.

—Seguro que sí—, dije antes de tomar un sorbo de café.

Indigo sonrió. —¿Sabes lo que le gusta a la gente acomodada?—.

—¿Qué?—.

—Cosas gratis—.

—Me reí en voz alta. —Creo que a todo el mundo le gustan las cosas gratis—.

—Índigo se rió a carcajadas. —Tienes razón. Pero esto es lo que haces. Dijiste que estas mujeres estaban bien con los aceites naturales, ¿verdad?—

—Sí. Eso no lo asustaron. Creo que estaban entusiasmadas con los aceites—.

—Haces un premio para un concurso: un paquete lleno de aceites gratis. Sin embargo, hazlo convincente. De esa manera, obtendrás mucho interés—.

—Rápidamente agarré mi libreta. Anoté todo lo que dijo Indigo. Eso coincidió con el sonido de su teléfono celular vibrando.

—¡Oh! Tengo un cliente—.

—Miré hacia arriba, a través de la ventana del café y al otro lado de la calle. —Es cierto—, dije mientras veía a un cliente que miraba a través de las ventanas de vidrio de su tienda. —Te acompañaré—.

—Afuera, le hice una última pregunta. —¿De dónde debo conseguir los aceites?—.

—Índigo puso los ojos en blanco. —De mí, por supuesto.—.

—Me encogí, pero no dije nada.

—Oh, ¿puedes invitarme a café, pero no puedes comprar mis mercancías?—.

—Negué con la cabeza. —Tienes razón. Con mucha gratitud seguiré tu consejo—.

—Índigo se rió. —Vamos. Empaquetaremos algo correcto y agradable para que no duden de su oferta—.

—De vuelta en la tienda, Indigo ayudó a una mujer a comprar una vela y un libro. Escuché cómo Indigo firmemente aconsejaba al cliente; Indigo incluso le dio una tarjeta de visita y le pidió el número de la mujer a cambio. Una vez que el cliente se fue, Índigo me agarró del brazo y me señaló todos los aceites.

—Aquí no hay nada con encantos, Marta—, Índigo regañó suavemente.

—Lo sé, pero si compro algo, estoy promoviendo tu negocio—, dije mientras me sonrojaba.

Índigo dejó escapar un suspiro. —Okey. Intentemos encontrar una forma de trabajar juntas. Estás comprando esto porque quieres ayudar a una amiga. ¿Verdad?—.

—Asentí. —Sí. Este gasto estará cubierto, por cierto. Además, mi amiga es un cliente. No quiero que pienses que soy completamente altruista. Este es mi trabajo—.

—Índigo asintió. —Construyamos un paquete juntos. Pensaremos en los detalles después—.

—Entonces, Indigo reunió una impresionante variedad de aceites,

lociones y velas y las colocó en una canasta.

—Creo que esto servirá—, dije.

—Ciertamente lo hará—, dijo la propietaria. —Recuérdate; deseas hacer un lanzamiento sólido que llegue a su público objetivo—.

—Parece que sabe mucho sobre mercadeo—.

—Tienes que hacerlo si tienes una tienda—.

—Miré el paquete un poco más. —¿Puedes hacer dos cestas de regalo más pequeñas? Si hay más oportunidades para ganar algo, podría ampliar mi alcance—.

—Ella sonrió. —No me llevará nada de tiempo—.

—Índigo tuvo la amabilidad de venderme los artículos con un buen descuento.

—Ahora, esta es la parte en la que intercambiamos cartas. Voy a querer saber qué pasa—.

—Asentí y le entregué una de mis tarjetas de visita de "Consulta"; me dio una tarjeta de presentación negra con bonitas letras doradas.

—¡Qué bonita!—.

—Gracias. Es menos probable que la gente arroje una tarjeta de presentación atractiva—.

—Gracias, Índigo—, dije mientras recogía mis paquetes.

—Gracias, Marta. Honesta ante Dios, la pasé bien—.

—Me reí. —¡Te cogí!—.

—Índigo rió. —¡Lo hiciste! Tal vez todavía haya esperanza para mí —.

—No queriendo molestarla más, le di las gracias de nuevo y luego me fui.

Una vez en casa, llamé a Rafy para obtener sus opiniones profesionales.

—La dueña de la tienda Wicca te dio una sugerencia increíble—, me dijo Rafy. —De hecho, déjame anotar eso—.

—Entonces, tengo un total de tres paquetes: dos pequeños y uno grande. ¿Cómo crees que debería comercializarlo?—.

—No tienes que pensarlo demasiado. Tome buenas fotos y publique el concurso en algún lugar donde lo vea mucha gente. A la gente le encanta la mierda gratis—.

—Hice girar mi lápiz mientras miraba mi libreta amarilla. —Estaba pensando en comercializarlo como un negocio de aceites o un negocio de fitness y yoga pidiendo información. ¿Quizás una competición de ensayos? Le puedo pedir que me den ideas sobre qué hace que un grupo de fitness sea bueno. Podría eliminar participantes que no sean del grupo de yoga—.

—Si le das los tres paquetes a la gente del grupo de yoga, se verá sospechoso. Debes otorgar uno a un participante del concurso quien no es un participante del grupo de yoga—.

—No es una mala idea. Voy a anotar eso—.

—Escuché a la esposa de Rafy hablando con él.

—Haz lo del grupo de yoga y fitness dice Wanda. Ese tema es más general—, dijo Rafy.

Lo anoté.

—¡Gracias, Rafy! ¡Y Wanda!—

Emocionada, tomé fotografías de las canastas de regalos. También realicé una investigación en línea para determinar cómo anunciar el concurso de paquetes de aceites.

—Necesito poner este anuncio en ese tablero de corcho en la tienda Exchange de la base—, dije. En la parte inferior de la hoja anunciando el concurso, corté pequeñas secciones desprendibles que contenían la dirección de correo electrónico para que los participantes se pongan en contacto y podían someter sus ensayos.

Una vez hecho esto, registré mis horas de trabajo de detective y miré al teléfono. Luego llamé a mi mamá.

—Estaba a punto de llamarte—, dijo mamá en el teléfono. —Compré unos pantalones que no me quedan, pero creo que te quedarán bien. ¡OH! Las almohadillas térmicas también estaban a la venta. ¿Todavía te dan dolores menstruales?—

Gemí en el teléfono. —POR FAVOR, dime que estás en casa—.

—¡Ajá! Te cogí. Me colgaste el otro día, ¿no?—

—No—, mentí. —Se cortó la llamada. Pero te llamo para pedirte el número de teléfono de Myraida—.

—¿Por qué necesitas eso?—.

—Porque necesito hablar con ella—.

—Háblame y se lo diré—, aconsejó mamá.

—No mamá. Los detalles del caso son información privilegiada—.

—No sé si debería darte su número. Ella está avergonzada por todo esto—.

—¡Me pagó cuatrocientos dólares! Quiero darle resultados, mamá. Dame su número—.

—Mira, conseguiré papel y un bolígrafo. Dímelo todo y se lo diré a Myraida—.

—¿Mami? Si no me das ese número, ¡no confiaré nada contigo! ¡Nunca más!—.

—La verdad era que no sabía si mi mamá estaba tratando de proteger a su amiga o si estaba aburrida. Probablemente fue una combinación.

—Okay. Cálmate. Aquí está el número de Myraida—.

—Entonces mamá recitó el número de teléfono, pero quizás demasiado rápido.

—¡Ese es el número equivocado!—.

—¡No es! ¡Lo estoy viendo aquí mismo! " Dijo mamá, sonando

ofendida. —Oh. Me equivoqué con el último dígito. Es un 7, no un 6 —.

—Después de una despedida rápida, colgué el teléfono. Llamé a Myraida.

—¿Hola?— Preguntó la voz.

—Hola, Myraida. Te habla Marta Morales, la hija de Zoraida Mercado…—

—¡Ah, sí! Hola—, dijo con una sonrisa en su voz. —Me preguntaba cuándo me ibas a llamar—.

—Puse los ojos en blanco ante las payasadas de mi madre y respiré para calmarme.

—Lamento que me haya tomado un tiempo para responderle. ¿Podrías tener tiempo para hablar ahora?—

—¡Sí! Déjame hacer un poco de café y galletas mientras hablamos —.

—Rápidamente, me aseguré de que sí, ella quería que la llamara para informarle. Me enteré de que Awilda también le había hablado de mi visita.

—¿Dónde estás con todo?— Ella preguntó gentilmente.

—¿Puedo ser honesta contigo?—.

—Por supuesto—.

—Creo que los problemas de Awilda son más que las brujerías que le han dejado en su césped—.

—Myraida gimió. —Arturo. Sí, lo sé—.

—No había ido por ese camino, pero escucharía ya que ella estaba proporcionando información. Agarré mi libreta y mi bolígrafo y comencé a tomar algunas notas.

—Arturo quiere una extensión de tiempo en su contrato en el Navy. Awilda no está feliz—.

—Me estremecí por ella. —Oh, me imagino que no—.

—La cosa es que Awilda ama a Arturo. Ama a su familia, pero quiere más. Está cansada de hacer lo mejor para la carrera de Arturo —.

—Suena justo—.

—Lo es. Pero, ¿qué querías decir con otros problemas?—

Luego le conté las opiniones de la vendedora llamada Índigo sobre los amuletos.

—Sabes, a mí también me parecían una mezcolanza. Verá, los investigué por la internet. Pero, todavía estoy preocupada—.

—Llegaré al fondo de quien esté tratando de causar problemas a Awilda y su familia. Sin embargo, no puedo decir que resolverá todas sus preocupaciones—.

—No, no lo hará. Voy a pagar para que Awilda y los niños vengan a verme durante las vacaciones de primavera. Le recordará a Arturo lo

que tiene que perder si vuelve a poner su carrera en primer lugar—.

—Eso suena inteligente. Estoy pensando en salir hacia Great Lakes el próximo lunes. ¿Puedo llamarte esa noche para ponerte al día?—.

—¡Sí! ¡Por favor!—.

—Una vez que colgué el teléfono con la tía de Awilda, fui a mi armario y me regalé un trago de Bacardí.

—Bien merecido—, dije mientras volvía a colocar mi vaso de tragos y el ron en el armario.

Capítulo Nueve

Estaba emocionada y nerviosa. Se aproximaba el día que iba ir a la heladería con Waleska y Adan. Mientras tanto, tenía que limpiar la casa de Ezra, quien todavía no me había dado una llave.

Me senté en mi carro y miré los patios delanteros de los vecinos de Ezra. Se acercaba la primavera. Pronto vería coloridas plantas anuales y perennes adornando los prados que salpicaban la calle. Distraídamente, me pregunté si Ezra era jardinero.

Al mirar las flores, noté algo extraño. Entrando a una de las misteriosas casas no en venta era un hombre que cargaba un montón de cajas. El hombre probablemente tenía veinte años por ahí. Llevaba una gorra de béisbol negra. Movió la cabeza a derecha e izquierda mientras entraba a la casa.

—No es nada sospechoso—, susurré.

El hombre había dejado abierta la puerta del pasajero trasero de su vehículo. Lo vi salir corriendo de la casa. De nuevo miró a derecha e izquierda.

—Tienes un problema, Marta—, murmuré mientras tomaba mi teléfono celular y activaba la función de video.

Filmé al tipo cargando cajas desde el asiento trasero de su auto hasta la casa. Hice zoom en los paquetes y vi que eran de diferentes compañías transportistas.

—Um raro—, dije.

También tomé fotos. Cuando Ezra me llamó a mi celular, dejé de filmar y me preparé para limpiar.

—Tendrá que esperar—, me dije a mí mismo mientras salía de mi carro. Tenía que llegar a lo que me haría ganar dinero, lo cual era la limpieza.

Limpié ese día y al día siguiente. Finalmente, llegó la noche que estaba esperando. Estaba tan nerviosa que cambié de atuendo tres veces. Finalmente, me decidí por una bonita camiseta gris y unos mahones justados. A mi atuendo añadí mis botas negras y una chaqueta de cuero y salí.

Entré en la heladería; nerviosa, agarré la bolsa de regalo que había traído conmigo. Rápidamente los identifiqué: mi nuera Waleska y mi nieto, Adan. Reí y lloré al mismo tiempo. Waleska se veía alta y hermosa, y mi nieto, más grande que la última vez que lo vi. Se parecía tanto a mi hijo, que llenó mi corazón de alegría y tristeza. Rápidamente, caminé hacia el área donde estaban sentados.

Waleska sonrió al verme. Parpadeó un par de veces y luego me abrazó. No pude evitar mis sollozos que me salían. Me reí antes de alcanzar una un pañuelo de papel en mi bolso.

—¡Lo siento! ¡Quería ser alegre!— Dije en disculpa. —Te traje un

regalo para el nene—, le dije mientras le entregaba la bolsa.

—No deberías haberlo hecho—, dijo mientras lo aceptaba. —Pero ahora yo también estoy llorando. ¿Tienes otro pañuelo ahí?—.

—Le di uno antes de sentarme frente a ella y Adán.

—Dos días atrás, estábamos en Target. Le di a Adán mi loción para las manos para distraerlo, porque la batería de mi celular se había agotado. Ni siquiera dos minutos después, y la loción estaba por todo su rostro y su cuello. Ahí es donde se fueron mis pañuelos, junto con medio paquete de toallitas—.

—Me reí y luego miré al chico que se parecía tanto a mi Héctor. Adán sonrió a medias y sentí el cariño de mi hijo desde su lugar en el cielo. Rompí una promesa que me hice a mí misma y lloré, pero solo por unos segundos.

—Lo siento, lo siento—, me disculpé con Waleska mientras cogía otro pañuelo.

—Está bien—, dijo dulcemente.

Negué con la cabeza. —Lo siento. Lo siento—, dije, sonando como un disco rayado.

—Okey. La distracción me ayuda—, dijo Waleska. —¿Quieres que te hable de mi trabajo? —.

—Sí, por favor—, dije mientras me secaba la esquina del ojo. —Quiero escuchar sobre tu trabajo, cómo le va a Adán en daycare y cómo les va a Cleofe y Víctor—.

—Mis padres—, dijo Waleska sobre Cleofe, su madre, y Víctor, su padre, que estaba lidiando con un cáncer en etapa terminal. —Papá sigue enfermo—, dijo Waleska mientras le entregaba su teléfono celular a su hijo. —Un mes atrás, comenzó a recibir cuidados de paliativos, pero en su casa—, agregó.

—¿Está recibiendo buenos medicamentos?— Pregunté, mi voz finalmente libre de lágrimas.

—Sí. Papá está muy distraído, pero es mejor eso que sentir dolor—.

—Me tomé un momento para admirar las atractivas características de Waleska. Su cabello era largo, liso y brillante. Su rostro era color oliva e impecable. Sus ojos oscuros y labios carnosos eran algo salidos de la portada de una novela romántica. Cuando Héctor la conoció en la clase de gimnasia de la escuela secundaria, se había enamorado de ella rápidamente. Agradecí a Dios que su dulce corazón coincidiera con su bella cara.

—Trabajo. ¿Como va eso?—.

—¡Todavía estoy trabajando en el periódico! Sigo empleada a pesar de que me pagan salarios de mierda—.

—Mierda—, dijo Adán mientras jugaba un videojuego.

La palabra grosera de mi nieto me hizo reír, pero hizo que su madre se estremeciera.

—No decimos esa palabra, Adán. Lo siento—.

—Adán hizo un puchero y supe que estaba en peligro. Mimaría a mi nieto si tuviera la mínima oportunidad.

—¿Qué tal un helado?— Le pregunté.

Adán asintió y sonrió, mostrando los hoyuelos que había heredado de su madre.

—Me suena bien—, dijo Waleska.

Waleska pidió un —banana split—; Adán pidió una bola de chocolate en una taza. Pedí un helado de vainilla con caramelo y chispas de chocolate.

Mientras comíamos, le rogué a Waleska que me diera más detalles sobre su trabajo.

—Es bueno. Trabajo como verificadora de hechos. También me dejaron escribir algunos artículos—.

—¿Es todo lo que pensaste que sería?—.

—Waleska se encogió de hombros y siguió con un bocado de su helado. —Si y no. Una vez que llegué a la universidad, mis profesores nos dieron un curso intensivo sobre qué esperar si teníamos la suerte de ser contratados por un periódico. Lo que no sabía era cuánto me encantaría—.

—Eso es simplemente maravilloso. Estoy muy contenta por ti.—.

—Dime algo diferente sobre la limpieza. Ahora eres la jefa. ¿Como es eso?—.

—Suspiré. —Genial. Yo tomo las decisiones. Sin embargo, no tengo seguro y tengo que pagar el seguro social de forma independiente. No tengo un plan de retiro de 401k. Tampoco hay días de enfermedad. Pero mis clientes son lo suficientemente comprensivos como para permitirme cambiar las cosas cuando lo necesito—.

—Háblame del novio—, dijo con una sonrisa.

Me reí. —Kevin. Él es bueno. Por un momento, nos tomamos un descanso, pero creo que ahora estamos de vuelta—.

—¿Están hablando de matrimonio?—.

—La pregunta me sorprendió tanto que me atraganté con mi helado. Avergonzada, levanté una mano mientras me aclaraba la garganta.

—¡Oh Dios mío, lo siento mucho!— Waleska dijo mientras se sonrojaba.

Negué con la cabeza. —Está bien—, dije entre toses.

Un minuto después, pude hablar. —No. NO estamos hablando de matrimonio—.

—Waleska sonrió. —¿No te gusta el matrimonio?—.

—Dejé escapar un suspiro. —Um. Bueno, salvo Héctor, creo que lamenté haberme casado con Aníbal. Odiaba cómo mi obligación con mi familia me hizo dejar el trabajo que amaba. No me malinterpretes,

no me arrepiento de que Aníbal sea el padre de mi hijo. Siento que tenía más en mí, más que lograr antes de formar una familia—.

—Pero no te convertiste en policía aquí en Chicago—.

—¿Has olvidado lo peligroso que es ser policía aquí?—.

—Waleska se sonrojó. —No. Después de todo, escribo para un periódico—.

—Sí. Demasiado peligroso —dije mientras desmenuzaba mi servilleta y la colocaba en mi recipiente de helado ahora vacío. —Me gusta cómo hago las cosas ahora. También investigo secretamente, porque no tengo licencia para eso—.

—¿Cómo se siente tu novio, el detective de la vida real, al respecto?—.

—Ay. Aun así, acepté la descripción de Waleksa porque no era inexacta.

—Lo odia. Sin embargo, lo acepta porque soy una mujer adulta que puede hacer lo que quiera—.

—Noté que Adán se veía muy cansado.

—El amiguito parece estar tan cansado—.

—Waleska miró hacia donde Adán estaba mirando perezosamente los gráficos animados en su teléfono celular. —Si—.

—Déjame ayudarte a salir de aquí—.

—Salimos de la heladería, y la ayudé a amarrar a Adan a su en su asiento de coche. Me pregunté cómo involucrar a Aníbal en la conversación. Antes de que pudiera pensar en una forma de hacerlo, Waleska me hizo otra pregunta.

—¿En qué tipo de investigación estás trabajando ahora mismo?—.

—Me reí. —Uno sobre brujería, créalo o no—.

—Los ojos de Waleska brillaron y sonrió. —¡De verdad! ¿Dónde? ¿Haciendo qué?—.

—Negué con la cabeza. —No puedo compartir los detalles, desafortunadamente. Pero es interesante. Me reuní con un practicante de Wicca para obtener información sobre su práctica—.

—Waleska sonrió. —Sé algo sobre esas cosas. El año pasado, consulté con un médium—.

—Escalofríos que no tenían nada que ver con la fría noche primaveral, me estremecieron.

—¿Por qué?—.

—Para ayudarme a localizar a Héctor. Incluso tuve una sesión de espiritismo—.

—La revelación me dejó conmocionada, enojada y horrorizada.

—¿Por qué? ¿Por qué harías una cosa así?—.

—Waleska se puso nerviosa.

—No. No te preocupes. Héctor estaba bien con eso. La médium instituyó protecciones para Héctor, Adan y para mí—.

—El helado me revolvió el estómago.

—Eso es algo horrible de hacer, Waleska. Por favor, no vuelvas a hacer eso—, le pedí.

—Está bien, Marta. En serio. Es bueno tener una conexión con Héctor todavía—.

—¿Conexión? ¡Él se fue!— Yo argumenté. —Él falleció. Tu única conexión verdadera con Héctor es a través de su hijo, Adán—.

—¿Crees que no lo sé?— Waleska dijo enojada.

—Por favor, te lo ruego. No arrastres el espíritu de Héctor en esa locura de brujería—.

—Genial. Cosas católicas de nuevo—.

—Ignoré la púa. —No sabes con qué te estás metiendo, Waleska. No es bueno para el espíritu de Héctor, y probablemente tampoco sea bueno para el tuyo—.

—¿Sabes qué? Ya terminé de escucharte sobre esto, Marta—.

—Debería haber dejado con el argumento, pero no pude.

—Hay condiciones atadas a este tipo de cosas, cosas que no ves. No arrastres a mi hijo en este lío—.

—¡Basta, Marta! ¡Haré lo que quiera! ¡Ahora buenas noches!—.

—Con eso, Waleska caminó hacia el lado del conductor de su vehículo. Enojada, casi chilló goma al irse de su estacionamiento.

—Mierda—, maldije en la noche.

Llamé a Kevin esa noche. Él se dio cuenta de que estaba molesta.

—Háblame—, suplicó.

Deje escapar un suspiro. —Yo...sobrepasé mis límites con Waleska esta noche. Me temo que volverá a darme algo de distancia—.

—¿Qué dijiste?—.

—Me encogí de hombros. —Me condescendí con Waleska. Le dije que se estaba metiendo con cosas peligrosas—.

—¿Qué tipo de cosas peligrosas?—.

—No quiero hablar de eso ahora. ¿Podemos hablar de ello este fin de semana?

—Claro—, fue su respuesta.

Los pensamientos sobre cómo había enojado a Waleska y lo preocupada que estaba por el espíritu de mi hijo me mantuvieron despierta casi toda la noche. Pensé en hablar con Doña Justa al respecto, pero decidí no hacerlo. Ella ya se estaba acercando a su prima ex monja por mí para el caso Wicca de Great Lakes. No podía llamar a mi madre porque ella iría a charlar con cualquiera que la escuchara, lo que podría afectar a la familia de Waleska. Tampoco consideré a Rafy como una opción, ya que era tan protector con Héctor como yo.

Al final, le recé a Dios, a la Santísima Virgen, e incluso a mi hijo, pidiendo orientación antes de acostarme por la noche. Mi sueño fue

irregular y horrible, pero sin pesadillas, por lo que estaba agradecida.

A la mañana siguiente, me desperté con una idea. Llamé al número de la tarjeta de presentación.

—Buenos días, Índigo. ¿Podrías estar libre para almorzar hoy?—

Capítulo Diez

Limpié la casa de Jane rápidamente, gracias a Dios, y a Jane que estaba fuera de la casa. Jamie no hablo mucho y mis clientes residenciales también estaban ausentes. Finalmente, corrí a casa, me duché y me cambié antes de salir para encontrarme con Indigo en una pequeña pizzería italiana.

Llegué primero y me senté. Sonreí cuando noté que Índigo entraba al establecimiento, pero vestía en un atuendo "civil" que consiste en una camisa roja debajo de una chaqueta de mezclilla junto con pantalones caqui. Índigo se rió y negó con la cabeza.

—No estoy en el reloj, así que me visto como quiera—.

—Lo suficientemente justo. Sin embargo, tu ropa de trabajo también es bonita. Tu falda y blusa tenían un bonito estilo bohemio y soñador—.

—Índigo siguió riendo mientras se sentaba frente a mí. —Lo tomaré como un cumplido. ¿Sabes lo difícil que es para una mujer de cincuenta años lucir soñadora y joven?—

Asentí. —Por eso te convertiste en Wicca, ¿verdad?—.

—Índigo se rió. —Marta, eres graciosa—.

Yo también me reí. —Gracias.—.

—Voy a permitir que me llames Angie. Mi nombre es Angela Bonacci—.

—Yo sonreí. —¡Tremendo! Además, guau. ¿Angela Bonacci? Esos nombres suenan a música—.

—Angie sonrió y se encogió de hombros. —Eso era la intención de mis padres—.

—¿Qué piensan de lo que haces?—.

—Angie sonrió a la camarera de lejos y articuló la palabra café. —Oh, no saben lo que hago. Todavía creen que trabajo como psicóloga escolar—.

—¿Lo eres?—.

—Indigo/Angie negó con la cabeza. Aceptó el café de la camarera y bebió un sorbo.

—No. El trabajo puede ser muy desgarrador. Me cansé de eso—.

—Asentí. —Me imagino—.

—¿Qué piensan tus padres sobre tu trabajo de detective?—.

—Oh, esto no es nuevo—, dije mientras aceptaba un menú de la camarera. —Yo solía ser policía—.

—Había estado contemplando dos opciones de comida diferentes cuando una mano empujó el menú hacia abajo.

—No. ¡No miras un menú después de darme una revelación como esa! ¡Dime más!— Suplicó Angie.

Me reí y luego le dije. Veinte minutos después mantuve a Angie

informada de mi vida.

—Eres la persona más emocionante que he conocido—, dijo Angie. —En tanto tiempo—.

—Me reí. —Gracias. La vida es más emocionante ahora. Me arriesgué a mí misma, a un oficio y a la gente. ¡Mírame ahora, almorzando contigo! Eres tan interesante—.

—Angie asintió. —Y eso es lo que más importa, creo – como me relaciono con la gente. A esta edad, es lo que anhelo. Quiero decir, la gente y las historias son generalmente las mismas de siempre. Pero soy diferente. Escucho cosas diferentes ahora. Antes, habría descartado una parte de una historia que pensé que podría haber sido un detalle menor. Pero ahora voy más despacio y me tomo el tiempo para digerir lo que estoy escuchando y cómo me afecta—.

—Por tu forma de hablar, deberías tener un programa en la televisión—.

—Angie se rió y comió un bocado de pizza. —De hecho, tengo un podcast que está ganando terreno—.

—Aplaudí. —Hurra. Necesito descargar eso—.

—Comimos un par de rebanadas de pizza antes de que Angie me hiciera llegar al meollo del asunto.

—Me llamaste para invitarme a comer pizza, y esto es increíble, pero querías un consejo sobre otro asunto. ¿Qué es?—.

—Te dije que perdí a mi hijo en la guerra y que dejó una viuda y un hijo pequeño: mi nieto—.

—Lo hiciste—, dijo Angie mientras asentía.

—Bueno, recientemente han vuelto a entrar en mi vida, por lo que estoy muy agradecido. Sin embargo, anoche supe que Waleska- —.

—¿Waleska? Sería un nombre difícil de recordar—.

—Negué con la cabeza. —No para mí. No solo porque es mi nuera, sino porque es un nombre puertorriqueño bastante típico—.

—Disculpe mi ignorancia. Espero no haberla ofendido—.

—Negué con la cabeza. —No claro que no. Quiero decir, soy puertorriqueña, pero también soy americana. Además, mi novio piensa que es un nombre extraño—.

—¿Tienes un novio?—.

—Sonreí y asentí. —Sí. Kevin—.

—Eso no suena como un nombre puertorriqueño—.

—No, tendrías que agregarle una" L —. —Kelvin—.

—¿Cómo la unidad de medida de la temperatura?—.

—Sí.—.

—Me gustaría saber más sobre tu novio—.

—Me reí. —Kevin es reservado—.

—Okey. De vuelta a Waleska —me pidió Angie.

Entonces, le conté sobre la sesión y las cosas mediáticas.

—¿Puedes entender el nivel de mi miedo? Necesito que Waleska deje en paz el espíritu de Héctor. Temo por lo que ella le está haciendo pasar—.

—Angie negó con la cabeza. —Oh no. Tu nuera no puede hacerle daño a Héctor donde está. Nada puede—.

—¿Cómo puedes estar tan segura?—.

—No lo estoy—, dijo Angie mientras alcanzaba su vaso de agua. —Pero lo que sé sobre el catolicismo e incluso la Wicca me muestra que su hijo está en un lugar donde no aplican las reglas terrenales —.

—Eso espero. Pero, nada bueno puede salir de lo que está haciendo Waleska—.

—Oh, estoy de acuerdo. Lo más probable es que su nuera consiga a un espíritu que no sea su marido—.

—Eso me dejó helada. —Eso me asusta. No puedo controlar lo que hace Waleska, ¡pero tiene a mi nieto! ¿Quién va a defenderlo?—.

—Esto es lo que haces: rezas por tu nieto. Día y noche, rosario tras rosario tras rosario. Consigues que tu familia ore por él. Apelas a tu hijo—, dijo Angie mientras señalaba al cielo, —para proteger a su hijo. Él lo hará—.

—Solté un suspiro que había estado conteniendo. —Yo haré eso—. Pensé un poco más en Waleska. —Todavía estoy preocupado por ella. ¿Por qué está haciendo estas locuras?—.

—Angie se encogió de hombros. —Dolor. Cuando perdió a su marido, no tuvo la oportunidad de despedirse. Lo más probable es que ella vio su cuerpo muchos, muchos días después de su muerte. Durante un tiempo, él tuvo una vida cotidiana de la que ella no formaba parte, pero ella estaba atada a él. Mientras estaba desplegado y probablemente no le gustaba estar en el medio oriente, tu hijo probablemente tenía el control de otras cosas. Probablemente le dijo a su esposa cuándo esperar junto al teléfono, cuándo esperar un correo electrónico o una conferencia por video. Tu nuera no pudo controlar el tiempo en cuando podía hablar con su esposo. Él era el guardián de sus comunicaciones—.

—Eso nunca se me ocurrió—, susurré.

—No se les ocurre a muchos. Lo supe a través de la orientación de niños en edad escolar cuyos padres fueron enviados. Pero volvamos a Waleska. Un día, le informan que su esposo había fallecido. Una parte de ella probablemente todavía espera un correo electrónico o una llamada telefónica. Las sesiones de espiritismo podrían ser su forma de intentar...hacer esa conexión para poder soltarse—.

—Las lágrimas llenaron mis ojos y asentí. —¿Por qué no vi eso?— Dije mientras los limpiaba. —Estaba tan preocupada por la paz de mi hijo y su alma que no vi el dolor de mi nuera—.

—Porque eres su madre. Ese es tu trabajo. NUNCA te despedirán

de ese trabajo—. Afirmó Angie.

Una vez que Angie y yo terminamos con nuestro almuerzo, nos quedamos afuera y observamos los cielos que se oscurecían.

—Esto fue divertido. Tenemos que hacer esto de nuevo—, dijo Angie.

—¡Sí!— Dije. —¿Quieres tomar un café la semana que viene?—.

—Estoy sacando mi agenda ahora mismo—.

—Y lo hizo.

Esa noche quede sorprendida cuando recibí una llamada de Awilda Rojas.

—¿Awilda? ¿Cómo estás?—.

—Bien. ¿Mi tía dijo que la llamaste?—

—Si—, dije mientras me sonrojaba. —Mientras eres mi cliente, ella es la cliente que paga. Le debo ciertas responsabilidades. Espero que entiendas eso—.

—No, en absoluto. Es bueno tener a alguien más involucrado en mi problema fuera de este mundo. Porque está fuera de mi control—, dijo Awilda mientras dejaba escapar un suspiro.

—¿Están empeorando las cosas?—.

—Awilda guardó silencio un momento. —Creo que sí. ¿Creo que tengo miedo por mi matrimonio?—.

—Entonces, reorganicé las cosas en mi horario de limpieza para hacer tiempo para un viaje a Great Lakes. Eso significó adelantar ciertos tiempos de limpieza, lo que encantó a muchos de mis clientes. También significó un encuentro temprano con Ada Barros, mi planificadora financiera.

—¿Por qué nos reunimos aquí?— preguntó Ada mientras miraba alrededor de Panera.

—Visité dos buenos establecimientos de café esta semana, así que pensé que visitar este basurero no me afectaría tanto—.

—Ay—, dijo Ada mientras se reía.

Me burlé. —¿Tienes dinero invertido con Panera?—.

—No, pero sabes que los favorezco—, se defendió.

Asentí. —Además, sé que venir aquí es más fácil para ti que los otros sitios que prefiero—.

—Ada me miró fijamente. —¿Estás tratando de ablandarme?—.

—¿Qué quieres decir?—.

—¿Qué hiciste?— Ada me desafió. —¿Gastaste todo tu dinero? ¿Has acumulado otra tarjeta de crédito?—.

—Puse los ojos en blanco, pero aun así le atribuí a Ada un sentido para olfatear la verdad.

—No quiero comprar una casa, Ada—.

—Ada gimió. —¡Hemos cubierto esto, Marta! Es lo mejor para ti—.

—No se siente así—.

—Te voy a vender en esto—.

—La detuve con mis manos levantadas. —¿Qué tal hacemos un intercambio?—.

—¿Qué quieres decir?—.

—¿Qué le dices a un plan de ahorro agresivo? Creo que me gustaría tener al menos $50,000 ahorrados en los próximos tres años —.

—¡Si compraras una casa, podrías tener ese dinero en equidad!—.

—Gemí de nuevo. —No quiero vivir en Chicago para siempre—.

—¿Y quién quiere? Comprar una casa no significa que tengas que vivir en ella para siempre—.

—Me quedé mirando a Ada un rato. —Se supone que eres mi consejera, pero estás actuando como mi némesis—.

—Te estoy dando mucho cariño, Marta. Tu ex marido me paga, para que esté pendiente de los problemas financieros que no puedes prever. Comprar una casa te dará equidad, pagos fijos y un sentido de orgullo—.

—¿Eres dueña de una casa?— La desafié.

—Tengo tres—.

—Wow—.

—Jaque mate—, dijo Ada mientras se subía sus espejuelos por el puente de la nariz. —Ahora. Volvamos a hablar sobre el interés simple, el interés compuesto y lo que sucederá con sus ahorros y sus ganancias proyectadas una vez que su casera aumente su alquiler—.

—Ay—.

—Entonces, volvimos a hablar de metas financieras. Ada me animó a seguir regalándome ropa bonita, pero con un presupuesto limitado. También estuvo de acuerdo conmigo en que debería ahorrar cincuenta mil dólares. Al salir de la cadena de restaurantes, sentí como si hubiera perdido una batalla.

—Tal vez necesito investigarla —, murmuré.

A la mañana siguiente, manejé a Great Lakes. Tenía las tarjetas de notas y copias anunciado el concurso de ensayos con premios de canastas de regalo. También había visitado a Doña Justa para preguntarle sobre su prima monja y sus oraciones. Mi casera me aseguró que la ex monja había estado orando en serio. Para fortificar la casa de Awilda (y yo misma), recé un rosario mientras conducía hacia el norte.

La misma casa fría me recibió, pero parecía menos pesada. Sonreí mientras miraba a Awilda. Me dio una sonrisa triste mientras me abrió la puerta de su casa.

—Sí. Se siente más liviano aquí —, dijo Awilda mientras me acompañaba al sofá. —Puedo sentirlo—.

—Pero estás preocupada por tu matrimonio, ¿más que antes?—

Pregunté mientras me sentaba en el sofá de cuero marrón.

Awilda asintió. —Sí. No sé lo que está pasando dentro de mí. Es casi como si el temblor de esta casa sacudiera aún más mi matrimonio. Me está sacudiendo—, dijo mientras estrechaba sus manos.

—¿Eso es algo tan malo?—.

—Mi cliente se encogió de hombros lentamente. —No sé. He estado enojada durante tanto tiempo. El otro día, me pregunté qué haría si no tuviera esa ira. Entonces, vino el miedo. Lo juro, esos íconos son otra cosa—, dijo mientras se levantaba. —¿Puedo traerte un café?—.

—Claro—, le dije.

Mantuve contacto visual con ella mientras preparaba el café.

—¿Awilda?—.

—¿Sí?— dijo mientras ponía una cápsula en su cafetera instantánea.

—¿Dónde están tus hijos? ¿Y tu esposo?—.

—Los niños están en la escuela. Arturo está de camino a casa. Dijo que quería estar aquí para esta conferencia—.

—¿Alguna vez te aburres, haciendo lo de ama de casa?—.

—¡Sí! Un montón. Si no hubiera tenido yoga y las estúpidas brujerías para preocuparme ahora, estaría bastante aburrida—.

—Cuando ambas estábamos sentadas en la sala tomando café, le presenté mis conocimientos.

—¿Que *qué*?— Awilda dijo mientras dejaba la taza en su platillo.

—La inquietud en tu hogar no está relacionada con los objetos que están dejando en su césped. Un practicante de Wicca lo confirmó—.

—Awilda se reclinó en su asiento y se frotó los brazos. —¡Pero hace mucho frío aquí!—.

—Estoy de acuerdo—.

—Pero las oraciones han funcionado, las que ha estado haciendo la monja, las que yo he estado rezando y las que mi tía ha estado rezando. ¡Necesitan algo para luchar! Están luchando contra el mal—.

—Las oraciones son de protección, pero también de paz—, le dije.

—¿Estás tratando de decirme que esto está en mi cabeza, que estoy loca?—.

—Negué con la cabeza. —No. Alguien está dejando basura en tu césped. Alguien quiere que te enfades. Algo hace que tu casa sea poco acogedora e inhóspita—.

—Awilda comenzó a llorar, lo que me hizo sentir muy mal. Antes de que pudiera pedirle un pañuelo de papel para ofrecerle, la puerta principal se abrió. Un hombre uniformado, guapo, bronceado y en forma entró en la casa.

—¿Awilda? ¿Por qué estás llorando?—.

—En parte a la defensiva y en parte preocupado, se sentó a su lado y la estrechó entre sus brazos. Awilda le devolvió el abrazo y siguió llorando.

—¿Eres Marta?— preguntó el hombre.

—Sí, Arturo. Soy Marta Morales. Lamento que nos reunamos en estas circunstancias—.

—¿La hiciste llorar?— preguntó enojado.

—No—, dijo Awilda mientras se soltaba de sus brazos. Cogió una caja de pañuelos de papel en una mesa de café que no había notado.

—Marta dice que mientras alguien está dejando brujerías en nuestro césped, no tiene nada de magia. Ella consultó con una bruja en Chicago—.

—En realidad, Angie era una Wicca. Sin embargo, guardé mi corrección. Arturo me miró y sonrió.

—¿De verdad?—.

—Dios mío, era guapo. Entendí por qué Awilda no tenía prisa por dejarlo de nuevo.

—Sí, de verdad,— confirmé. —Sin embargo, eso no quiere decir que no esté sucediendo algo extraño en esta casa—.

—No me sorprende—, dijo Arturo. —Estamos justo en la frontera con Wisconsin, que tiene reservas de nativos americanos. ¡No me sorprendería si esta base esté construida sobre un cementerio indio o algo así!— dijo emocionado.

—Aquí vamos con esta mierda de nuevo—, dijo Awilda mientras negaba con la cabeza.

—¡No! ¡Es cierto! Los fantasmas están por todos lados. ¿Quién dice que no están aquí? Mi familia en Calichoza, ¿sabes dónde queda eso, Marta?— Arturo me preguntó.

Arturo hablaba de un sector en Arecibo, Puerto Rico.

—Tengo familia en Esperanza,— dije mientras asentía. Esperanza era el barrio que contenía el sector de Calichoza.

—Sí, entonces mi familia ha vivido allí desde siempre, descendiente de indios y españoles y esclavos. Han visto cosas allí desde siempre: fantasmas, ovnis, ¡incluso el Chupacabras!—.

—Miré a Awilda. Parecía exhausta y enojada a partes iguales. Le di más crédito a su decisión de dejar a Arturo.

—¡El radar de Arecibo está justo ahí! ¡La Búsqueda de Inteligencia Extraterrestre está tratando de encontrar extraterrestres desde allí! ¡¿Quién sabe lo que atrae ese telescopio?! —.

—Awilda se burló y negó con la cabeza. —Esto es con lo que tengo que lidiar, Marta—.

—Está bien, veo que los dos me están mirando como si estuviera loco—, se defendió Arturo. —Pero escúchame. Soy un Fire Controlman. Tengo acceso a los radares más potentes que jamás hayas

visto—.

—No había visto muchos, así que no estaba equivocado.

—Mientras estamos en el mar, vemos cosas raras en el radar de las que no podemos explicar ni hablar. ¿Quién puede decir que aquí no está pasando alguna mierda extraña? ¿Quién puede decir que el Navy aún no lo sabe?—.

—¡Porque están dejando MIERDA en nuestro césped, Arturo! ¡Esto es acoso! Me siento acosada, ¡y tú piensas que es genial y una broma! —.

—Arturo se desinfló un poco. Awilda parecía que iba a llorar o salir corriendo de la habitación, así que hablé.

—Independientemente de lo que esté sucediendo en esta casa, Awilda tiene razón: alguien está tratando de obtener una reacción de ustedes dos. Por eso están dejando artículos en su césped. Tengo un plan para averiguar quién es y cómo detenerlos—.

—Awilda se secó las lágrimas y se sentó junto a su esposo.

—¿Cómo?— preguntó Arturo.

Diez minutos después, habían entendido lo que quería que hicieran y por qué.

—¿Crees que funcionará?— Arturo dijo mientras miraba las copias impresas del concurso de ensayos que le había entregado.

—Por supuesto que lo hará. A las esposas del Navy le gustan las cosas gratis—, dijo Awilda.

—A todo el mundo le gustan las cosas gratis—, añadió Arturo. —¿Pero qué información nos dará esto?—.

—Con tres premios, seguramente tendremos miembros activos del grupo de yoga que respondan a esto. Dependiendo de sus respuestas sobre lo que constituye un buen 'equipo de yoga', obtendremos pistas sobre quien esté dejando los íconos—.

—Arturo asintió. —Me gusta eso. Aun así, ¿qué espera obtener, y hacer, con esa información?—.

—Tomé aire y lo solté. —Bueno, Arturo, si quieres restaurar la paz en tu hogar, y en tu esposa, tendrás que jugar un rol. Planeo determinar quién está dejando basura en su césped y la razón por eso. Creo que tu autoridad posicional te da acceso a las personas adecuadas. Si estoy juzgando correctamente lo importante que son las pensiones de retiro para ustedes, el esposo de la mujer que deja los íconos no querrá el drama que se le presentará. Creo que se podría poner fin al acoso y la angustia—.

—Dado que des los nombres correctos—, afirmó Arturo.

Me sonrojé. —Esa es mi intención. Los paquetes/obsequios de aceites naturales son para información. Confirmaré lo que aprenda. Te daré nombres sólidos. Demonios, incluso te diré qué decirles a los maridos para que esto se detenga—.

—Arturo levantó una mano en un movimiento de parada. —Solo dame buena información y lo tomaré de ahí—.

—Awilda dejó escapar un suspiro y luego miró a Arturo. —Entonces, ¿me crees?—.

—Nunca dije que no te creía—, refutó. —No había nada que pudiera hacer. La vivienda militar tiene reglas estrictas para sus residentes. Los timbres con cámara no están permitidos, al igual que las cámaras de seguridad. Pero si tengo nombres reales, puedo conectarlos con los maridos que quieren sus autorizaciones y pensiones. Yo hablo ese idioma—.

—El sentimiento de alivio me inundó. Awilda se sintió aliviada; parecía que estaba a punto de llorar. Para romper el momento tenso, hablé.

—Entonces, Arturo. ¿Chupacabras en Arecibo? Dime más—.

—¡¿Por qué le estás ayudando a empezar con eso?!— Awilda ladró.

Media hora después me retuvo en la puerta. Awilda me abrazó y yo le devolví el abrazo.

—Gracias, Marta. Por primera vez en semanas, me siento aliviada y emocionada—, susurró. —Siento que, en esto, Arturo y yo finalmente somos parte del mismo equipo—.

—Entonces yo también estoy feliz. Pero no seas demasiado complaciente. Sigue rezando. Además, les llamaré a usted y a su tía tan pronto como reciba algunos mensajes de correo electrónico del concurso de ensayos. Por favor, dígale a Arturo que publique los volantes en el tablón de anuncios de la tienda Exchange tan pronto como pueda—.

—Estarán publicado mañana por la mañana. Te lo prometo—.

—Una vez en casa en Chicago, dejé escapar un bostezo fuerte y estremecedor que probablemente los vecinos pudieron escuchar. Sonreí, ya que todavía estaba animada por el buen humor que había dejado en la casa de los Rojas. Quizás el frente unido de Awilda y Arturo sería suficiente para detener el temor de esa casa.

—¡Tarta de queso y ron esta noche!— Dije mientras aplaudía.

Mi sentimiento de fiesta se prolongó hasta el sábado, que era el día del concierto en el parque. Llamé a mi hermano mientras me preparaba para mi cita.

—¿Vas a vestirte como una vagabunda?— preguntó Rafy de mí.

Le hice una cara a mi armario porque mi hermano no podía verme. —¿Cuándo me has visto como una vagabunda?—.

—Por si acaso. Quieres que Kevin se quede, pero tampoco quieres dejar que piense que necesitas que se quede—.

—¿Te estás escuchando a ti mismo?—.

—Me escucho. Solo estoy tratando de aconsejarte—.

—Te estoy diciendo para quién me visto: yo misma. Quiero verme bonita. Quiero parecer deseable. Quiero que Kevin sepa que no es el único hombre en la ciudad—.

—También entiendo eso—.

—Saqué la blusa de seda color mostaza de mi armario y la puse en mi cama junto con unos pantalones azules. A eso, agregué una chaqueta de motocicleta marrón que había comprado.

—¿Has tenido acción con los paquetes de aceites?—.

—Asentí. —¡Sí! He recibido una veintena de correos electrónicos con ensayos adjuntos. Lo único que haré mañana es sentarme y leerlos todos—.

—Mañana es domingo. Tienes que ir a misa—.

—Arrugué mi cara hacia arriba. —Pero se supone que lloverá mañana—.

—Creo que también estaba lloviendo cuando Cristo fue crucificado —.

—La culpa me llenó.

—Guau. Otro punto para Rafy. ¿Crees que eso cuenta como tomar el nombre del Señor en vano?—.

—Maldita sea. Quizás—.

—Me reí. —¿Sabes qué? Lo pensaré—.

—Déjame saber cómo te va esta noche, ¿de acuerdo?—.

—Lo haré—.

—Pensando rápidamente, hice una búsqueda en Internet. Después, me vestí, me peiné y maquillé, y luego hice una llamada rápida.

—Oye. Llegaré a tu apartamento en media hora—.

—¿En vez de mi apartamento, ¿podemos encontrarnos en el parque?—.

—¿Por qué?—.

—Kevin se quejó, lo que me hizo sonreír.

—Estaré asistiendo la misa de las cuatro de la tarde en Saint Peter's—.

—¿De verdad?—.

—Gruñí. —Sí. Rafy me hizo sentir culpable, pero tiene razón. Especialmente con todo el tiempo que he pasado con el caso de Wicca —.

—No sé nada de eso. Tienes que ponerme al día—.

—Te veré en el concierto, ¿de acuerdo? Te mandaré un mensaje desde allí—.

—Escuché a Kevin maldecir desde el otro lado de la línea.

—No, ya voy—, se quejó.

Mi corazón saltó. —¿Dónde?—.

—Te voy a recoger para misa. Estaré en tu apartamento en diez—.

—Me llenó de alegría. —Estaré abajo—.

—Subí al coche de Kevin tan pronto como se detuvo junto a la acera para recogerme. Tan feliz estaba de verlo que le di un beso en la boca.

—Impresionante—, dijo después de devolverme el beso. —Llevarte a misa me lleva a la primera base—.

—¡Deja con eso!— Lo reprendí, pero me reí mientras lo decía.

Estacionamos fuera de la catedral y entramos corriendo.

Asistir a la misa con Kevin movió algo en mí. Usar la misma agua bendita y arrodillarme con él al mismo tiempo mientras rezamos las mismas oraciones me dijo que probablemente podríamos creer que algo funcionaría entre nosotros.

Llegó el momento de la comunión y Kevin se puso de pie.

—¿Cuándo fue la última vez que te confesaste?— Le susurré.

Kevin se sonrojó. —No me acuerdo—.

—Entonces tal vez necesites no participar esta vez—, sugerí gentilmente.

—¿Te estás quedando afuera?—.

—Asentí. —Sí—.

—Entonces, me sentaré para apoyarte—.

—Si has ido a confesarte en el último año y tienes la conciencia tranquila, debes ir—.

—¡¿Qué quieres que haga?!—.

—No quiero que ardas en el infierno por mí—.

—¡No tengo planes de hacerlo!—.

—Un ujier nos hizo callar. Me sonrojé y volví a mirar mis manos entrelazadas.

—Nos están velando—, susurró Kevin desde donde se arrodilló a mi lado.

Miré hacia arriba y noté que las personas en la fila para comunión nos estaban mirando.

—Por supuesto. Tienes que tener problemas si no estás participando de la Eucaristía. Pero es peor si participas de él cuando no deberías—.

—¿Por qué me hablas como si no atendí una escuela católica?—.

—¿Lo hiciste?—.

—Sí. ¿Y tú?—

Negué con la cabeza. —No. Escuela pública regular—.

—Entonces, ¿cómo es que sabes tanto?—.

—Porque no era una niña simbólica de la escuela católica. Me preocupé por lo que aprendí—.

—Estamos en la casa de Dios. ¿Por qué me insultas así? —.

—Oh Dios mío. ¡Tienes razón!— Susurré. —Lo siento. Espera. Tengo que rezar para obtener el perdón—.

—Pronuncié algunas oraciones, todo mientras Kevin me miraba. Lo

enfrenté.

—Lo siento—.

—Él me sonrió. —Está bien—.

—Lo miré un poco más. —Creo que estoy enamorada de ti, Kevin —.

—Los ojos de Kevin se agrandaron.

—Shhh. Estamos en misa. ¡Deja de hablar!— le dije a Kevin.

Asintió y mantuvo su postura. Al salir de la iglesia, respiré hondo y sonreí.

—Eso se sintió bien. ¿No crees?— Le pregunté.

—Sí. Probablemente debería confesarme—.

—Yo también—.

—Kevin tomó mi mano y entrelazó sus dedos con los míos. Apreté su mano y lo seguí hasta su auto. Para la cena, comimos hamburguesas en un restaurant de estilo de los años cincuenta.

—Creo que esto está en consonancia con nuestra noche de música de los 40 en el parque—, le dije a Kevin.

Kevin se rió. —Creo. Sin embargo, las hamburguesas son buenas—.

—¿Cuándo empezó a gustarte la música de los años 40?—.

—Un cliente mío colecciona discos—.

—¿Investigando o limpiando?—.

—Me reí. —Limpieza. Bueno, el hijo de un cliente los colecciona. Estaba tocando una canción el otro día y me sentí transportada—.

—¿A una época que te precede?—.

—Gruñí. —No. Escúchame. Los cuarenta son anteriores a mí – lo sé. Sin embargo, me gusta esa época. Parecía ser un tiempo apropiado y casto. ¿Arecibo en Puerto Rico? ¿De dónde son mis padres? Así eran sus amigos y mis padres. Todo fue tan correcto. Chaperones y esas cosas. Tengo cuarenta años ahora y tengo un novio—, le dije mientras lo miraba y me sonrojaba. —Pero me gusta lento. Me gusta lo correcto —.

—¿Cuándo voy a conocer a tus padres?— Kevin bromeó.

—¿Cuándo voy a conocer a *tus* padres?— Contraataqué.

—Esperaba el próximo fin de semana. Están haciendo una parrillada—.

—Dejé caer mi hamburguesa en mi plato. Esperé a que Kevin dijera que estaba bromeando. No lo hizo.

—¡Ay Dios mío! ¡Hablas en serio!—.

—Lo estoy—, dijo con seriedad. —Te gustarán. Son buenas personas—.

—Pero...pero...tengo miedo—.

—No sé por qué —.

—Agarré una servilleta y la usé para secarme las manos.

—¿No vas a comer eso?— me preguntó.

—No. Perdí el apetito—.

—¿Porque te pedí que conocieras a mi gente?—.

—Porque tengo miedo—.

—No entiendo por qué—.

—Dejé escapar un suspiro. Capté mi reflejo en el servilletero de acero inoxidable. Me veía bien. Acababa de salir a misa con mi novio, el detective de la policía, que quería que conociera a sus padres.

—Los conoceré. Pero estoy asustada—.

—Kevin me sonrió. —Todo irá bien—.

—Me quejé en lugar de responder, lo que lo hizo reír.

Cualesquiera nervios que pudiera haber sentido se disiparon tan pronto como escuché la música que venía del parque. Sonreí y miré a Kevin, que también estaba sonriendo.

¡Kevin! ¡¡Hay una pista de baile!! " Dije mientras veía una sección donde la gente estaban bailando.

—Genial—, dijo, pero sospechaba que a Kevin no le gustaba bailar.

Sin embargo, no presionaría mi suerte. Empujé a Kevin entre la multitud hasta donde estábamos parados cerca del frente. La banda tocó una canción que se convertiría en una de mis favoritas. Kevin se paró detrás de mí y puso sus brazos alrededor de mi cintura.

Pronto, memoricé el coro y comencé a cantar. Kevin besó un lado de mi cara y me derretí un poco, incluso con la fresca brisa primaveral.

Unas pocas canciones en el set, un policía se acercó a Kevin.

—¿Cómo está usted, señor?—.

—Kevin dejó escapar un suspiro. —Hola, Zamora—, le dijo al uniformado. —Simplemente disfruto de la velada con mi novia. Marta, este es el oficial Zamora; Zamora, esta es mi novia, Marta—.

—Encantado de conocerle, oficial—, le dije mientras sonreía.

—Encantado de conocerte también—, dijo el oficial mientras me miraba. El oficial Zamora se inclinó hacia Kevin. —Que disfrutes de su noche, señor.—.

—Sin embargo, las personas que estaban parados cerca de nosotros comenzaron a mirar a Kevin, probablemente dándose cuenta de que era un oficial de policía. Observé cómo miraban su espalda y sus caderas, probablemente buscando dónde guardaba su arma. Kevin actuó como si no lo notaba, pero su expresión reveló que no le gustaba la atención que estaba recibiendo.

En ese momento, la banda empezó a tocar una canción que conocía.

¡Kevin! ¡Conozco esta canción! ¿Baila conmigo?— Pregunté mientras me giraba en sus brazos.

—No—, se quejó.

—Baila esta canción conmigo y nos vamos. Te prepararé café y….

—.

—Hecho, señorita—, dijo con una media sonrisa.

Bailamos lentamente al ritmo de una canción cuya letra conocía. No pude evitar cantar mientras mis brazos estaban sobre los hombros de Kevin y detrás de su cuello. Kevin también me sorprendió cuando cantó.

—¿Conoces la canción?— Pregunté.

—Todo el mundo conoce esta canción—, dijo.

En lugar de cantar, dejé escapar un suspiro y lo miré a él y al cielo.

—Esto es perfecto—, le dije.

—No cambiaría nada—, respondió.

Me dio un beso suave, allí mismo, en la pista de baile. Mejoró el momento ya perfecto.

Como prometí, regresamos a mi casa, donde le preparé un café. Incluso compartí mi tarta de queso con él. Después, vimos un misterio de detectives en la televisión mientras nos abrazábamos en el sofá.

—Qué hermosa noche, Kevin—, dije mientras bostezaba.

—Estoy de acuerdo—, dijo mientras besaba la parte superior de mi cabeza.

Mis párpados se volvieron pesados. —Nunca hablamos de mi caso de brujería, ni de cómo cometí errores con Waleska—.

—No. Estábamos saliendo, Marta. Creando nuestros propios momentos felices y recuerdos.—

Las lágrimas llenaron mis ojos. Me senté y lo miré. —Me estoy enamorando de ti. ¿Ya te lo dije?—

Kevin se rió. —Lo hiciste—.

—Pero ¿cuándo se supone que debo decirte las otras cosas?—.

—Kevin se encogió de hombros. —Quizás no esta noche. Quizás, ahora mismo, nos olvidamos del trabajo y nos sentamos en paz. Creo que nos lo hemos ganado—.

—Asentí. —Okey—.

—Me divertí viendo la televisión con Kevin. Descubrimos quién era el asesino antes de la segunda mitad del programa.

—Lideran demasiado—, me quejé.

—Lo hacen—.

—Además, ¿por qué creen los escritores que deben solucionarlo todo? A veces, los malos se escapan. Todavía hay una historia que contar: el del guapo detective que hace todo lo que puede para asegurarse de que la gente esté a salvo—.

—Creo que mi historia debería contarse más—.

—Me burlé y Kevin se rió.

—Bueno, al menos los detectives de la televisión siempre atrapan a sus malos—.

—Es cierto—.

—En secreto, sabía que siempre encontraría las respuestas que buscaban mis clientes. Pensé en Kevin. Él tenía muchísimas más responsabilidades de las que yo jamás tendría, y mucha más gente a la que responder. Me volví para mirarlo en el sofá.

—Haces muy bien tu trabajo, Kevin—.

—Oye. Pensé que no estábamos hablando de trabajo—.

—Me reí. —Okey. ¿Sabes lo que sería una buena serie de televisión? Creo que sería interesante contar la historia de un chico malo. No un tipo malo que hace las cosas incorrectas por las razones correctas, solo un tipo malo total. También pueden contar cómo un buen chico hace lo que puede para atrapar al malo, pero sigue fallando—.

—Estoy de acuerdo, porque esa es la historia de mi vida—.

—Solo digo que hay más historias que contar. Hay más lecciones de vida en perder que en ganar—.

—Hace una mejor narración—, convino Kevin.

—De verdad—.

—Pronto, me fatigué. Acompañe a Kevin hacia la puerta.

—¿Marta?—.

—¿Sí?—.

—¿Cuándo puedo pasar la noche?—.

—Dejé escapar un suspiro. —Sabes que solo me he acostado con Aníbal, ¿verdad?—.

—No me he olvidado de eso—.

—Entonces entiendes porque quiero esperar—.

—¿Qué estás diciendo?—.

—Me encogí de hombros. —Tendremos que ser serios antes de que ocurra cualquier acción en el dormitorio—.

—Somos serios—.

—Me encogí de hombros. —¿De verdad? Estoy enamorado de ti, y te lo he dicho. Dos veces. Creo que sientes lo mismo, pero no lo he escuchado. Dijiste que estabas de acuerdo con la lentitud, así que no te apresuro—.

—¿Te refieres a un anillo?— desafió.

Gruñí. —¿Por qué no podemos terminar la noche con una nota alta? ¡Fue una noche tan buena!—.

—Responde a la pregunta—.

—Sí, Kevin. Significa un anillo—.

—Jesucristo—, murmuró.

No lo amonesté.

—En esa nota, te deberías ir—, le dije.

—Lo haré—, gimió.

Aun así, me besó y me dijo que lo llamara por la mañana.

—¿Vas a dejar de llamarme?— Le pregunté.

—¡No!— el exclamó. Aunque tengo que irme. Trabajo mañana—.

—Yo también—.

—Me besó de nuevo y luego se fue.

—Lo asusté—, le dije a mi apartamento vacío.

Dejé escapar un bostezo. —Ah bueno—. Salté a la ducha y luego me fui a la cama.

Capítulo Once

La mañana siguiente Recibí una llamada sorprendente, y justo después de colgar con Kevin.

—¿Hola?—.

—Marta. Es Barney. De la mercería. ¿Cómo estás?—.

—Estoy bien, Barney. ¿Cómo estás?—.

—Oh, mal. Tuve que despedir a mi sobrina nieta. Mi sobrina no estaba limpiando bien y quería demasiado dinero—.

—Oh no. Lo siento, Barney—.

—De hecho, por dentro, estaba emocionada.

—¿Qué tan mal están las cosas?— Pregunté.

—¡Tan malos! ¿Hay alguna posibilidad de que puedas volver a mí? —

Me reí. —Sí, puedo, encantador—.

—¡Gracias a Dios! ¿Hay alguna posibilidad de que puedas venir hoy? Este lugar es un susto—.

—Miré la montaña de ensayos sometidos de los participantes de yoga que me habían mandado por correo electrónico. —Temo que no. ¿Pero qué tal esto? ¿Puedo estar en tu tienda mañana por la mañana, antes de abrir?—.

—¡Gracias, Marta!—.

—Me reí. —De nada, Barney—.

—Colgué el teléfono y pensé en todo lo que tenía que hacer y en todos los trabajos de limpieza que tenía.

—Mierda—, dije mientras gemía.

Pensé en llamar a mi papá para pedirle consejo, pero recordé que él estaría en misa, al igual que mami y Rafy. Como quisiera atender la misa con ellos.

Pensando rápidamente, le envié un mensaje de texto a Ada. Minutos después, ella me devolvió la llamada.

—No puedes extenderte demasiado, Marta—, me dijo.

—¿Qué debo hacer?—.

—¿Quién te paga menos en este momento?—.

—La familia Dean. Pero son tan agradables—.

—Esto es un negocio, Marta. ¿Te van a pagar lo que te pagará Barney?—

Negué con la cabeza. —No. Ganaré un 20 por ciento más con él. Además, está justo al lado de Jamie's. Eso me ahorra mucho tiempo en mi día y gasolina—.

—Hágale saber a la familia Dean que le darás una semana más de limpieza a tiempo completo, pero que tendrás que dejarlos. Dígale que puedes ayudarlos en ocasiones especiales. De esa manera no quemarás puentes—.

—Es verdad. ¿Quién sabe qué más podría fallar?—

—Okey. Buena conversación. Vuelvo a Netflix—.

—Me reí en voz alta. —Okey. Tengo que volver a mi investigación —.

—Eso suena más interesante que lo que estoy haciendo. ¿Ay algo que puedas compartir?—

—No. Cosas de confidencialidad. Tú entiendes. Adiós, Ada—.

—Con ese problema resuelto, crují mis nudillos y me preparé para leer la montaña de ensayos.

En el volante publicado en el tablón de anuncios de la tienda Exchange en la base Great Lakes, les había hecho a los ensayistas una pregunta de dos partes: qué hace que un grupo de yoga/fitness sea bueno y qué no. El día anterior, le había pedido a Awilda que me proporcionara una lista de los nombres de las personas que estaban en el grupo de yoga. Fueron quince. Los comparé con los participantes del ensayo y encontré ocho, que no era un mal número.

—Supongo que a las esposas del Navy les gustan las cosas gratis—, murmuré.

Me alegré de que Patricia Nykiel había proporcionado un ensayo, al igual que Maryellen Lewis. Primero miré la sumisión de Maryellen.

—Un buen grupo de acondicionamiento físico puede brindar la compañía que uno no puede tener en casa—.

—Maldita sea. Esa línea de apertura es magnífica—.

—En su ensayo, Maryellen habló sobre la soledad que venía con ser esposa del Navy y el tumulto de mudanzas constantes. Habló de los problemas educativos que tenía su hijo, y cómo mudarse tanto no la ayudaba. El grupo de yoga fue una salida para ella. En cuanto a los aspectos negativos, dijo que demasiada vanidad y mezquindad le quitaban la seguridad a ese grupo.

El ensayo de Patricia también fue bueno, pero no tan fuerte como el de Maryellen. De hecho, no podía concentrarme en los otros papeles porque seguía volviendo al artículo de Maryellen.

Me levanté y caminé por mi apartamento mientras pensaba en lo que debería hacer con la información que había obtenido. Miré el reloj colgado en la pared de mi comedor y me di cuenta de que la misa atendida por mami y papi había culminado.

—Hola—, dijo mi papá.

Sonreí. —Hola, papi. ¿Cómo estuvo la misa?—

—Bien. Deberías probarlo alguna vez—.

—Te haré saber atendí, ¡anoche!—.

—Papá se rió. —¿En realidad? Eso es genial. ¿Qué provocó eso?—

—Rafy echándome culpa, pero también, era el momento—.

—Me alegro de que hayas ido—.

—Casi le dije que Kevin fue conmigo, pero decidí no hacerlo. La

compañía de Kevin fue un momento tierno y vulnerable que quería guardar cerca de mi corazón.

—¿Podría obtener tus opiniones sobre mi caso, papi?—.

—¿Qué tal si te devuelvo la llamada en quince minutos?—.

—Suena bien—.

—Me llamó doce minutos después.

—Estoy en casa y sentado en mi silla. Cuéntame todo—.

—Le informé sobre el caso y los ensayos.

—Esa idea de un premio por un ensayo ganador fue brillante. ¿Quién tuvo esa idea?—.

—Yo y la dueña de la tienda de Wicca. Sin embargo, ¿puedo contarte sobre el ensayo?—

—Léemelo—.

Así que lo hice.

—Maldita sea. Ese es un buen ensayo—.

—Sí, papi. Pero no me siento bien con esto—, dije mientras sostenía el papel.

—Tus términos fueron justos: un ensayo para una entrada para el paquete de aceites naturales, un ensayo que detalla lo que el escritor cree que es un buen grupo de yoga—.

—No, papá. Esto es MÁS que eso. Esta es vulnerabilidad—, dije mientras meneaba el papel. —Maryellen Lewis se cortó y derramó su corazón por todo este papel. Me conmueve. No puedo presentarle esto a Awilda o Myraida, pero no sé si se supone que debo hacerlo—.

—Papá dejó escapar un suspiro. —Tienes que trabajar en la redacción de contratos antes de aceptar contratos para investigar—.

—Lo sé. Pero, ¿qué hago?—

—Okey. Nunca le prometiste ensayos a la familia Rojas, les prometiste nombres viables. ¿Tienes eso?—.

—Espera—, dije mientras hojeaba los ensayos. —Tengo dos grandes posibilidades. Dos mujeres vengativas que casi mencionan a Awilda por su nombre—.

—Eso es increíble—, dijo papá. —Oye. ¿Ganará el primer premio Maryellen?—

Me reí en voz alta. —Ganó primer lugar. Quiero acercarme y decirle que es una escritora brillante—.

—¿Quién dijo que no podías?—.

—Pensé en eso. —Tienes razón—.

—Dime, ¿cómo estás? ¿Cómo está el detective?—

Sonreí. —Kevin está bien, papá. Tuvimos una cita maravillosa. Dos de ellos, en realidad...—.

—Un rato después, colgué el teléfono con mi papá y volví a mirar los papeles. Escribí una lista de nombres de escritores de ensayos que probablemente sabían algo sobre Awilda y los íconos que dejaron en

su césped.

Con el ensayo de Maryellen en la mano, hice otra llamada, porque quería otra perspectiva femenina. Angie estaba caminando en un parque cuando atendió mi llamada.

—¿Puedes encontrarte conmigo?— me preguntó.

Negué con la cabeza. —Hoy no, lamentablemente. Tengo cosas que hacer. Sin embargo, ¿tienes tiempo para que te lea un ensayo?—

—¡Me encantan los ensayos! Son el MEJOR tipo de escritura. Antes de que la leas, déjame ir al carro para encender la calefacción—.

—Okey—.

—Diez minutos después le había leído el ensayo.

—Vaya—, dijo Angie. —¡Que escritura tan conmovedora! ¿No crees?—.

—¡Sí! Siento como si Maryellen Lewis necesitaba al grupo más que Awilda. Claro, ella pudo haber hecho algunas cosas malas, ¡pero escuchaste su historia!—.

—¿Qué vas a hacer?—.

—Suspiré. —Hay una persona más con la que puedo hablar sobre esto. Voy a pedir su opinión y luego tomar la mía propia—.

—Llamé a Kevin al trabajo.

—Oye, linda dama—, me dijo.

Sonreí. —Oye, tú. ¿Cómo estás?—

—Ocupado, pero no lo suficientemente ocupado como para no hablar contigo—.

—Me gustaría tu opinión sobre algo —.

—Kevin dejó escapar un suspiro. —Okey. ¿Puede esperar hasta esta noche?—

—Sí—.

—Okey. Terminaré alrededor de las seis—.

—Hasta entonces—.

—Esa noche tuve a Kevin informado sobre mi caso, bebiendo cerveza y comiendo bacalaitos en la mesa de mi cocina.

—Si tan solo todas mis investigaciones fueran así—, dijo Kevin mientras leía un artículo.

Nerviosamente, menee mi pie mientras él leía los ensayos. Cuando terminó, dejó el último papel y me miró.

—¿Qué opinas?— me preguntó.

Me encogí de hombros. —Ahora tengo nombres, mujeres que podrían tener la culpa de dejar los íconos. Pueden ser ellas, o pueden saber quién los dejó. Sin embargo, me quedo con algo nuevo, algo que no esperaba—.

—¿Qué?—.

—Otra víctima, la persona que pensé que era el perpetrador—.

—Las investigaciones arrojan todo tipo de información, bienvenida

y no deseada—.

—He hablado de esto con mi papá y Angie Bonacci, ella es la dueña de la tienda Wicca—.

—¿Qué piensan?—.

—Papá me dijo que no les debo ensayos a mis clientes; lo único que les prometí eran nombres de personas potenciales que dejarían los íconos—.

—Es verdad. Sin embargo, te pagan por hacer un trabajo, no por hacer amistades nuevas—.

—Dejé escapar un suspiro. —Lo sé—.

—Maryellen Lewis aún podría tener la culpa de dejar los íconos. Yo diría que ella jugó una mano en eso. Este ensayo—, dijo mientras señalé el formulario impreso en la parte superior de la pila, —inspira empatía y simpatía. Es un ensayo ganador. ¿Has pensado por qué podría ser eso?—

—¿Porque es una buena escritora?—.

—Claramente. También podría deberse a que Maryellen Lewis quiere ganar algo. Ella quiere ganar una canasta de aceites naturales —, dijo mientras señalaba mi comedor, donde los artículos premiados estaban en mi gran mesa.

—Ave María. ¿Crees que está jugando conmigo?—.

—No. No es personal. Ella tiene talento para escribir y quiere ganar. Pero, ¿por qué escribiría sobre brujería y revelar como acoso a una persona? Eso la pondría en una mala situación—.

—Rodé los ojos. —Me siento tan tonta. Sentí verdadera simpatía por Maryellen—.

—Kevin puso su mano sobre la mía. —¿Marta? Eres brillante. Tienes un regalo; probablemente nunca debiste dejar la policía. Pero lo hiciste—, dijo gentilmente. —No tienes la experiencia que yo tengo. Este caso—, dijo mientras soltaba mi mano y señalaba los ensayos, — está bien para ti. No creo que represente un peligro para ti ni para nadie más—.

—Trague lágrimas. Estaba recibiendo la bendición de Kevin y eso significaba mucho para mí.

—Gracias, Kevin—.

—El asintió. —De nada. ¿Podemos hablar ahora de cosas que no son del trabajo?—.

—Me reí. —Sí—.

—¿Quieres ir al Baile de Primavera conmigo?—.

—¿Baile de primavera?—.

—Kevin gimió. —Es una cosa de policía. Tienes que vestirte bien, y yo también—.

—Sí. Me encantaría ir contigo—.

—Tremendo. Vamos a ver algo en la tele—.

—Buen plan—.

—Nos acurrucamos en el sofá un rato.

—¿Kevin?—.

—Sí.—.

—¿Quieres ir a la misa conmigo el próximo fin de semana?—.

—Kevin se burló. —¿Cómo se supone que voy a decir que no a eso?—.

—Me reí. —Puedes poner una excusa—.

—Iré contigo—.

—Tremendo—.

—Ahora, cállate – por favor. Necesitamos averiguar quién está matando los bibliotecarios—.

—El programa de detectives británicos que estábamos viendo me hizo fruncir el ceño.

—Puedo distinguir los acentos británicos. Incluso escoceses e irlandeses. Pero, ¿qué diablos es el acento de ese tipo? " Dije de un actor que interpretaba a un oficial de policía.

—Galés—.

—¿Puedes distinguirlo?—.

—Sí. Silencio, ahora—.

Gemí, pero lo hice.

A la mañana siguiente, y temprano, hice una limpieza profunda de la mercería de Barney.

—Lo siento, Marta—, lamentó Barney.

Acababa de vaciar la aspiradora por segunda vez.

—Es para lo que me contrataste, Barney—.

—Barney, parado detrás del mostrador, nerviosamente frotó la parte superior de su cabeza calva.

—Mis clientes han notado el polvo. ¡Tengo un señor que viene de Detroit, Michigan a comprar mis cosas! Comentó sobre mi limpieza laxa y me preguntó si necesitaba un referido para un servicio de limpieza—.

—Me levanté y miré a Barney. —¡Oh, Barney! Eso debe haber sido mortificante—.

—Barney asintió. —Si. Fue entonces cuando llamé a mi sobrina nieta y la despedí. Mi sobrina, la mamá de mi sobrina nieta, me llamó y me rogó que le devolviera el trabajo a su hija. Nunca más, le dije—.

Me quedé mirando las telarañas que colgaban de las esquinas y el polvo pegada a casi todas las superficies.

—¿Barney? Déjame llamar a mi próximo cliente. Te daré un par de horas extra. Resolveremos todo esto antes de que abras sus puertas hoy—.

—¿Marta? Yo nunca te dejaré marchar. Nunca más—, prometió Barney.

Deje escapar una carcajada. —Si tan solo mi novio me juraría su lealtad de esa manera—.

—¡Dame su número! ¡Lo llamaré ahora mismo!— Dijo Barney.

Me reí mucho. —No importa eso. Déjame hacer una llamada y volveremos a arreglar las cosas aquí—.

—Eres mi mejor chica, Marta—.

—Fue bueno ser apreciada. Pasé por la casa de Ezra y Jane también. Después, hablé con la Sra. Dean, quien fue mi último cliente del día.

—Oh, Marta. ¿Sólo una semana más?—

Asentí. —Sí. Lo siento. Conozco algunas sirvientas excelentes y confiables que aprovecharían la oportunidad de limpiar para ti—.

—La Sra. Dean gimió. —No sé. Es difícil confiar en extraños. ¿Qué tal esto? ¿Puedes venir quizás dos veces al mes?—

Lo pensé por un minuto. —Sí. Creo que puedo hacer que eso funcione. Podemos reunirnos y me puedes decir qué necesita atención. No puede ser una limpieza de arriba a abajo, sino un trabajo de mantenimiento—.

—Creo que podemos hacer eso.—.

—Gracias, Sra. Dean—.

—Gracias, Marta—.

—El día siguiente conducía a Great Lakes, con los premios para los ensayos ganadores. Para la ocasión, me vestí con ropa de entrenamiento físico que le había facturado a la tía de Awilda. Me propuse entregar la primera canasta de aceites naturales a un participante que no era del grupo de Wicca.

—Nunca gano nada—, dijo la joven mujer con dos niños pequeños envueltos alrededor de sus piernas.

Al instante, me sentí bien por darle un regalo a alguien que no podía darme nada a cambio.

—Tu ensayo fue tan buena. Por favor, sigue escribiendo—, le dije.

—¡Si me da tiempo!—.

—No dejes que te detenga más—, le dije. —Gracias por su ensayo —.

—¡Gracias!— dijo emocionada.

Sabía que tenía que proceder con cuidado para el premio del segundo lugar. La ganadora del segundo paquete, Brandy Hopkins, estaba en la parte superior de mi lista de sospechosas. Tan pronto como le dejara la canasta, estaba segura de que llamaría a Maryellen Lewis para decirle que había ganado un premio.

Entonces, solamente iba a sorprender a una persona. Si le di a Maryellen su regalo primero, podría llamar a Brandy para presumir. Si le di la cesta a Brandy primero, ella se lo informaría a Maryellen. Incluso podría publicarlo en las redes sociales.

Tenía que averiguar de quién podía obtener más información.

—Maryellen o Brandy...—, murmuré mientras estaba estacionada en la gasolinera de la base.

Pensando rápidamente, volví a tomar sus ensayos. ¿Quién tenía los labios más flojos? Releí el artículo de Brandy. Un párrafo en particular me llamó la atención.

—A veces, los grupos tienen que evolucionar. Eso podría significar despedir a las personas no compatibles, por muy incómodo que sea. Los practicantes restantes serán los que ayudarán a que el grupo progrese—.

—Cogí el ensayo de Maryellen para ver si podía encontrar algo tan deslumbrante como eso. No pude. Pensando rápidamente, llamé a Awilda.

—¿Qué puedes decirme sobre Brandy Hopkins?— Le pregunté a ella.

Awilda dejó escapar un suspiro. —Es amigable, pero super tímida. Sin embargo, es muy amiga de Maryellen—.

—¿Qué hace su marido?—.

—Es un FC, como Arturo y como el marido de Maryellen—.

—Bingo. Conduje hasta la unidad de vivienda de aspecto homogéneo que estaba al final de la calle de Awilda. Sonriendo y sosteniendo el paquete en alto, me acerqué a la puerta principal de la casa. Momentos después, una mujer pelirroja y en forma abrió la puerta.

—¡Hola! ¡Oh Dios mío! ¿Se trata de ese ensayo que escribí?—

Por un momento, me sentí culpable por mi engaño.

—Sí. Mi nombre es Alina y trabajo para en Earthen Fitness—, mentí. —Nos alegró mucho recibir su ensayo. De treinta presentaciones, la suya fue la segunda—.

—Brandy rió y aplaudió. —¡Oh Dios mío! ¡Estoy tan emocionada! —.

—Yo también reí. —Pero, ¿puedo hacerte un par de preguntas? Earthen Fitness quiere asegurarse de que tengamos una base sólida de miembros principales antes de comenzar. Las respuestas de los miembros del grupo con experiencia como usted nos ayudarían con eso—.

—¡Oh Dios mío! Si. ¡Por favor, entra!—.

—Sintiéndome como una mentirosa horrible, entré en la casa de Brandy Hopkins. Noté que el hogar estaba un poco desordenado. Había muchos uniformes esparcidos sobre sofás; los juguetes se sentaban debajo de la mesa del comedor y la mesa de café también.

—Por favor, disculpe el revolú—, dijo Brandy mientras empujaba un par de chupetes de un sillón.

—Por favor, toma tu premio—, le dije mientras le entregaba el paquete.

Brandy sonrió y dejó escapar un suspiro mientras me quitaba la canasta.

—¿Puedo abrirlo ahora?—.

—Sí, por favor, hazlo—, sugerí.

Acerqué mi bolsa de gimnasia hacia mí, ya que había prendido la grabadora tan pronto había estacionado.

Con reverencia, Brandy abrió su recompensa. Sentí emociones contrarias mientras observé a Brandy mirando los aceites, uno por uno. Brandy tomó más tiempo oliendo las velas.

—Olor. Es mi sentido favorito—, le dije, ya que quería compartir algo real con ella. —Puede limpiar u ocultar muchos pecados—.

—Brandy asintió. —¡Si! El olor es tan transportador. Un minuto estás rodeado de montones de ropa sucia y uniformes que necesitan parchos, y al siguiente, estás oliendo a coco, parada en una playa cálida—.

—Brandy tapó la vela que sostenía y luego miró los uniformes que la rodeaban. —Mi esposo está trabajando duro para avanzar de rango. Jura que, si puedo coserle los parches correctamente, se destacará—.

—Pobre chica. Quería decir algo de apoyo, pero me recordé a mí misma que estaba jugando un rol.

—No quiero tomar mucho de tu tiempo. ¿Te importa si saco una libreta para escribir algunas de tus sugerencias?—

—Claro—, dijo mientras se sonrojaba.

Saqué mi libreta y un bolígrafo.

—Okey. Pensé que los grupos serían estáticos—, le dije a Brandy. —Pensé que mientras la gente tuviera el mismo objetivo, todos se llevarían bien. ¿No es ese el caso?—.

—Brandy se burló. —No. Eso no aplica a ningún grupo. No en el ejército. No con el Navy ni las esposas del Navy—, dijo mientras negaba con la cabeza.

Asentí. —¿Cómo se puede saber si…un practicante podría mejor satisfacer sus necesidades en otro lugar?—.

—Brandy respiró hondo. —Bueno, ella tiene que ser capaz de ir con la corriente. Siempre hay personas que, por naturaleza, se hacen cargo y deberían estar a cargo. Si alguien va contra la corriente, entonces eso no es bueno. La persona que no puede seguir el ejemplo del liderazgo debe irse—.

—¿Y si esa persona no se quiere ir? ¿Cómo le pides que se vayan sin herir sus sentimientos o afectar la energía del grupo?—.

—A veces tienes que encontrar…una forma pasiva de hacerlo. ¿Quizás implantando una sugerencia? Decirles que se vayan y tal vez encontrar una manera de recordarles que es mejor que no regresen al grupo—.

—Me invadió una sensación de frío. Aun así, asentí y tomé algunas

notas.

—¿Qué haces para restaurar la armonía en el grupo?—.

—Oraciones grupales, en cualquier forma. Muchas reuniones. Tienes que seguir acercándote a las personas que hicieron el corte y se quedaron en el grupo—.

—Entiendo eso, tranquilidad. Eso es inteligente—.

—Brandy sonrió. —Gracias—.

—Luego miré mi reloj. —Sra. Hopkins: muchas gracias por su tiempo y también por la entrada de su ensayo. ¿Puedo tomar una foto tuya con su premio?—.

—Me veo como una mierda—, dijo Brandy.

Negué con la cabeza. —Prometo que la foto solo se utilizará para fines contables, no promocionales—.

—Supongo—, dijo encogiéndose de hombros.

Tomé la foto con mi celular y le di las gracias nuevamente.

—Fue un placer—, dijo mientras se levantaba. —Ahora, sólo tengo que volver a coser parchos—, dijo mientras se frotaba su brazo.

—¿No puedes encontrar una costurera para hacer eso?—.

—Brandy se sonrojó por un minuto. —Sí… pero esos cuestan dinero. Tenemos otras cosas que estamos tratando de pagar—.

—Cada villano tenía una historia triste.

—Espero que disfrutes de los aceites, Brandy—.

—Tú también, Alina. ¡OH! ¿Puedes decirme quién ganó el primer lugar?— Preguntó.

Sonreí. —No puedo, pero es una persona muy cercana—, bromeé. —Gracias de nuevo—.

—Con eso, salí de su casa y regresé a mi auto. En el estacionamiento de la tienda Exchange, escuché la grabación. Afortunadamente, capturé todo. Dejé escapar un suspiro y me dirigí a mi siguiente parada.

Por alguna razón, sabía que tenía que prepararme para Maryellen Lewis. A juzgar por sus escritos, la Sra. Lewis era muy astuta. Me recordé a mí misma mi nombre falso y el nombre de mi negocio antes de recoger mis cosas y dejar mi vehículo.

Con una sonrisa y la enorme canasta de regalos, toque al timbre. Mi sonrisa casi se cayó cuando vi a un hombre uniformado abrir la puerta.

—¿Puedo ayudarte?—.

—Querido Dios. El hombre uniformado era el marido, el Senior Chief Lewis. Mierda.

Me recuperé rápidamente, gracias a Dios. —Hola. ¿Es esta la casa de la Sra. Maryellen Lewis?—

—Lo es. ¿De qué se trata esto?—.

—Hace un par de semanas, mi empresa publicó un concurso de ensayos sobre grupos de aptitud física y lo que los hace funcionar. La Sra. Lewis presentó lo que probablemente fue el mejor ensayo que he leído—, dije con sinceridad.

—¿En realidad?— él dijo.

Entonces me di cuenta de que llevaba una etiqueta con su nombre que tenía muchas letras antes del apellido de Lewis.

—¿Podrías ser su marido?—.

—¿Quién está ahí?— gritó la voz de una mujer desde algún lugar detrás del Sr. Lewis.

—Alguien está aquí con una canasta de regalo. ¿Dice que ganaste algo?—.

—La puerta se abrió más entonces, revelando a una hermosa morena. Maryellen Lewis sonrió tan pronto como vio el paquete.

—¡¿Qué?!— me preguntó mientras se reía.

Yo también me reí. —¿Es usted la señora Maryellen Lewis?—.

—¡Sí!—.

—Escribiste un ensayo espectacular—, le dije. —A todos nos conmovió. No había duda de que serías la ganadora del primer lugar del concurso—.

—Los ojos de la señora Lewis se llenaron de lágrimas y me sentí como una mierda, de nuevo. Luego me recordé a mí misma que le estaba dando un regalo.

—Por favor, tome su premio—.

—Maryellen se rió y tomó la canasta.

—¿De qué se trata todo esto?— preguntó su marido.

Maryellen gimió mientras lo miraba. —No se suponía que lo supieras—.

—¿Por qué?— preguntó.

Maryellen se encogió de hombros. —No sé. Esto es para mí, Chuck —.

—Sintiendo cierta inquietud y una posible salida prematura, rápidamente formulé una pregunta.

—¿Sra. Lewis? ¿Puedo molestarla con algunas preguntas sobre su ensayo? Como dijo el volante, Earthen Fitness está tratando de levantar un grupo sólido. Eso ocurrirá si comenzamos con una buena base. Si pudiera responder algunas preguntas, eso nos ayudaría—.

—El Sr. Lewis parecía cauteloso. Me recordé a mí misma que tenía que recurrir a él si quería que respondieran a mis preguntas. Él era el

macho alfa y necesitaba su consentimiento para estar allí.

—Son pocas las preguntas. Parece que su marido es muy importante y probablemente tiene otras cosas que hacer con usted, así que no le quitaré mucho tiempo—.

—El señor Lewis asintió con la cabeza, pero no se apartó de la puerta. Maryellen puso los ojos en blanco.

—Mi esposo tiene un trabajo secreto y trajo mierda secreta a casa. ¿Está bien si respondemos a tus preguntas aquí en el balcón?—

Prefería estar en su casa, pero no tenía el derecho de demandar eso.

—Por supuesto. ¿Te importa si recupero una libreta y un bolígrafo para escribir tus sugerencias?—

—¿Por qué necesitas escribir esto?— preguntó el Sr. Lewis.

Mierda.

—Porque era un concurso para información—, señaló Maryellen. —Ve adentro, Chuck—.

El Sr. Lewis negó con la cabeza. —No. Estoy curioso y tengo tiempo—.

—Le di una sonrisa nerviosa a Maryellen. —Está bien. Necesito escribir cosas para poder recordarlas. Earthen Fitness es basado en Chicago, y podría olvidar lo que me dice su esposa—.

—El señor Lewis se encogió de hombros. Mientras Maryellen desaparecía con la canasta, recogí la libreta y el bolígrafo. Cuando volvió, le hice otra pregunta.

—Sra. Lewis, ¿tienes alguna experiencia con escribir artículos o ensayos profesionalmente?—.

—Maryellen parpadeó un par de veces. —No. ¿Es eso un problema?—.

—Negué con la cabeza. —Al contrario. Tienes un don para ello. ¿Has pensado en hacerlo profesionalmente?—.

—La Sra. Lewis sonrió. —No—.

—Deberías considerarlo—. Pensé en el consejo de Angie y se lo transmití. —Puedes llamar en frío a los editores de publicaciones en línea y también a las escritas—.

—Maryellen se rió. —¡Quizás debería estar tomando notas!—.

—No te preocupes—, dijo su esposo. —Lo recordaré—.

—Interiormente, tragué saliva. —Su ensayo fue muy vulnerable y conmovedor—, dije, sin querer revelar los escritos íntimos de Maryellen frente al Sr. Lewis. —Pones un rostro muy humano al típico practicante de un grupo de fitness, diablos, a las esposas militares. No tenía ni idea, no teníamos ni idea—.

—El Sr. Lewis miró a su esposa. —¿Que escribiste?—.

—No fue nada—, dijo tímidamente.

Su esposo parecía impaciente y sabía que se me estaba acabando el

tiempo.

—¿Le gustaría saber quién fue el ganador del segundo lugar?—.

—¡Por supuesto!—.

—Brandy Hopkins—, dije mientras sonreía.

No tuve que esperar mucho por una reacción.

—¿La esposa de Mike Hopkins?— Dijo el Sr. Lewis y en tono burlón.

Maryellen puso los ojos en blanco y suspiró. —Pórtate bien—.

—Estoy sorprendido—, fue su respuesta.

Hmm.

—Brandy habló mucho sobre lo importante que es tener cohesión grupal—.

—Eso es importante en todas partes—, dijo el marido.

Maryellen asintió con un movimiento de cabeza.

—Me gustó cómo Brandy se puso a hablar sobre lo incómodo que pueden ser las cosas cuando un miembro ya no es bienvenido en el grupo—.

—Maryellen dejó escapar un gemido. —Sí. Ella diría algo así. Tiene buenas intenciones, pero se pasa—.

—Me estaba frustrando, porque necesitaba más información. Quizás necesitaba parecer más vulnerable.

—Esto probablemente sonará ingenuo, pero pensé que tener un objetivo común sería suficiente para mantener felices a todos los miembros del grupo—.

—Maryellen gimió. —Idealmente, pero no en la práctica. Tienes que tener en cuenta la química grupal—.

—El Sr. Lewis se burló. —Esposas del Navy—.

—Mira, cuando todos reciban un cheque de pago, todos se verán obligados a comportarse lo mejor posible—, le dijo Maryellen a su esposo. —Nosotras amas de casa tenemos que trabajar más duro para llevarnos bien—.

—Supongo—, dijo el Sr. Lewis mientras ponía los ojos en blanco.

Estaba perdiendo a la Sra. Lewis porque estaba discutiendo con su esposo. Rápidamente, anoté lo que dijo.

—¿Qué tan flexible sería en las reglas de admisión? ¿Quién puede unirse, quedarse o salir?—.

—¿Instinto?— Dijo Maryellen.

El Sr. Lewis comenzó a confiar en su propio instinto porque me dio una mirada profunda. Me encontré con su mirada de frente, lo que probablemente fue un movimiento equivocado.

—Estas son preguntas bastante extrañas para un grupo de yoga. ¿Dijiste que viniste desde Chicago para entregar premios?—.

—Asentí. —Sí—.

—¿Por qué no los enviaron por correo?—

Maldita sea.

—La entrada del ensayo fue un concurso, sí, pero también estamos tratando de crear un grupo. Necesitamos información de los miembros de un grupo de acondicionamiento físico para enseñarnos cómo comenzar una buena base—.

—Esto suena incompleto—, dijo mientras sacaba su teléfono celular. —¿Cuál es el nombre de su empresa?—.

—Se me acabó el tiempo.

—¡Maldita sea, Chuck! ¡¿Qué diablos es tu problema?! " Maryellen le ladró.

El Sr. Lewis bajó la mano que sostenía su teléfono celular. —Solo estoy haciendo preguntas. Esto es extraño—.

—Este es MI momento, Chuck—, dijo Maryellen, con la voz comenzando a temblar, "y estás tratando de robarlo—.

—No, Maryellen—, se defendió, aunque sonó arrepentido.

—¡Ni siquiera se suponía que debieras estar aquí! Podría estar hablando de mi grupo de yoga y lo que escribo con...—.

—Alina Martin,— le dije.

—Alina Martin, aquí, ¡pero estás tratando de ser el jefe! ¡Esto es mío!— dijo mientras comenzaba a llorar.

Probablemente podría haber obtenido más información de la Sra. Lewis, pero sabía que era hora de irme.

—Permítanme despedirme, Sr. y Sra. Lewis,— dije.

El Sr. Lewis se movió para cerrar la puerta mientras la Sra. Lewis se secaba los ojos.

—Sra. Lewis?— Dije mientras me inclinaba hacia ella.

—¿Sí?—.

—Escribes muy bien. No dejes de hacerlo—.

—Eso la hizo llorar aún más. Con eso, me di la vuelta y me fui. Conduciendo a casa, me pregunté si tenía suficiente información.

De nuevo en casa, almorcé y volví a leer todos los ensayos. Escuché las grabaciones que había hecho de mis conversaciones con la Sra. Hopkins y la Sra. Lewis.

—Necesito más—, me quejé.

Pensando rápidamente, miré las fotos de los amuletos. Fui a la computadora y amplié la imagen del ícono de la muñeca cosida a mano. Tenía una tela caqui que era familiar. El hilo marrón oscuro tenía un cierto brillo que había visto recientemente.

Fui a mi teléfono celular y miré la foto que había tomado de Brandy Hopkins. Allí, descansando en el cojín del sofá junto a su cadera, había un chupete envuelto con un hilo de un brillo marrón oscuro y oxidado.

—Oh, Wow," dije.

Sin embargo, necesitaba una cosa más. Llamé a Awilda.

—Hola Marta—, dijo.

—Oye, Awilda. ¿Se encuentra Arturo?—

—Sí—.

—¿Puedo hablar con él? Se trata de uniformes—.

—Está bien—, dijo con cuidado.

Unos momentos después, estaba en la línea.

—Este es Arthur—.

—Hola Arthur, habla Marta. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre uniformes?—.

—Por supuesto—.

—Okey. ¿Qué hilo de color se supone que debes usar para coser parchos en un uniforme caqui?—.

—Eso es fácil. Caqui—.

—Asentí. —Okey. Entonces, ¿un hilo marrón de color óxido estaría mal?—.

—Sí. ¿Sabes qué? La esposa de Mark Hopkins le cosió los parchos con hilo marrón. Estaba tan enojado—, dijo Arturo mientras se reía. —Tuvo que volver a coserlos—.

—Me llené de euforia. Con entusiasmo hice un pequeño baile mientras estaba sentado en mi silla.

—Espera. ¿De qué se trata esto?—.

—¿Arturo? Puedes guardar secretos, ¿verdad?—

—Sí, tengo una autorización de seguridad costosa. Puedo guardar un secreto—.

—Okey. Por favor, no repita lo que he dicho sobre este hilo o los uniformes. No hasta mañana por la noche, que es cuando podré presentar mis hallazgos a usted y su esposa—.

—Oh, mierda—, dijo. —¡Encontraste a la persona!—.

—Sí, pero por favor, guarde silencio. Por ahora—, rogué.

—¿Qué es un día más?— dijo Arturo.

Escuché el sonido de un susurro y luego la voz de Awilda llegó en el teléfono. —¡Ay Dios mío! ¿Lo has hecho? ¿La encontraste?—.

—Awilda, encontré la fuente de los íconos. Pero, lo que está afligiendo a su hogar es independiente de los íconos. Déjame compilar un informe completo antes de que tu o tu esposo hagan algo, ¿okay?—

Awilda dejó escapar un suspiro.

—¿Solo hasta mañana por la noche? ¿Puedes hacer eso?— pedí.

—Sí. Mañana por la tarde. Sin embargo, ¿qué encontraste?— Preguntó Awilda, negando su paciente respuesta.

—Lo compartiré mañana—.

—¿Arturo? ¿Qué encontró Marta?—

—Lo sabrás mañana—, le dijo Arturo a su esposa.

Le prometí un mensaje de texto justo antes de colgar, porque Awilda había comenzado a gritarle a su marido. Pensando

rápidamente, me subí a mi computadora y anoté todas mis notas sobre el caso. Después de eso, llamé a Myraida, la tía de Awilda.

—Hola, Marta. Vi ese texto sobre la ropa que tenías que comprar. ¿Voy a recuperar esa ropa si te pago?—

Puse los ojos en blanco. —No. Esos son gastos relacionados con el trabajo. Me quedo con la ropa y me reembolsarás el dinero—.

—Myraida dejó escapar un suspiro. —Bueno, no sé cómo funcionan estas cosas—.

—Lamento si yo, o mi madre, no le dijimos que podría haber gastos—. En realidad, le dije a Myraida sobre los excesos, pero no iba a mencionar esa discusión. —Me debes $97.94. Tan pronto como vea ese dinero en mi cuenta, le diré la conclusión de mi caso—.

—¡Oh! ¡Dímelo y te enviaré el cheque mañana!—.

—No. Myraida: esto es un negocio. Necesito ese dinero. Te llamaré tan pronto como le des el dinero a mi madre—.

—¿Le has contado a mi sobrina tus hallazgos?—.

—Negué con la cabeza. —No. Los aprenderá mañana, si recibo el pago de usted—.

—Sabes, pensé que eras una buena mujer de negocios—.

—Genial, dije sarcásticamente.

—Lo soy. Como soy una buena mujer de negocios, voy a colgar ahora. Te llamaré con mis hallazgos tan pronto Mami me avisa que ha recibido tu pago. Qué tengas buenas noches—.

—Con eso, colgué. Pensando rápidamente, revisé mis notas y las fotografías que había tomado. Estaba bastante segura de que Brandy Hopkins era la creadora de los amuletos que habían llegado al césped de Awilda y Arturo. Sin embargo, no estaba claro qué papel desempeñó Maryellen Lewis.

El hecho también era que la casa de Awilda probablemente todavía estaba embrujada. ¿Qué podía hacer yo al respecto?

Bajé al apartamento de Justa. Me saludó con una sonrisa y me invitó a tomar un café. Le conté mis hallazgos y mis preocupaciones restantes mientras tomábamos café y galletas.

—Awilda necesita que alguien vaya allí y ore por su casa. Déjame llamar a mi prima—.

—Gracias—, dije antes de tomar un sorbo de café.

Doña Justa habló español con su prima y luego se volvió hacia mí.

—Ella puede ir contigo a Great Lakes mañana por la noche—.

—Oh Wow. ¡Qué generosa!—.

—Esa noche mamá me llamó.

—Mira, Myraida pasó por acá y me dio $ 100. Me dijo que te dijera que te quedaras con el cambio. Transferiré dinero a tu cuenta ahora mismo y me quedaré con el efectivo—.

—Recientemente le había dado a mi madre mi número de cuenta

bancaria de investigación, así como los derechos de herencia. ¿Quién sabía lo que me podría pasar?

—¿Te hizo pasar un mal rato Myraida?— Le pregunté a ella.

—Algo así, pero le dije que esto era un negocio, y que tú no trabajabas de gratis—.

—Gracias mami—,

Rápidamente, llamé a Myraida.

—Dime lo que sabes—, dijo, rápidamente yendo al grano.

Luego le informé de todo lo que había ocurrido desde la última vez que hablé con ella. Le dije que Brandy y Maryellen eran las fuentes probables de los iconos.

—Buen trabajo, Marta.—.

—Gracias. Iré allí mañana con una ex monja. Ella va a orar por Awilda y su casa—.

—Gracias a Dios—, dijo Myraida, sonando aliviada.

Llamé a Kevin esa noche y le informé de todo lo que había sucedido.

—Vaya, Marta. Ese es un trabajo estelar—.

—Me sonrojé por el cumplido. —Gracias—.

—Sintiéndome exhausta, me froté la cara con las manos y solté un bostezo.

—¿Soy tan aburrido?—.

—Negué con la cabeza. —No. Estoy simplemente agotada. Y no he terminado. Todavía tengo que conducir a Great Lakes mañana por la noche, y con una ex monja, que va a orar por la casa de Awilda—.

—Guau. Servicio completo. ¿Qué tal si te visito mañana por la noche? Entonces puedes contármelo todo—.

—Sonreí. —Sí. Eso suena bien—.

—Con eso, colgué. Mientras limpiaba la casa de Jane a la mañana siguiente, llamé a Angie y le conté lo que había descubierto.

—Vaya, Marta. ¡Tremendo!—.

—Gracias. Iré allí mañana con una monja para tratar de solucionar el inquietante problema—.

—Estoy segura de que será de ayuda—.

—No podría haber hecho esto sin tu ayuda, Angie—.

—Angie se rió. —Fue un placer, Marta. ¿Seguimos siendo amigas? —.

—¡Absolutamente! ¿Te quieres reunir para un almuerzo la semana que viene?—

—¡Sí!—.

—Esa tarde, conduje al hogar de ancianos donde residía Adelaida. Después de registrarme y firmar documentos y permisos, me llevaron a una pequeña habitación en el primer piso. Allí, una pequeña mujer de cabello blanco me saludó.

—Tú debes ser Marta—, dijo mientras me abrazaba.

—¡Sí! Tu inglés es tan bueno—, le dije mientras le devolvía el abrazo.

—Yo era monja aquí, en Chicago—.

—¡Oh! Supuse que eras monja en Puerto Rico—.

—Adelaida agarró su suéter y su bolso. —Déjanos ir. Le contaré mi historia en viaje a Great Lakes—.

—Adelaida me agarró del brazo mientras la acompañaba a través de la residencia de ancianos. Allí, algunas enfermeras y algunos residentes le desearon una velada divertida.

—No vivo aquí a tiempo completo. Me caí mientras limpiaba mi casa; mis hijos y mis hijastros vienen a verme todas las noches. Vivo con mi hija Annabelle; está tan ocupada con sus hijos y nietos. Volveré allí el próximo mes—.

—Parece que estás en buena compañía—.

—Adelaida sonrió. —Sí. Alexander y yo hicimos hermosos niños—.

—¿Alexander?—.

—Sí. Mi esposo falleció hace cinco años. Éramos muy felices—.

—Las palabras tiernas de Adelaida me llenaron de calor. Guardé mis preguntas para cuando estábamos en mi carro y conducíamos hacia el norte.

—¿Doña Justa me dijo que conociste a su esposo cuando eras monja?—.

—Sí, lo hice. ¡Estaba en Polonia cuando lo conocí!—.

—¿Qué?—.

—Sí. Quería visitar la gran nación católica de Polska. Alexander y sus hijos fueron mis guías turísticos. Me enamoré de todos ellos. Alex tenía primos en Chicago. Vino aquí para ver a su familia y a mí. Oré sobre qué hacer. Tenía que hacer una vida con él. Qué buena vida fue —.

—Las lágrimas llenaron mis ojos.

—Eso es hermoso, Adelaida—.

—Sí. Pero mi trabajo no ha terminado. Cuéntame más sobre Awilda y Arturo—.

Le conté todo lo que había sucedido hasta ahora. Diez minutos después, estábamos fuera de la casa en Great Lakes.

—Sí. Puedo ayudar a Awilda. La Santa Madre me ayudará a ayudarla—, dijo Adelaida.

Pronto, Awilda y Arturo nos recibieron en la puerta.

—Hola, hermana Adelaida—, dijo Awilda. —¡Gracias por venir!—.

—Adelaida se rió. —Es la Sra. Kowalski ahora, pero gracias. ¿Podemos entrar?—

—Sí—, dijo Arturo. —Entra, por favor—.

—En la sala de estar estaban sentados Chayanne y Dagmar, los

hijos adolescentes de Awilda y Arturo. Rápidamente, Arturo nos presentó a ellos.

Sorprendiéndome, Adelaida se acercó a Dagmar y se sentó a su lado.

—Hola, mamá—, dijo Adelaida. —¿Cómo estás?—.

—La linda muchacha de pelo largo y rizo se sonrojó y sonrió. —Estoy bien. Creo—.

—Adelaida tomó la mano de Dagmar y la sostuvo. —Dime. Escucharé. La Santa Madre y el Padre también escuchan—.

Los ojos de Dagmar se llenaron de lágrimas. Se las secó de la mejilla, pero no dijo nada.

—¿A veces, cuando estamos bien? Las cosas malas se ponen celosas —, explicó Adelaida. —Vienen tras nosotros. Con la ayuda de Dios y la Santísima Virgen, puedes luchar contra las cosas malos—.

—No sabía que eran real. Solo pensé que eran mis sueños—, dijo Dagmar mientras sollozaba.

—¿Dagmar? ¿Qué está pasando?— preguntó Awilda.

Adelaida levantó la mano hacia Awilda en un movimiento de detención. Arturo me miró un rato y luego volvió a mirar a Adelaida. Incluso Chayanne, el hermano de Dagmar, parecía preocupado.

—Los sueños empezaron bien—, dijo Dagmar mientras se secaba algunas lágrimas. —Fueron amables. Divertidas. Gente amable se acercaron a mí y me pidieron ayuda. Pero luego vino gente aterradora. A veces no me dejan dormir. ¡Y estoy tan cansada!—.

—Awilda se hundió en sollozos, entonces. Adelaida la abrazó.

—Está bien, Mamita. Vamos a terminar con esto esta noche. Si las cosas malas vuelven, te voy a enseñar cómo hacer que se vayan—.

—Awilda empezó a llorar, mientras Adelaida y Dagmar rezaban con fervor. Pronto, todos nos unimos a las oraciones. Con agua bendita y aceites, Adelaida ungió a Dagmar. La ex monja luego fue a su habitación y a todos los espacios de la casa.

—¿Si me permitieras pasar un rato con Dagmar?— Adelaida preguntó a Awilda. —Solo quiero mostrarle algunas oraciones en la habitación donde duerme—.

—Por supuesto—, dijo Awilda.

Pronto, todos esperamos en el comedor. Quince minutos después, Adelaida se unió a nosotros.

—Dagmar quiere hablar con ustedes, Arturo y Awilda—.

—Rápidamente, los padres se dirigieron a la habitación de su hija. Adelaida miró a Chayanne.

—No lo sabía—, dijo Chayanne mientras se le quebraba la voz. —No sabía que estaba pasando algo. Pensé que era solo estrés por mudarnos aquí. O chicos en la escuela, o tratando de encajar con otras muchachas. Le pregunté, pero ella no confió en mi—.

—Es difícil hablar de cosas aterradoras, cosas que crees que otros no entenderán. No es tu culpa—, Adelaida dijo mientras trataba de calmar a Chayanne.

Chayanne se quedó callado un rato. —¿Esto la va a ayudar?—.

—Adelaida asintió. —Sí, pero las oraciones deben continuar. Necesitan rezar mucho. Tus padres también, y tú al igual que tu hermanita—.

—Con Dagmar en la cama, y durmiendo profundamente (según sus padres) el resto de su familia, Adelaida y yo, nos sentamos a la mesa para comer galletas y tomar café.

—¿Qué está pasando con mi hija?— preguntó Arturo.

—Sí, por favor díganos—, suplicó Awilda. —Pensé que mis problemas con los amuletos y el grupo de yoga eran importantes. ¡No lo son! La salud de mi hija es lo que importa—.

Adelaida tomó un sorbo de café y luego asintió. —Dios imparte diferentes dones a diferentes personas. Dagmar tiene un poco de la vista. La visitan en sueños. Le llegan buenos y malos espíritus. Pero todos dan miedo—.

—Querido Señor—, dijo Awilda. —Mi pobre niña—, dijo mientras comenzaba a llorar.

—¿Es eso real?— preguntó Arturo.

Me sentí ofendida por Adelaida. Habló antes de que pudiera defenderla.

—No puedo convencerte de la verdad, y no lo intentaré. Lo que te diré es que tu hija está asustada y agotada. Las oraciones y la fe la ayudarán a construir una base sólida para luchar contra lo que está sucediendo ahora y lo que podría suceder en el futuro. ¿Es eso algo que puedes seguir?—

Arturo asintió. —Sí. Yo puedo hacer eso—.

—Aun así, la sensación de la habitación era de miedo y preocupación. Pensando en disipar eso, hablé.

—Estoy tan feliz de que Dagmar esté durmiendo en su habitación —.

—Tú y yo las dos—, dijo Awilda mientras se secaba las lágrimas.

—Tengo respuestas más concretas sobre el grupo de yoga y los iconos—.

—¡Por favor! Dime —suplicó Awilda.

Saqué mi libreta y miré dónde había organizado mis notas.

—Me gusta decir a mis clientes que existe fuertes sospechas, y existe evidencia—, dije mientras señalaba mis notas. —Cuando una persona tiene evidencia, puede actuar. Sospechas no son tan concretos como lo es la evidencia—.

—Arturo asintió. —Eso suena correcto. Actúas sobre la base de los hechos, no de las sospechas—.

—Sí—, le dije. —Tú y tu tía—, dije mientras me volvía hacia Awilda, —me contrataron para averiguar la fuente de los amuletos y el estado de su hogar. Con suerte, y con la ayuda de Adelaida—, dije mientras señalaba a la amable mujer que comía galletas, "vamos en camino de resolver los problemas en su hogar. En lo que respecta a los iconos, tengo pruebas que apuntan a un culpable—.

—Recuperé una imagen del amuleto cosido de mi bolso y una imagen ampliada de hilos envueltos alrededor de un chupete. Se los presenté a Awilda y Arturo. Luego proporcioné otra imagen ampliada de una camisa de uniforme que estaba recostado por la parte detrás de un sofá. La etiqueta con el nombre, Hopkins, estaba bordada con un hilo marrón brillante.

—Oh, vaya—, dijo Arturo.

A continuación, presenté una foto de una sonriente Brandy Hopkins posando con su canasta.

—La cogiste—, dijo Awilda mientras sonreía.

Asentí. —No hay forma de que pueda obtener una confesión por lo que hizo. Nadie es tan tonto como para incriminarse de esa manera—.

—Les presenté una breve transcripción de la grabación de Brandy Hopkins, así como un párrafo de su ensayo.

—¡Es una pistola humeante!— Awilda dijo mientras sonreía.

Arturo negó con la cabeza. —No. Es fuerte evidencia, pero no es una confesión. Aun así, esto es más de lo que necesito—.

—¿Qué vas a hacer?— preguntó Chayanne.

—Diplomacia. Intentaré resolver todo esto sin llamar atención—.

—¿Cómo?— preguntó Awilda. —¿Vas a enfrentarte a Mark Hopkins? ¡Porque necesitas hacerlo!—.

—Ay, ay, ay. Awilda quería sangre.

—Hay más—, dije. —También entrevisté a Maryellen Lewis. Su marido estaba presente—.

—No me digas—, dijo Arturo mientras dejaba la transcripción.

Asentí y me rasqué la frente por un momento. —El Señor Lewis es inteligente. Me preguntó sobre el paquete. Me preguntó cómo me beneficiaba en otorgar un premio en persona en vez de mandar el premio por el correo. También expresó una opinión menos que estelar con respecto a Brandy Hopkins. Maryellen Lewis —me interrumpí por un momento.

De mi bolso, saqué una transcripción de mi conversación grabada.

—Maryellen Lewis dijo que Brandy Hopkins llevaba las cosas 'demasiado lejos'—, cité al aire. —Eso me lleva a creer que ella sabe lo que hizo Brandy Hopkins. Si yo fuera una persona que apostara, diría que Maryellen probablemente no era fanática de la idea de los amuletos—.

—Awilda negó con la cabeza y se frotó los ojos. —Como quisiera

tener respuestas más concretas—.

—¿Quién va a confesar esto?— Arturo preguntó a su esposa. —Nadie, ese es quién—.

—¿Por qué discutes conmigo sobre esto? ¡Pensé que estabas de mi lado!—.

—¡Estoy de tu lado! Solo quiero que reconozcas que es posible que no obtengamos las respuestas que queremos. Pero tenemos mucho con lo que trabajar—, dijo Arturo mientras agitaba los papeles.

Awilda negó con la cabeza y miró hacia otro lado.

—¿Puedo hacer una sugerencia?— Intervine.

Arturo y Awilda miraron en mi dirección. —Por supuesto—.

—¿Arturo? Quizás te puedas acercar a Charles Lewis con estos hallazgos. Apuesto que no tiene idea de lo que su esposa ha estado haciendo. Y si es católico, bueno, va a estar bastante enojado por eso. Pero si le llevas esto y le das la oportunidad de limpiar su casa, se lo agradecerá. Si le pides ayuda en tratar con el esposo de Brandy Hopkins, crearás un aliado en él. Mark Hopkins incluso podría beneficiarse de esto—.

—Puedo apreciar eso,— dijo Arturo mientras asentía. —Bien saliendo de una mala situación—.

—Es genial que te llevas bien con tus compañeros de trabajo y esa mierda, pero ¿dónde me deja eso?— Awilda dijo.

—¡Sin amuletos en el césped y que mi hermana no esté hechizada! — Chayanne dijo enojado.

Awilda y Arturo miraron a Chayanne.

—¡Estoy cansado de tu drama! ¡Ustedes dos!— Dijo Chayanne. —Mami, te enojas tanto y te gusta estar enojada. ¡Papi, nos arrastras por el mundo como si fuera nada!—.

—Awilda pareció avergonzada; Arturo parecía horrorizado.

—El matrimonio no es una cosa fácil—, comentó Adelaida. —El amor es genial, pero no lo es todo. También hay comunicación, respeto y necesidades. Tus padres están haciendo lo mejor que puedan —, dijo Adelaida a Chayanne.

—¡Pueden trabajar más duro!— Dijo mientras se frotaba los ojos con enojo. —Mi hermana está sufriendo y no pueden verlo. Papi está tan consumido con la mierda del Navy, y mami está encabronada todo el tiempo—.

—Arturo intervino. —Tu madre está enojada porque, como tú, no le he dado muchas opciones. Te quiero a ti y a Dagmar más que a nada, pero me casé con tu madre. Ella es mi compañera. Estamos sacrificando ahora para que algún día, Awilda y yo no tengamos que trabajar duro. Podemos simplemente relajarnos y divertirnos. Como hicimos antes de que aparecieran ustedes dos—.

—Chayanne se burló y Arturo se rió. Incluso Awilda estaba

sonriendo.

—¿Qué vas a hacer?— Pregunté, rompiendo el estado de ánimo alegre.

—¿Qué vas a hacer?— Awilda preguntó a Arturo.

Arturo sostuvo las fotos y las miró fijamente.

—Creo que tu consejo es acertado. Voy a hablar con Lewis sobre esto, pero discretamente y fuera del horario del trabajo. Sin embargo, primero iré a las oficinas legales del Navy para familiarizarme con los reglamentos contra acoso—.

—Necesito que los íconos se detengan, Arturo,— insistió Awilda.

—Estoy trabajando en eso, Awilda—, insistió. —Además, ahora sabemos por qué la casa se ha sentido tan extraña—.

—Tienes razón,— dijo su esposo.

Me volví hacia Awilda.

—Creo que resolví su caso, Awilda. Sabemos cómo detener los amuletos y sabemos por qué su casa se vio afectada—.

—Sí. Ya hace más calor—, dijo Chayanne mientras sonreía.

Le devolví la sonrisa.

—No debes cometer el error de bajar la guardia—, dijo Adelaida.

Todos volvieron a ponerse serios, incluyéndome a mí.

—Te he prestado mi fortaleza de oración esta noche—, dijo Adelaida. —Pero necesitan construir su propria fortaleza de oración, cada uno de ustedes. Interceder es el trabajo de la Santa Madre. Lo hará, pero tiene mucho que hacer en todo el mundo. Ore a ella y su hogar seguirá siendo un lugar seguro para Dagmar—.

—Awilda asintió. —Rezaré esta noche. Mañana también. No me detendré—.

—Ninguno de nosotros nos detendremos—, prometió Arturo.

Adelaida dijo una oración más en la casa antes de excusarse y esperar en el auto. Awilda me acompañó afuera y discretamente cerró la puerta detrás de nosotros.

—¿Está hecho, crees?— me preguntó.

—Eso espero. Se requiere acción por parte de Arturo, y la suya, en lo que respecta a las oraciones—.

—Awilda dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza. —Arturo sigue atrayéndome. Está comprometido con nosotros como familia, incluso cuando estoy lista para coger a mis bebés e irme—.

—Sonreí. —Creo que tal vez Arturo echa de menos el tiempo privado contigo. Tal vez, una vez los niños crezcan, te divertirás de nuevo—.

—Awilda sonrió. —Sí. Sin embargo, todavía son algunos años y no me voy a hacer más joven. No. Tiene que dejar el Navy a los veinte años. Si quiere que lleguemos a cincuenta años de casado, la hará—.

—Eso suena razonable para mí. Espero que funcione para ti—.

—Gracias de nuevo, Marta—.

—Fue un placer. Y por favor, ¿podrías tú o tu tía decirme qué sucede? Me encantaría saber que todo sale bien al final—.

—En el camino de regreso a Chicago, le pregunté a Adelaida cómo sabía que Dagmar, la hija de Awilda y Arturo, era la que estaba teniendo problemas.

—El Espíritu Santo me dio un codazo. La experiencia fue el resto. La pobre niña se veía tan agotada—.

—Tienes razón—, me compadecí.

Nos quedamos calladas un rato.

—Espero que la familia de Dagmar la cuiden, al igual que a ellos mismos—, dije.

—Sí. Muchas metáforas explican cómo enseñar a las personas a cuidar de sí mismas—.

—Espero que sigan adelante—.

—Yo también. Rezaré por la familia Rojas, pero ellos tienen que construir sus propias fortalezas de oración—.

Suspiré. —Estoy rezando por mi vida también—.

—Se nota—, dijo Adelaida con una sonrisa.

Se me ocurrió una idea.

—Oye. ¿Le gustaría cenar en el restaurant Olive Garden? Yo invito —.

—Adelaida rió. —Sí. ¡Amo el Olive Garden!—.

—Adelaida Kowalski y yo nos reímos mientras cenábamos juntas. Me contó historias de su juventud en Ceiba, Puerto Rico, y de algunas de las cosas interesantes, inspiradoras y aterradoras que había visto cuando era monja.

—He vivido una vida encantadora. Ser monja fue gratificante y mi vida con Alexander fue maravillosa—, dijo. —No cambiaría nada—.

—Después de dejar a Adelaida en su habitación en el asilo de ancianos, llamé a Kevin.

—Oye. Andas tarde—, dijo mi novio. —He estado estacionado fuera de tu casa por diez minutos—.

—Lo siento. Tuve que dejar a un amigo en un hogar de ancianos—.

—¿Otra nueva amiga? Estás haciendo muchas de esas—.

—Me reí. —Lo estoy. ¿Qué tan maravilloso es eso? —.

—Y lo era.

—Jesús. ¿Qué te hizo esa bañera? preguntó una voz.

Miré hacia la puerta del baño, donde estaba Jane Knight.

Dejé la esponja que había estado usando. —Lo siento. Me distraje. Me desquite con tu bañera—.

—¿Queda algo de esmalte, o lo borraste?—.

—Sí, queda, pero ¿qué tipo de bombas de baño estás usando? Están dejando un anillo de aceite dentro de la bañera—.

—Jane se encogió de hombros. —Algunas cosas caras. No sé. Me enviaron uno de esos paquetes de suscripción mensuales de autocuidado para mujeres—.

—¿Te gustan esas cosas?—.

—Mi hermana me dio una suscripción como regalo de Navidad. Me gustan algunos de los obsequios. Lo demás son rellenos—.

—¿Qué piensas sobre eso, sobre el cuidado personal?—.

—Jane respiró hondo y luego lo soltó. —Es importante, creo. Te hace dejar de correr y te obliga a estar en el presente—.

—Necesito pensar en eso—, dije mientras miraba el estropajo que había estado usando.

—¿Qué te ha distraído?—.

—Este fin de semana, se suponía que iba conocer los padres de Kevin. Ellos cancelaron—.

—Okey. ¿Por qué te tiene de mal humor?—.

—Me preparé emocionalmente y psicológicamente para esa cita. Incluso compré un atuendo. Luego, Kevin me llama y me dice que sus padres se van a Michigan para unas vacaciones de último minuto, pero que los conoceríamos pronto—.

—¿Crees que está mintiendo?—.

—¿Kevin?— Dije mientras levantaba las cejas. —No. No lo creo, al menos. Ponernos serios significa conocer a sus padres. Pero tengo miedo de que no quieren conocerme, y que no me tomarán en serio—.

—Si te quedas con Kevin, sus padres tendrán que tomarte en serio —.

—Comencé a limpiar la bandeja de jabón que estaba pegada a la pared de azulejos.

—Oye. ¿Quieres saber algo raro?—

—Dispara—, dije mientras miraba en su dirección.

—¿Ezra Lipschitz? ¿Tu nuevo cliente?—

—Sí—.

—Él es lindo—.

—Me reí. —Sí. Supongo que sí—.

—Estaba aburrida, así que hice una investigación de antecedentes sobre él—.

—Mi sonrisa decayó y negué con la cabeza. —¿Jane? Eso es jodidamente extraño. ¿Por qué harías eso?—.

—Bueno, sí quiero que Ezra salga conmigo, necesito saber sobre él, ¿verdad?—.

—Me burlé. —¿Qué tal si conoces a Ezra a la antigua? ¡Dale la oportunidad de revelarte cosas!—.

—Jane rió. —¿Te has olvidado en qué década vivimos?—.

—¡Espeluznante, Jane! ¿Te dice alguien cuando estás siendo espeluznante?—.

—No. Para eso te pago—.

—Fue agradable escuchar eso. Jane continuó hablando.

—Sin embargo, si él es el genio de la ingeniería que dices que es, estoy segura de que también me investigaría—.

—¿Qué encontraría?— Yo pregunté.

Jane se rió. —¡Nada!—.

—Yo también me reí.

—Bueno, tal vez los hallazgos en un par de mis casos judiciales y mi hermosa cara, pero eso es todo—.

—Por supuesto—.

—Entonces. ¿Quieres saber qué es raro?—.

—Me reí en voz alta. —¡Oh! ¿Aún no habías llegado a eso?—

—No, todavía no. Lo raro es donde vive Ezra. Las casas a ambos lados de su calle están construidas sobre lo que solía ser bares clandestinos de los años veinte. Había túneles que conectaban los viejos edificios. Sobre esos bares se construyeron las casas. Solo me enteré de eso revisando registros de casos antiguos—.

—Wow," dije, mientras millones de imágenes diminutas se fusionaban para formar una imagen más grande en mi cabeza.

—Lo sé—.

—¿Realizaste esa investigación durante tus horas facturables?—.

—Jane se rió. —Parcialmente. No es mi culpa que mi cliente haya tenido que reprogramar una cita en el último momento posible—.

—Antes de dejar el apartamento de Jane, le hice una pregunta.

—¿La casa de Ezra estaba conectada a los bares clandestinos?—.

—Jane negó con la cabeza. —No. Su casa tuvo un problema de cimentación en los años ochenta. Construyeron todo desde cero, de nuevo—.

—Pensé en otra pregunta.

—¿Quieres que te mencione en una conversación con Ezra?—.

—Jane asintió. —Creo que es el momento—.

—¿Qué hay de Tim?—.

—Jane dejó escapar un suspiro lento. —Él tiene una novia—.

—Mierda—.

—Sí. Eso es lo que dije—.

—Cerré la puerta de la cocina que daba al exterior y la miré.

—Cuéntame sobre eso.—.

—Pensé que tenías que irte—, dijo Jane mientras parpadeaba mucho.

—No. El negocio de Jamie está cerrado durante el día. No sabrá si llego tarde—, mentí.

Veinte minutos después estaba en la carretera. En la casa de empeños, le pedí disculpas al propietario por llegar tarde.

—Está bien, Marta—, dijo Jamie mientras tomaba café y leía un periódico.

Sin embargo, quería darle algo.

—Es difícil no hacerme amiga de mis clientes residenciales. Llegué tarde porque quería escuchar a alguien—.

—Jamie dejó su taza de café y me miró.

—¿Tu amiga está bien?—.

—Asentí. —Sí. Ella está pasando por un divorcio que no es tan limpio como parece. Sin embargo, es una profesional. Rica, hermosa y muy inteligente. Creo que ella piensa que eso debería hacer que sea más fácil superar la angustia que está sufriendo—.

—Jamie se frotó el codo mientras miraba al vacío. —Supongo que su física y su trabajo la ayuden—.

—No lo sé—, dije mientras me dirigía al armario de la limpieza. —Pero la escucharé—.

—Eres una buena persona, Marta—.

Me reí. —Gracias, Jamie. Te dejaré con tu periódico mientras recupero el tiempo aquí—.

—Okey—.

—Sintiéndome mal por mi tardanza, limpié el baño de los empleados y del baño de clientes, que no estaban en mi agenda del día. Después de eso, rápidamente quité el polvo de los estantes, barrí, mapie y pasé la aspiradora. Cuando terminé, le dije adiós a Jamie y luego me dirigí a Barney's.

—¡Marta! ¡Hola!— Dijo Barney mientras me sonreía.

Le sonreí. —Lo siento, llego tarde—, le dije.

—Cinco minutos de tardanza no es nada—.

—No para un marinero como tú—, dije mientras señalé a una foto de un Barney de aspecto más joven con su uniforme azul del Navy, que probablemente se remontaba al menos a cincuenta años.

Barney se rió. —Quizás—.

—Seré rápida y limpiare bien—, dije mientras corría hacia su armario de limpieza.

Lo hice en un tiempo récord. Después de eso, rápidamente me dirigí a la casa de Ezra. Desafortunadamente, llegue demasiado temprano.

—Tomare un break—, dije mientras miraba el vecindario de Ezra desde mi carro.

Podría haber entrado a la casa, pero tenía la regla de no llegar más de treinta minutos temprano para un trabajo de limpieza. Pensando rápidamente, agarré un lápiz y mi libreta de mi cartera, que se encontraban en el asiento trasero de mi vehículo.

Después de eso, fui a mi teléfono celular, donde había guardado enlaces de direcciones del internet a las casas que no estaban a la venta. Considerando la información que me dio Jane, dibujé un mapa de la calle y de las esquemáticas de las casas. Intenté insertar túneles en mi dibujo. Me imaginaba que quizás existían esas conexiones.

Desde el año 1920 hasta el año 1933, no se podía producir ni comprar alcohol en los estados unidos. Aunque la prohibición retardó el consumo del alcohol, no lo paró.

—La gente van a beber – leyes o no—, murmure.

Comparé las fotos del hombre con los artículos pirateados al balcón de la casa que tenía en frente de mí.

Iba genial – forme opiniones e ideas sobre lo que estaban pirateando en las cosas, y como lo estaban moviendo. Toda iba bien, hasta que alguien toco la ventana de mi carro. Sonreí, pensando que era Ezra, haciéndome saber que llegaba tarde.

No fue Ezra. Era un oficial de policía.

Mierda y mierda.

Dejé escapar un suspiro, una maldición, y luego bajé la ventana.

—Hola, oficial—, le dije al hombre vestido en azul.

—Señora. Alguien llamó para reportar una mujer sospechosa sentada en un automóvil—.

—Qué curioso. Me pregunté si fue el pirata que me reportó a la policía.

—Lo siento, oficial. Mi nombre es Marta y soy la criada de Ezra Lipschitz. Vive en el 4256 justo ahí —dije mientras señalaba la casa. —Llegué un poco temprano—, dije mientras señalaba mi reloj, "así que pensé en pasar el rato aquí antes de limpiar allí—.

—El policía le mencionó el nombre y la dirección de Ezra a otro policía. Un par de segundos después, regresó a mi ventana.

—Bueno, verificamos la dirección y el dueño de la casa. Sin embargo, si eres su sirvienta, ¿Por qué no pasaste a su propiedad?—.

—Puedo mostrarte las llaves si quieres. Están en mi bolso—.

—No tienes que hacer eso, pero ¿por qué no pasaste a la casa para limpiar?—.

—Tengo una regla de no entrar en las casas de los clientes más de treinta minutos antes de mi horario de limpieza programado. Puede que estén haciendo cosas privadas—.

—Sin embargo, el policía siguió mirándome. El oficial se inclinó y miró lo que estaba en mi libreta de notas.

—¿Qué estabas dibujando, señora?— me preguntó.

Mierda y mierda y mierda, maldije mentalmente. Me quedé mirando mi parabrisas durante unos segundos.

—Necesito llamar a mi abogada—.

—Al instante, el policía se puso rígido.

—No estás bajo arresto. Solo estamos hablando—.

—Necesito llamar a mi abogada—, repetí.

—Sal del carro, por favor—.

—Maldita sea.

Capítulo Quince

Los oficiales corteses me llevaron al precinto local. No estaba detenida, pero tampoco les diría nada, salvo por el hecho de que tenía que llamar a mi abogado. Me prometieron que mi carro no sería multado ni remolcado, así que los acompañé.

Seguía callada. Por eso me metieron en una sala de conferencias. Mientras estaba allí, hice una lista mental.

1. ¿En cuántos problemas estuve? Probablemente ninguno.

2. Si estuviera en problemas, ¿podría salir de ellos? Si.

3. ¿Jane me representaría? Si. Especialmente si le daría una introducción con Ezra.

4. ¿Dejé cosas privadas de investigación en el vehículo? No, no lo hice, gracias a Dios.

5. ¿Quién me reporto? Probablemente un entrometido. ¿Pero quién? Alguien en una de las casas de botín clandestino, tal vez.

6. ¿Por qué sospecharon de mí? Solo me había sentado fuera de la casa de Ezra seis veces, y no por mucho tiempo.

7. ¿Los piratas podrían tener el mismo tipo de configuración de seguridad que tenía Ezra? Quizás.

8. ¿Qué les hizo sospechar de mí? Honestamente no tenía idea. Quizás me vieron anotando cosas en una libreta.

Estaba a punto de agregar mi octava preocupación a mi lista, pero esa línea de pedido entró en la habitación.

—¿Marta? ¿Qué carajo?— Ladró el detective Kevin Connelly.

Mierda y mierda.

—Estoy tan sorprendido como tú—, le dije.

—¡Embustes!— él dijo.

Gemí y me recosté, verificando si alguno de los policías locales podría estar espiando a través de una ventana. Había dos.

—¿Podemos tener algo de privacidad aquí?—.

—¡No! ¿Por qué mereces la privacidad? " Ladró el detective Connelly.

—No estoy bajo arresto. Puedo irme de aquí—, protesté. Conocía mis derechos.

—Te habrían dejado ir si hubieras respondido a las preguntas de la policía en lugar de preguntar por tu abogado—.

—Apoyé la cabeza en mis manos y reflexioné un poco sobre las cosas. Dejé escapar un suspiro.

—Okey. Estoy lista para hablar. A la policía y a ti —.

—¿Qué carajo, Marta?— Kevin dijo mientras se frotaba la frente.

Cinco minutos después, los agentes de policía junto con un detective local, Kevin y yo estábamos sentando alrededor de una mesa.

—Okey—, dije mientras tocaba mi libreta cerrada. —¿Alguno de ustedes tiene una tableta con acceso a Internet que pueda usar?—.

—¿Por qué, Marta?— Kevin preguntó con cansancio.

—Es mejor si empiezo desde el principio—, expliqué.

—Espere un minuto—, dijo el detective local, un hombre hispano llamado Alvin Torres.

Estaba seguro de que era puertorriqueño, pero no era el momento para tal investigación. Un minuto después, el detective Torres regresó con la tableta.

Usando mi teléfono, busqué las direcciones de las casas sospechosas. Los escribí en la tableta y se los mostré a los oficiales de policía.

—Okey. Esas casas están a la venta—, dijo el detective Torres.

Sonreí. —No están a la venta—. Abrí otra ventana en la tableta y escribí la compañía de bienes raíces. Después de eso, saqué mi celular y las fotos de las casas. —Si miras de cerca, verás que en lugar de imprimir las palabras ‘At Home Realty’ en sus letreros, usaron un cero en lugar de la letra "O—. Además, visita el sitio web de bienes raíces. Ninguna de estas 'casas en venta'—, cité al aire, —están listados allí—.

En ese momento, las cuatro cabezas se cernían sobre la tableta. Uno de los oficiales sacó un teléfono celular y buscó un par de listados.

—Tiene razón. Son listados falsos, para una empresa de bienes raíces falsa —.

—Kevin se echó hacia atrás y me miró. —Entonces, ¿qué son?—.

—Mostré las fotos del sospechoso del balcón. Incluso mostré el video que había filmado. Gemí mientras escuchaba mi voz de grabación diciendo: "Marta, tienes un problema—.

—¿A qué problema te refieres?— dijo el detective Torres.

—Soy entrometida, detective—, dije mientras suspiraba.

—Puedo confirmar eso—, dijo Kevin mientras tomaba mi teléfono celular y acercaba las imágenes.

—¿Cómo la conoces?— preguntó el detective.

—Marta es mi novia. Es dulce, guapa e inteligente, pero entrometida—, dijo Kevin mientras pellizcaba y estiraba las imágenes en la pantalla de mi teléfono.

El detective miró a Kevin y luego a mí.

—Bueno, los paquetes que pude ver tienen diferentes nombres y direcciones. Ninguna dirección coincide con la residencia a la que iba el hombre—, dijo Kevin mientras miraba la tableta, que tenía una imagen satelital del vecindario de Ezra.

—¿Sera un alijo para los piratas del balcón?— preguntó uno de los policías.

Asentí. —Un lugar para guardar su botín. Creo que todas las casas

probablemente tienen cosas adentro—.

—¿Cuánto tiempo los has estado velando y por qué?— preguntó el otro policía.

Me sonrojé. —No he estado mirando a los piratas. Solo los vi mientras esperaba que mi cliente llegara a casa y me admitiera. Este tipo—, dije mientras señalaba al pirata en mi teléfono, "se veía sospechoso, así que le tomé una foto —.

—Pensé que dijiste que tu cliente te dio las llaves—, dijo Kevin.

Asentí. —Mi cliente me dio llaves a su casa, pero llegué cuarenta y cinco minutos antes. No entro si...—

—Llegas más de media hora antes—, terminó Kevin por mí.

El detective Torres miró las fotos en mi teléfono.

—Esta no es una causa probable. Esto no es suficiente evidencia para actuar—, dijo el detective.

Asentí. —Entiendo. Estas imágenes y esta acción llevarán tiempo. Pero si añades el hecho de que estas casas están construidas sobre viejos bares clandestinos…—

—¡¿Qué?!— preguntó Kevin.

—¿De que estas hablando?— pregunto el detective Torres.

Los dos oficiales que me arrestaron estaban sonriendo. Probablemente les había dado más emoción de la que habían visto en todo el día.

Saqué mi libreta y les mostré a los oficiales lo que había dibujado.

—No tengo forma de saber hacia dónde van los túneles, pero estaba tratando de desarrollar una idea—.

—Espere un minuto—, dijo el detective. —¿Cómo sabes que hay túneles allí?—.

—No podía divulgar mi fuente, ya que Jane me mataría y saldría impune. Necesitaba distraer a la policía y rápido.

—Es un rumor que había escuchado. Pero eso no es importante—, dije. —No tiene un caso de piratería de paquetes, pero puede tener algo con respecto a la empresa de bienes raíces falsa. ¿No cubre RICO eso?—.

—Tan pronto como dije "RICO" – la abreviación para el grupo de leyes organizaciones corruptas e influenciadas por el crimen organizado, el detective empujó su silla hacia atrás y le gritó a alguien que entrara en la habitación. Personas uniformadas y otras personas con traje de negocios se apresuraron al espacio. En poco tiempo, les entregué mi tarjeta SIM y mi libreta de notas a un grupo de personas que estaban hablando de "sus hallazgos—. Cuarenta minutos después de que llegué allí, Kevin me acompañó fuera del edificio.

—Es una mierda que no me den crédito por eso—, le dije a Kevin mientras me acompañaba a su carro. —¿Me lo habrían robado si hubiera sido una policía?—.

—¿Por qué quieres crédito por eso?— preguntó enojado, e ignorando la última parte de mi declaración.

—Tienes razón. Eso fue un trabajo de mala calidad de mi parte, investigar mientras estaba estacionada en la calle así. ¡A la luz del día! — Tomé un respiro, y continúe hablando. —Ezra, que es un ingeniero geek, bueno, no tan geek —, dije mientras me sentaba en el auto de Kevin. —Es un poco lindo—.

—Kevin me miró fijamente por un momento desde donde estaba sentado en el asiento del conductor de su auto. —¿Que qué? ¿Guapo? —

Negué con la cabeza. —Mi punto es que, si un ingeniero tiene un sistema de vigilancia inteligente, quizás una operación sofisticada como la empresa de bienes raíces falsa tienen el mismo tipo de configuración. Debería haber creado mis esquemas en casa. ¿Cómo me vieron esos policías?—

Kevin seguía mirándome.

—Oh. Si. Creo que uno de los piratas probablemente llamó a la policía, lo cual fue un movimiento estúpido. Pero, de nuevo, no saben que soy un detective. Tal vez pensaron que era una sirvienta entrometida—.

—No se equivocan—, dijo Kevin mientras encendía su auto.

Ignoré su comentario. —Es bueno que alguien haya llamado a la policía. Eliminará cualquier sospecha que puedan tener sobre mí durante cualquier investigación que puedan realizar—.

—Kevin se quedó callado mientras me conducía de regreso a mi auto. —¿Cómo juntaste todos estos puntos?— dijo algún tiempo después.

—Oh. Jane se enteró de que Ezra era ingeniero. Ella lo buscó en Google y descubrió que era atractivo—.

—¿No está casada ella?—.

—Está separada, pero ha iniciado el proceso de divorcio. Tim, ¿su futuro ex marido? Trasladó a su secretaria a su apartamento—.

—Válgame—.

—Eso es lo que dije. Entonces, Jane buscó a Ezra en Google y luego a su vecindario—.

—¿Por qué estaba husmeando en su vecindario?—.

—Me encogí de hombros mientras pensaba en ello. —No sé. Quizás Jane estaba tratando de imaginarse a sí misma viviendo allí—.

—Eso es una locura—.

—Le he dicho eso. De todos modos, a través de sus fuentes, Jane se enteró de los túneles que esta debajo del vecindario de Ezra. Ya había visto los paquetes que trajeron los piratas. Puse dos y dos juntos, y aquí estamos—.

—Allí estábamos, literalmente. Kevin había estacionado su carro

detrás del mío.

—Espiando así no es una forma de que nadie inicie una relación—, dijo Kevin.

—¿Pusiste una alerta en mi matrícula? ¿O era mi nombre? ¿Ambas cosas? ¿Como llegaste al cuartel tan rápido?—.

—Kevin se sonrojó. —¡Es una cortesía! Estoy tratando de velar por ti—.

—Sonreí. —Está bien—.

—Kevin también rió, pero luego se puso serio.

—Oye. Los oficiales del precinto de donde salimos ahora no fueron lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta de que tiraste la palabra 'RICO' para distraerlos de tu fuente de información—.

—¿Captaste eso?—.

—Si. Porque te conozco—.

—¿Crees que hay un caso RICO allí?—.

—¿Estás tratando de distraerme ahora?—.

—Negué con la cabeza. —No. Quiero saber —dije mientras me volvía hacia él.

—Bueno, podrían tener un caso—.

—En ese momento, sonó mi teléfono celular. Gruñí.

—Es Ezra—, dije mientras lo miraba.

—¿Cómo sabe él que estás aquí?—.

—Ya te he hablado de su equipo de vigilancia—.

—¿Sabes qué? Es hora de que conozca a este tipo—.

—Gruñí. —No tienes que hacerlo—.

—Oh, lo sé. Vamos—, dijo Kevin mientras salía del carro.

Dos minutos más tarde nos detuvimos en la puerta principal de Ezra. Ezra parecía nervioso mientras nos miraba a Kevin ya mí.

—Um. Hola Marta. ¿Vi cosas que pasaron antes? ¿Estaba preocupado? Solo pensé ... ¿quién es este hombre?—.

—¿Por qué haces declaraciones en forma de preguntas?— preguntó Kevin.

Ezra palideció y me sentí mal por él.

—¿Kevin? ¿Podrías ser amable?— Le pregunté.

—No—.

—Kevin sacó su placa de su chaqueta y la empujó hacia Ezra, quien tragó y dio un paso atrás.

—El nombre es el detective Kevin Connelly. ¿Estás husmeando en las vidas de las personas estacionadas en esta calle?—

La boca de Ezra se abrió y se cerró un par de veces.

—¡Oh Dios! ¡Espera!—.

—Ezra salió corriendo para la dirección de su baño. Podíamos oír el sonido de sus vómitos. Kevin sonrió y se rió entre dientes.

—No estoy preocupado por él—, me susurró Kevin. —Te gustan los

hombres macho—.

—Sintiéndome frustrada y divertida, negué con la cabeza. —Me gustas, matón—, le susurré.

—Mas que eso—, susurró Kevin. —Estás enamorada de mí—.

—Sí, pero este es mi cliente—, dije mientras señalaba la puerta abierta. —Es un buen tipo y me paga bien—.

—La sonrisa de Kevin cayó. —El monitoreo de este hombre sobre ti y su entorno es jodidamente espeluznante—.

—Probablemente esté escuchando todo esto, o lo hará más tarde cuando vea las cintas—.

—Me alegro—.

—Kevin luego miró hacia una cámara. —Si descubro que estás acechando a mi novia o vigilándola desde la calle, vamos a tener un problema—.

—Kevin luego me besó una vez y retrocedió. —Llámame cuando te vayas de aquí—.

—Gruñí. —Lo haré—.

—Luego me volví hacia la puerta. —¿Ezra? ¿Estás bien?—.

—Dame un momento, por favor. No tolero bien la confrontación—.

—Todavía tengo que limpiar por ti. ¿Puedo hacer eso?—.

—Si. Por favor. Intenté preparar la bebida kombucha, pero explotó por todos lados—.

—Sonreí y luego entré.

Capítulo Dieciséis

Era sábado, que era cuando solía llamar a Waleska. Así que lo hice. La llamada fue directamente al correo de voz. Me sentí un poco triste por eso, pero seguí con mi día.

Mi estado de ánimo mejoró cuando Kevin me recogió para la misa. Prestamos mucha atención a las lecturas y la homilía. Después de los servicios, cenamos en un restaurante chino.

—¿Qué te pesa?— Kevin preguntó antes de comer un bocado de arroz frito.

—Waleska no está aceptando mis llamadas—.

—Kevin asintió y se secó la boca antes de hablar. —Veo ambos lados. Estás a la defensiva y ella también—.

—Solo quiero decirle que lo siento. No debería haber entrado en pánico cuando me contó de las sesiones de espiritismo que estaba haciendo—.

—Quizás ella también esté avergonzada. Dale algo de espacio. Estoy seguro de que se pondrá en contacto pronto—.

—Asentí y tomé un sorbo de vino.

—¿Cómo van las vacaciones de tus padres?—.

—Kevin dejó escapar un suspiro. —No creo que hayan ido—.

—Tragué. —¿Oh?—.

—Kevin puso un poco más de salsa de soja en su arroz y luego dejó la botella. —Les agradaba mucho mi exnovia, Marta. Esperaban que volviera con ella—.

—Dulce Señor Todopoderoso, pensé. Anteriormente, Kevin me había hablado de ella: Elizabeth, la enfermera.

—¿Por qué todavía ... albergan esperanzas de un reencuentro?—.

—Porque les gustaba—, dijo mientras se encogía de hombros. —Elizabeth, Bethie, aguantó muchas de mis cosas. Ella siguió regresando. Luego rompió conmigo y me dejó por un médico. Estuvieron juntos durante unos meses, pero luego ella quiso arreglar las cosas conmigo. Ya no estaba interesado. Mi mamá pensó que tal vez podría perdonar a Bethie. Mamá no quiere aceptar que el médico no fue la razón por la que terminé con Bethie—.

—No dije nada. No me moví ni un centímetro. No quería hacer nada que impidiera que Kevin hablara de su ex novia.

—No la respeté. No la amaba lo suficiente. Fue así de simple—.

—Mi corazón se llenó de alivio y alegría.

—¿Son amigas, tu mamá y Bethie?—.

—Trabajan en el mismo hospital. Son amistosas—.

—Asentí. —¿Qué saben tus padres de mí?—.

—Kevin me miró un poco antes de tomar un sorbo de vino. —Saben que tengo una novia a la que…respeto mucho. Que quiero estar

con ella—.

—Pensé en eso. Le había dicho a Kevin que estaba enamorada de él, pero no había escuchado lo mismo de él. Observé mi apariencia en el dorso de mi cuchara.

—¿Está sucio?— preguntó Kevin.

No pude ver mi reflejo en ese utensilio. Levanté el cuchillo de mantequilla, pero solo pude distinguir mi maquillaje, que estaba a punto.

Kevin puso su mano sobre la mía. —¿Marta? ¿Qué estás buscando? —.

—Negué con la cabeza. —Nada. No importa—.

—Nunca es 'nada' para ti. Tu mente siempre está trabajando. Por favor dime—.

—Dejé escapar un suspiro. —Cuando me preocupa que...mis sentimientos por ti sean más fuertes que los tuyos por mí, entro en pánico. Me encuentro tratando de pensar en cosas que hacer para congraciarme contigo. No quiero esforzarme para obtener tu atención —, susurré, mientras mi voz comenzaba a quebrarse. —Si veo mi reflejo en alguna parte, puedo recordarme que soy deseable y atractiva. Me da confianza—.

—Kevin dejó escapar un suspiro. Parpadeó un par de veces. —¿Marta? Es difícil abrirme. Pero tienes que saberlo. Te pongo a ti primero. No haría eso si tus sentimientos fueran más fuertes que los míos—.

—A una chica le gusta escuchar la palabra "amor—, pero él no estaba listo para decirla. Asentí y le devolví la mano.

—Okey—.

—Esa noche, me acompañó a mi apartamento. Allí me abrazó con fuerza y no me soltó.

—Tengo algo que confesar—, susurró.

—¿Qué?— Pregunté, mi voz llena de pánico.

—Leí tu archivo—.

—Me tomó unos segundos para entender lo que Kevin estaba diciendo. Yo no tenía investigaciones activas. El único archivo que tenía-

—¡Kevin! ¡¿Como pudiste?!— Pregunté, con la voz quebrada.

Traté de alejarme de él, pero se mantuvo firme. —¿Marta? Estaré listo para comprometerme contigo pronto—.

—Instantáneamente, dejé de luchar. Miré a Kevin. Sonrió y me tocó la cara.

—¿Qué quieres decir?— Pregunté, con la voz quebrada.

Él rió. —No. Esta noche, no confesaré más—.

—Le di un beso de buenas noches y lo acompañé hasta la puerta.

—Esta noche fue buena. Interesante, pero buena—.

—Kevin se rió y me besó en la boca. —Llámame mañana, ¿de acuerdo?—

—Si. Conduce con cuidado—.

—Lo haré—.

—Me sentí raro cuando cerré la puerta. Entonces, llamé a mi hermano.

—Dime—, dijo Rafy.

Así que lo hice.

—Se va a comprometer contigo—, aseguró Rafy.

—Pero ¿qué significa eso?—.

—No sé. No soy Kevin. Pero necesito conocerlo—.

—Gruñí. —Quiero hacer las cosas bien—.

—Te estás tomando las cosas con calma... ¿verdad?—.

—Me sonrojé. —No es tu asunto. Pero sí—.

—Estará listo para comprometerse en poco tiempo. Pero deja de preocuparte por eso. Es desesperado y eso nunca es atractivo. Háblame del caso de la brujería—.

Entonces, le dije lo que sabía. La semana siguiente, Awilda me llamó para informarme sobre el caso.

—Marta, ¿cómo estás?— me preguntó.

—Estoy bien—, dije mientras sonreía. —Espero que todo esté bien allá arriba—.

—Bueno, tengo una actualización. ¿Tienes quince minutos?—.

—Me levanté de mi sofá en la sala de estar. —¿Tengo tiempo para preparar café y galletas?—.

—¡Estoy haciendo lo mismo!— Awilda dijo mientras se reía.

Después de prepararme un bocadillo, me senté en la mesa de la cocina para escuchar lo que tenía Awilda quería contarme.

—Ahora Arturo y Charles Lewis son amigos. Cómplices. A veces van juntos al trabajo y a veces van al gimnasio—.

—Pensé que era una gran noticia, pero no lo expresé.

—¿Cómo te sientes sobre eso?— Pregunté con cuidado.

—Okey. Me alegro de que Arturo tenga un amigo en el trabajo. Cuando está en casa, está menos tenso. Eso me hace feliz—.

—¿Qué pasó?—.

—Una semana y media atrás, Arturo invitó a Charles a tomar una cerveza. Charles estaba de acuerdo. ¡¡Estuvieron fuera durante cuatro horas!!— Awilda dijo emocionada. —Hablaron de tantas cosas que no tenían nada que ver con las brujerías o Brandy Hopkins. Una cerveza se convirtió en aperitivos y luego la cena. Finalmente, Arturo le dijo a Charles lo que había sucedido y lo que había encontrado—.

—¿Cómo le fue?—.

—Charles estaba HORRIFICADO. Pero mi Arturo fue muy elocuente. Se apegó a los hechos. Mostró las imágenes y explicó sus

teorías—.

—¿Sabe el Sr. Lewis que soy una investigadora privada?—.

—Sí. Lo siento. Teníamos que decírselo a Charles. Pero no le dijimos tu nombre ni nada más sobre ti—.

—Eso es justo—, dije mientras me recostaba en la silla de la cocina. —Lewis parece un hombre inteligente. Pero, por favor, continúe—.

—Okey. Charles miró las fotos y le creyó a Arturo. Después de eso, Marta, ¡ÉL VINO!—.

—¿Qué?—.

—Sí. Charles insistió en venir y disculparse conmigo, y lo hizo, profusamente. ¡Eran las once de la noche! Le hablé del grupo de yoga, pero no de los hechizos—, dijo Awilda mientras suspiraba. —Charles estaba tan enojado por lo que Maryellen había hecho, y no quería añadir más leña al fuego. Entiendo muy bien lo que es tener un matrimonio inestable—.

—Qué bueno, Awilda,— dije.

—Sí. ¡Entonces, Maryellen Lewis vino al día siguiente! —.

—¡Oh Dios mío! Necesito servirme otra taza. ¡Dame un momento! —.

—Así que lo hice.

—Estoy lista—, dije cuando me senté de nuevo.

—Maryellen fue contenciosa al principio. Estaba enojada porque se sentía engañada por el concurso del ensayo para los aceites naturales —.

—Lamento que se sienta así. Maryellen Lewis es verdaderamente una escritora talentosa—.

—Quizás. Maryellen me preguntó por qué no acudía a ella con mis problemas con todo. ¡Le dije que le había dicho todo lo que quería! ¡Quería hacer brujerías y hechizos! ¡Yo no hago eso!—.

—Awilda dejó escapar un suspiro antes de volver a hablar.

—Maryellen se disculpó por volverse loca con el grupo de Yoga. Dijo que no sabía lo que Brandy Hopkins estaba haciendo—.

—Gruñí con incredulidad.

—De acuerdo. Yo tampoco la creo. Aun así, acepté su disculpa. Vamos de picnic a la casa de Lewis el próximo domingo. No quiero ir, pero iré porque, ahora, Arturo y Charles son amigos—.

Me reí y Awilda también.

—Pero también hice algo más—.

—¿Qué cosa?—.

—Bueno, déjame retrasar un poco. Charles y Arturo sacaron a Mark Hopkins y le mostraron lo que había hecho su esposa Brandy. Sin embargo, hicieron esto en un bar fuera de la base, para que nadie más lo supiera—.

—¿Qué pasó?—.

—¡Mark se asustó tanto que tuvo que salir corriendo para vomitar! —.

—Oh Dios mío—.

—Si, lo sé. En ese momento, los tres hombres se comprometieron a 'limpiar sus casas'—, dijo Awilda con un tono de voz burlón.

—¿Qué?—.

—¡Lo se! Como si tuviera algo que ver con esa loca mierda. Pero Arturo me dijo que estaba jugando un papel. Lo entiendo—, dijo mientras dejaba escapar un suspiro.

—Entonces, ¿Hopkins no se meterá en problemas en el trabajo?—.

—No. Nadie quiere eso, ni las esposas ni los marineros—.

—¿Qué le dijo Hopkins a su esposa?—.

—Se metieron en una gran pelea. Brandy voló a casa al estado de Arkansas con el bebé por unos días—.

—Gracia divina. ¿Es una locura que me sienta un poco mal por ella?—

—No, y te diré por qué. Fui a visitar a Brandy—.

Mi mandíbula se abrió. —¿Qué? ¿Por qué?—.

—Algo que persigue en mi mente ese el hecho de que Adelaida vino a nuestra casa. Nos habló de cómo teníamos que construir nuestras propias fortalezas de oración. Si embrazo la ira hacia Brandy, y Maryellen también, porque creo que está mintiendo, entonces esa ira podría traer cosas malas a mi casa y a mi Dagmar. No lo necesito—.

—¡Tan progresista! ¿Qué pasó con Brandy?—

—Al principio, no quería hablar conmigo. Luego le dije que no estaba enojada, lo cual era una mentira, pero quería que abriera la puerta. Ella lo hizo. La pobre—, dijo Awilda mientras suspiraba. —Le dije que entendía lo difícil que era mudarse una y otra vez y tener que hacer amigos solo para dejarlos de nuevo. En ese momento, comenzó a llorar. Brandy me pidió perdón por lo que había hecho. Ella no mencionó el nombre de Maryellen Lewis, pero dijo que no entendía cuando las personas se estaban desahogando, o cuando querían que alguien le resolvería sus problemas. Le dije que no se preocupara por Maryellen en absoluto. Le dije a Brandy dónde compré el hilo para los uniformes de Arturo e incluso qué sastres fuera de la base cobran la menor cantidad de dinero. Le hablé de la importancia de usar el estipendio anual de ropa que el Navy da para uniformes. Brandy luego me dijo que su bebé tiene que usar una fórmula especial que es muy cara—.

—Todo tiene más sentido ahora—.

—Sí. Brandy estaba pasado por dificultades. Creo que estaba tratando de encontrar personas con las que podía conectarse. Y tratando de ahorrar dinero tomó malas decisiones—.

—¿Cómo está Dagmar?—.

—Bien. Más descansada. Me dice que todavía tiene sueños aterradores pero que las oraciones la ayudan mucho. Creo que tiene el don de ver espíritus. Mi abuela también lo tenía—.

—La pobre. Eso suena aterrador—.

—Si—.

—Pero, volviendo a ti. ¿Cómo estás?—.

—Awilda dejó escapar un suspiro. —Estoy mejor. Arturo y yo estamos mejor. Tiene más paz en el trabajo e incluso amistades. Sin embargo, Arturo todavía conoce el trato conmigo. Cuando cumpla los veinte años de estar en el Navy, me jubilaré. Sin embargo, comencé a hacer algo diferente aquí—.

—¿Qué es eso?— Le pregunté.

—Me uní a un grupo de actores locales, fuera de la base. He terminado con el drama en la base—.

—Me reí a carcajadas y ella también. Después de prometernos que nos mantendríamos en contacto, colgamos. Volví a mi computadora y escribí la conclusión del caso de Awilda Rojas y la puse en su archivo.

Una hora más tarde, creé otro archivo, uno sobre las propiedades piratas del balcón junto a la casa de Ezra. Escribí notas, sobre todo, incluso cuando la policía me llevó al precinto local y lo que sucedió allí. Cerré el archivo y escribí "El Tesoro del Pirata" en la pestaña. Lo agregué al archivo en mi escritorio y me levanté para estirarme, tratando de sentir algo de relajación sobre todo lo que había encontrado. Sin embargo, el estiramiento no ayudó.

—¿Qué tienen ambos casos en común?— Murmuré.

Caminé por mi sala de estar mientras miraba la gaveta que contenía los archivos de Awilda Rojas y la del tesoro del pirata. Los dos casos tenían un detalle que me tenía molesta. Un minuto después, se me ocurrió.

—Me sorprendieron. Dos veces—.

—Para el caso de brujería, Charles Lewis se había interpuesto durante mi interrogatorio a su esposa. Eso me desconcertó grandemente. Si hubiera hecho una mejor vigilancia, habría sabido que estaba en casa.

—Esa gente está en casa todo el tiempo—, gemí.

Eso era cierto. Si hubiera estado estacionado al otro lado de la calle al velar la casa de los Lewis, algún vecino habría llamado a la policía.

—Al menos debería haber sabido cómo identificar su carro—.

—Dejé escapar un suspiro y miré el archivo del pirata del balcón. La policía me descubrió mientras dibujaba diagramas en mi carro.

—Fui demasiada complaciente. Demasiado arrogante—, dije de mí misma.

Tendría que trabajar en mi vigilancia, decidí. Aun así, algo me estaba molestando.

—Todavía tengo asuntos pendientes—, murmuré.

Todavía tenía que tratar con los ladrones de las donas. Me puse mi chaqueta y bajé al apartamento de Doña Justa. Sonriendo, me admitió y me llevó a la cocina.

—¿Qué pasó con el caso de la brujería en los Great Lakes?— me preguntó mi casera.

Tomé café y galletas, de nuevo, mientras le contaba la historia. Cuarenta minutos después la tenía informada. Iba a decirme algo más cuando sonó su teléfono.

—Es mi hermano llamándome desde Puerto Rico. ¿Puedes esperar cinco minutos?—

Asentí. —Si. Tome su tiempo. Estaré aquí con mi café—.

—Cinco minutos se convirtieron en diez. Escuché los pasos de Doña Justa mientras caminaba por el comedor mientras hablaba con su hermano. Ella estaba envejeciendo, lo sabía. Pensando en cómo podría ser de ayuda, comencé a lavarle los platos. Después de terminar con una olla enorme, fui a llevarla a su despensa, donde guardaba sus utensilios de cocina.

Puse la olla sobre un estante y luego miré sus materiales reciclables. Fruncí el ceño cuando vi el recipiente de plástico reutilizable con un logotipo de donas grabado en la tapa.

Me agaché y miré la caja. La caja vino de la tienda de donas que frecuentaba Kevin. Miré sus otros materiales reciclables. Encima del contenedor de donas, vi volantes con fechas que databan de un mes atrás.

Helada, di un paso atrás y salí de la despensa. Miré a Doña Justa, que seguía hablando con su hermano. Volví a mirar la despensa y dejé escapar un suspiro. Luego agarré mi chaqueta y me dirigí hacia donde estaba Doña Justa.

—Hablaré contigo más tarde—, susurré.

—Lo siento—, respondió ella con los labios.

No tanto como yo. Dejé el apartamento de Doña Justa y me fui al mío. Arriba, agarré mi cartera y mis llaves y salí. Fui a la tienda de donas de policías y traté de hacer una compra. La propietaria me dijo cortésmente que tenía que tener un policía o un bombero conmigo.

—Respeto eso. Gracias—, le dije a la mujer de mediana edad.

—Gracias por entender. Necesitamos un lugar seguro para nuestros niños y niñas vestidos de azul—.

—Lo entiendo; hay un policía en mi vida muy cercano y querido—, le dije.

Con eso, me fui. Manejé hasta el lago Michigan y estacioné allí. Miré el agua azul profundo frente a mí. Traté de obtener una

sensación de paz con eso, pero fracasé.

Saqué mi teléfono celular de un bolsillo e hice una llamada.

—¿Qué estás haciendo?— Preguntó Kevin.

Negué con la cabeza. —No mucho. ¿Puedo traerte unas donas? Tendrán que ser Krispy Kreme—.

—Tremendo. Trae a mi novia guapa contigo mientras estás en eso —.

—Me reí. —Veré lo que pueda hacer—.

—Media hora más tarde me detuve frente al escritorio de Kevin.

—¿Qué tienes en mente, sexy dama?— me preguntó.

—Esto y aquello. No estoy lista para hablar de 'eso', pero estoy listo para hablar de ‘aquello’—.

Kevin me miró un poco. —¿Todo bien?—.

—Si—.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?—.

—No. ¿Quieres saber qué pasó con Awilda y los iconos de brujería? —

—Seguro que sí—.

—Pude relatar la mayor parte de mi historia antes de que Kevin recibiera una llamada. Él gimió y me apuntó con un dedo.

—Bien. Estaré allí en quince—, dijo Kevin.

Kevin se puso de pie. También me paré.

—Esa historia fue fascinante, Marta. Más divertido y menos peligroso que cualquier otra cosa que veré aquí hoy—.

—Mi objetivo es agradar—.

—Kevin tomó mi mano con dulzura y me acompañó a mi carro.

—¿Qué harás el resto del día?— me preguntó.

—Quería avisarte primero—, le dije.

—Uh-oh—, murmuró.

Respiré hondo antes de decir lo que tenía que decir.

—Necesito pedirle ayuda a Aníbal—.

—¿Para qué?— ladró.

—Haciendo avances con Waleska—.

—Kevin dejó escapar un suspiro y luego asintió. —Lo entiendo. Llámame esta noche. Pasaré por tu apartamento—.

—Con eso, me besó. Luego me dirigí al lugar de trabajo de mi exmarido.

Ada, mi asesora financiera, frunció el ceño al verme. Salió de su oficina y vino hacia mí.

—Oye. Íbamos a reunirnos al final de la semana. ¿Todo bien?—.

—Asentí. —Si. Pero gracias por preguntar. Estoy aquí por Aníbal —, dije mientras me burlaba de mí.

Los ojos de Ada se agrandaron. —Okey. Déjame ir y hacérselo saber—.

—Me sentí culpable por la rapidez con que Aníbal me acompañó a su oficina. ¿Tenía tanto poder sobre él, o era culpa que sentía él?

—Marta—, dijo Aníbal mientras me sonreía. —¡Qué linda sorpresa! Pasa, por favor—, dijo.

Olí su perfume Náutica. El tiempo amenazó con arrastrarme al pasado, pero lo sacudí. Me senté en una silla frente a su escritorio mientras él cerraba la puerta.

—¿Cómo te va?— me preguntó.

—La limpieza va bien, al igual que otras cosas. ¿Y tú? ¿Cómo están tu esposa y tus hijos?—.

—El rostro de Aníbal se endureció un poco. —La esposa está bien y los nenes también. Gracias por preguntar—, dijo amablemente.

Me volví hacia la enorme imagen en la pared que era de nuestro hijo. Dejé escapar un suspiro y me enfrenté a Aníbal de nuevo.

—Pude haber hecho avances con Waleska, pero lo arruiné—.

—Aníbal se reclinó en su asiento y me miró fijamente. —¿De verdad?—.

—Si. ¿Tienes unos minutos? Sé que no tengo cita contigo-—.

—Aníbal levantó su mano con el gesto de' 'espera' y luego tomó el auricular de su escritorio. —Aguanta mis llamadas; todas—.

—Colgó el auricular y me miró. —Por favor. Cuéntamelo todo, por favor—.

—Entonces, le conté sobre las llamadas telefónicas y la reunión en la heladería.

—Estaba a punto de preguntarle a Waleska sobre una reunión grupal contigo cuando me dijo algo que me asustó—.

—¿Qué dijo ella?—.

—Waleska…consiguió un espiritista y llevó a cabo una sesión de espiritismo para tratar de agarrar a Héctor del otro lado. Perdí la calma. Tal vez arruiné cosas con ella. Lo siento—.

—¡¿Ella hizo QUÉ?!— gritó. —¡¿Esa maldita hereje trató de usar al diablo para convocar a mi santo hijo?!— Gritó Aníbal.

La apasionada reacción de Aníbal me sorprendió. También su secretaria, cuando abrió la puerta para ver qué estaba pasando.

—¡Cierra la focking puerta!— Aníbal le gritó.

Rápidamente cerró la puerta. Antes de que pudiera registrar conmoción, sorpresa o tal vez incluso preocupación por la salud de Aníbal, comenzó a hojear su teléfono celular. Momentos después, llamó a un número.

—Cleofe, si no logras que tu hija me llame AHORA MISMO, voy a retirar toda mi ayuda. No te ayudaré con tus finanzas. La razón por la cual no es de tu incumbencia. Haz que Waleska me llame ahora mismo—.

—Aníbal colgó su teléfono celular y lo puso sobre su escritorio.

—¿Aníbal?—.

—Ahora no, Martina—, me dijo.

Aníbal usó mi apodo de antaño para evitar que hablara. Funcionó. Un minuto después, sonó su teléfono. Aníbal puso la llamada en altavoz.

—Waleska, te habla Aníbal. ¿Cómo estás?—.

—Bien—, dijo con cuidado. —Mi mamá me pidió que te llamara por alguna emergencia. ¿Está todo bien? Además, ¿qué negocios tienes con mi madre?—.

—Primero responderé a tu última pregunta. Por unos años, he estado ayudando a tus padres a administrar sus asuntos financieros. Héctor me lo pidió, y dije que sí. Querían mantener eso en privado, así que ahí está. En cuanto a que todo lo demás esté bien, ya veremos. Pero primero, ¿cómo está Adán?—

—Él está bien, muy bien. Gracias por preguntar—.

—¿Por qué no iba a preguntar? Adán es mi nieto. El hijo de mi primer hijo—.

—¿Aníbal? ¿De qué se trata esto?—.

—Marta me contó sobre la sesión y la mierda mediana—.

—¿De verdad?—.

—Lo hizo. Héctor es nuestro hijo. Eso nunca cambiará—.

—Yo sé eso. Solo quería probar algo, Aníbal. Lo extrañaba—.

—Aníbal dejó escapar un suspiro. —Entiendo eso. De veras—.

—Entonces, por favor, no me hagas pasar un mal rato por lo que tengo que hacer para lidiar con mi dolor—.

—Eso fue lo incorrecto decir.

—¿Lo que tienes que hacer? ¿Lo que tienes que *hacer*?— Dijo enojado. —¿Eso incluye mantener a mi nieto lejos de mí? ¿Eso incluye mantenerlo alejado de su abuela, lo único que nos queda de nuestro hijo?—

—¡Héctor era mi marido!—.

—¡NO! ¡NO! Escúchame y escucha bien, Waleska —le interrumpió Aníbal. —Soy su padre. Amo a mi hijo sin condición. Su madre también. Él será nuestro de una manera que nunca será tuyo—.

—Para. No quiero pelear por un hombre muerto—.

—¡No! ¡NO! ¡No te estas portando como si estuviera muerto! Estás usando brujería y maldad para intentar convocar el espíritu de mi hijo. ¡No puedes hacer eso! Se ha ido—.

—No puedes decirme qué hacer—.

—Tu matrimonio con Héctor iba mal antes de que se desplegara por última vez. Lo sé y tú lo sabes. Todos lo saben. Se estaba rompiendo dentro de su corazón y en su mente. ¿Quieres saber qué habría pasado si hubiera sobrevivido a la guerra?—

Escuché los sollozos de Waleska por el altavoz.

—Habría ido a un hospital. Después de eso, se habría ido a casa contigo durante unos meses antes de que lo hubieras botado. Después de eso, se habría mudado con su madre y conmigo. Y lo hubiéramos retenido. PARA SIEMPRE. Porque lo amamos incondicionalmente. Lo amamos antes de que naciera, después de que naciera y ahora que está en el cielo. Es nuestro trabajo, como padres, proteger su vida y su espíritu—, dijo Aníbal, poniendo algo de calma en su voz. —Por favor, no castigues a Marta. Ni a mí. Nos encantaría ver a Adán. Queremos hacer todo lo posible para ayudarte a seguir adelante también—.

—Sin embargo, en lugar de una respuesta, escuchamos el silencio. Waleska había colgado la llamada. Limpié mis lágrimas con mi mano. Aníbal me miró con lágrimas en los ojos.

—Marta, yo-—.

—Antes de que pudiera terminar lo que iba a decir, Ada entró en la habitación.

—¡Oh! Lo siento. ¿Sigues ocupado aquí?—.

—La expresión de Aníbal pasó de quejumbrosa a furiosa en segundos.

—¿Qué significa una puerta cerrada?— Aníbal preguntó a su empleada.

Ada tragó. —Toca primero. Siempre—.

—Si quieres conservar tu trabajo, saldrás de mi oficina. Ahora mismo—.

—Ada me miró y luego a Aníbal antes de irse. Yo también me puse de pie.

—No tienes que irte—, me dijo.

Me limpié la cara y dejé escapar un suspiro. —Tengo que irme. Te complico las cosas. Y en el trabajo. ¿Cuál es mi problema?—.

—Eras mi esposa—, dijo Aníbal. —Siempre fuiste primera. Eso nunca cambiará—.

—Tragué saliva y luego alcancé la puerta.

—¿Me llamarás si Waleksa te devuelve la llamada?— Le pregunté.

—Por supuesto. ¿Harás lo mismo?

—Sí. Gracias, Aníbal—.

—Tú también, Marta—, dijo con tristeza.

Con eso, me fui. Subí a mi auto y llegué a la Panera que estaba a una cuadra de distancia. Le envié un mensaje de texto a Ada desde allí. Diez minutos después de eso, se sentó frente a mí en la mesa. Me reí y luego ella lo hizo.

—¿Qué fue eso?— Pregunté mientras me reía.

—Eso era yo tratando de salvar los traseros a ambos—, dijo mientras se reía. —Estaba en la puerta escuchando, y también la secretaria de Aníbal. Tan pronto Aníbal dejó de gritar por teléfono, entré—.

—¿Por qué?— Le pregunté a ella.

Ada me miró fijamente. —Tu ex marido es un hombre guapo. Su ex esposa, usted, es la única persona por la que deja todo. Ustedes dos compartieron un momento vulnerable. Él tiene esposa y tú tienes novio. Tienen vidas diferentes. Tenía el presentimiento que Aníbal iba hacerte un pase. No quería permitir eso—.

—Fue un momento muy vulnerable. Y nos salvaste—.

—Ada se pavoneó. —Lo sé. Deberías comprarme una buena taza de café—.

—¿Un buen café? Pero acabamos de llegar y nos estacionamos—.

—Ada se rió a carcajadas, y luego yo también.

Capítulo Dieciocho

Todavía tenía más tareas que hacer. Después de hablar un poco más con Ada, me dirigí a casa. Mientras subía los escalones de mi apartamento, descubrí que mi coraje con Doña Justa se estaba quedando atrás. Lavé una tanda de ropa y preparé una cena ligera. Hice algunas cosas en mi computadora. Después, llamé a Kevin.

—Me lo puedes contar en unos minutos. Voy de camino con donas —, me dijo.

Yo sonreí. —Impresionante. Creo que tengo cerveza en la nevera —.

—Eres mi chica número uno—.

—Será mejor que sea la única—.

—Con eso, colgué. Comimos donas y bebimos cerveza en la mesa del comedor. Allí, le conté a Kevin lo que pasó en la oficina de Aníbal.

—Mierda—, maldijo Kevin.

Me tomé el tiempo para apreciar cómo se veía Kevin. Se había quitado la chaqueta, la corbata y los zapatos. Las prendas de vestir estaban colgadas de un perchero junto a la puerta. Los hombros y bíceps de Kevin parecían tan grandes que se tensaron contra su camisa.

—¡Marta!— el exclamó.

Me sacudí y miré su rostro. —Lo siento—.

—Te estoy hablando. ¿Dónde está tu mente?—

Le sonreí. —Tus hombros me distrajeron—.

—Kevin sonrió y luego se rió. —¿En realidad?—.

—Si. Lo siento. ¿Qué estabas diciendo?—.

—Bueno—, dijo mientras quitaba el azúcar de las manos, "te pregunté si tenía que preocuparme por Aníbal—.

—¿Cómo es eso?—.

—¿Tiene alguna oportunidad contigo?—.

—Consideré lo que podría haber sucedido si Ada no hubiera entrado en la oficina cuando lo hizo. Aníbal, el hombre emprendedor que era, iba a aprovechar su gesto heroico y nuestro momento vulnerable en una apuesta por mi afecto. ¿Me habría besado? Probablemente. ¿Le habría devuelto el beso? No sabía la respuesta a eso. Mi exmarido es un hombre muy guapo y me conocía bien. Sin embargo, no habría ido más allá de un beso. Nuestra historia compartida culminó mucho tiempo atrás. Vivíamos vidas distintas. Rápidamente, tomé una nota mental para agradecerle a Ada nuevamente por intervenir cuando lo hizo.

Negué con la cabeza. —No. Ese barco zarpó. Y fue hundido en un huracán. Golpeo el arrecife de coral en el fondo del Atlántico. No volverá a aparecer—.

—¿Sientes afecto por él?—.

—Me preocupa lo que le suceda. Compartimos un vínculo, que es nuestro hijo. Tenemos una historia común, pero eso es todo. Temprano en el matrimonio, mucho de mi amor se convirtió en ira. En nuestros últimos años, casi ni hablamos—.

—Tú, quieres decir. Tú eras la que estabas furiosa, pero Aníbal aún te amaba. ¿Correcto?— Preguntó Kevin.

Asentí. —Si—. Me encogí de hombros. —Héctor no fue un error. Probablemente Aníbal lo fue. ¿Podemos dejarlo así?—.

—Kevin asintió. —Estaba preocupado. Hasta que te pillé mirando mis brazos pulidos—.

—Me reí a carcajadas, y luego él también lo hizo.

—¿Podemos abrazarnos y ver la televisión?— Le pregunté.

—Solo estaba esperando que lo pidieras. ¿Programas de detectives británicos?— le pregunté.

—¿Por qué no?—.

—No eres mi chica por nada—.

—Nos acurrucamos debajo de una frisa mientras veíamos un programa. Durante una pausa comercial, hablé.

—Bajé las escaleras esta mañana, decidido a gritarles a los mecánicos por robar las donas que me enviaste—.

—Kevin se rió entre dientes. —¿Los dejaste llorando?—.

—Negué con la cabeza, pero seguí mirando la televisión. —Nunca llegué al sótano—.

—¿Por qué?—.

—Me senté un poco con Justa. Quería hacerle saber lo que sucedió con el caso de brujería. Además, agradecerle nuevamente por presentarme a su prima Adelaida. Durante me visita, Justa recibió una llamada: su hermano de Puerto Rico. Pensé que le lavaría los platos porque está envejeciendo y todo eso—.

—Eres dulce—, dijo Kevin antes de besar mi cabeza.

—Entré en un armario para guardar una olla. Por casualidad miré los materiales reciclables de Justa—.

—Kevin me dio la vuelta mientras me mantenía en sus brazos. Me miró fijamente antes de hacer una pregunta. —¿Qué viste ahí?—.

—Un recipiente de donas de policía, el de plástico—.

—Los ojos de Kevin se agrandaron. —¿Qué?—.

—Asentí. —Si. Tenía volantes encima, que databan de hace un tiempo. El contenedor de donas había estado allí por un tiempo—.

—Kevin miró de mí a la televisión. —¿Qué crees que pasó?—.

—Creo que al menos ella sabía que me estabas dejando las donas. Sin embargo, no me dijo nada—.

—¿Por qué no? Yo dejé esas donas con ella o con los mecánicos—.

—No sabía que le habías dejado las donas con Doña Justa—, dije

mientras puse el programa de detectives en pausa.

—Lo olvidé—.

—Gemí y me incliné hacia Kevin de nuevo. —Quizás confío demasiado—.

—Puedes confiar en mí—, dijo mientras me acercaba.

Me quedé en silencio durante un rato, mirando a la imagen congelada de un comercial en pausa.

—¿Qué vas a hacer?— Preguntó Kevin.

—Ya lo hice—.

—¿Qué?—.

—Sometí una solicitud de préstamo a mi banco. Voy a comprar una casa, Kevin. Me voy a mudar—.

—En respuesta, Kevin me apretó más. —No puedo esperar".

###

¡HOLA LECTORA! (O LECTOR)

Espero que disfrutaste la tercera aventura de Marta. Si te gusto, favor de dejar una crítica o recomiende este libro a tus familiares y amigos.

¡Gracias Mil!

SOBRE LA AUTORA

Cyndia Rios-Myers (Cyndia Rios Santiago en Puerto Rico) es una escritora y ensayista residente en Carlisle, Pennsylvania, EE. UU. Ella disfruta leer, el senderismo, los videos de Bigfoot, las buenas risas y las largas siestas. Puede mantenerse al día con sus reflexiones en su página de Facebook, en Goodreads, en su sitio web en http://www.cyndiariosmyers.com/ o en Twitter @criosmyers.

OTROS LIBROS DE CYNDIA RIOS-MYERS

La Limpieza de Marta: El Primer Libro de la Serie de la Sirvienta Detective

Marta Blanquea Todo: El Segundo Libro de la Serie de la Sirvienta Detective